

VIENTO

POR UNA IZQUIERDA ALTERNATIVA

SUR

● **Episodios Nacionales.** Ignasi Álvarez Dorronsoro, Martí Causa, Ernest Gellner, Branka Magas, Javier Villanueva ● **Trabajadores y patrias: una lectura del "Manifiesto Comunista".**

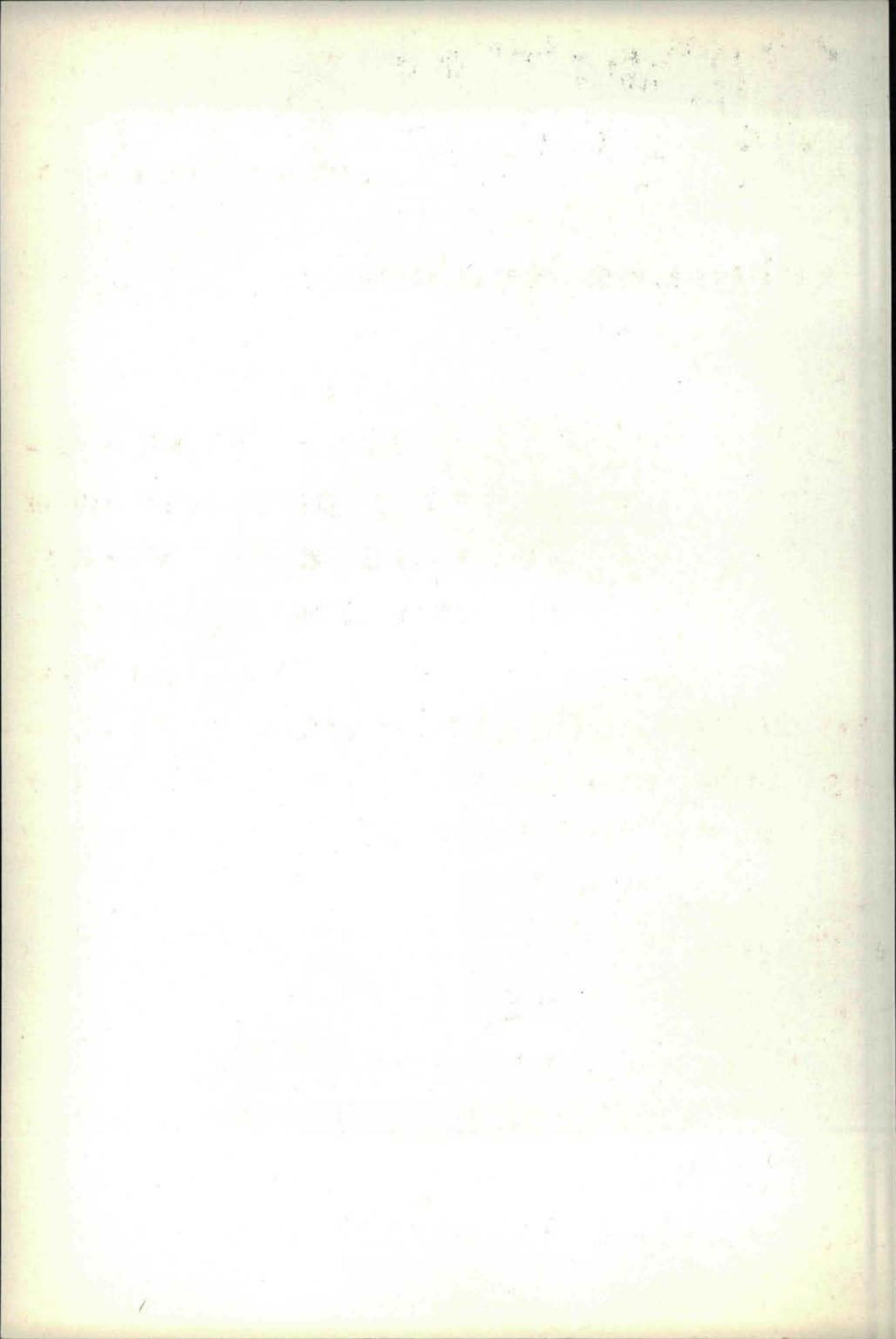


Roman Rosdolsky ● **Sobre redes, movimientos y culturas alternativas.** Jaime Pastor ● **La crisis de Europa.** Claude Gabriel

● **Gran Bretaña.** Por qué



perdieron los laboristas. Peter Gowan ● **Bosnia. Estalla el mosaico.** Christian Pomitzer ● **Nicaragua. Los dilemas del sandinismo.** Envío



**1
el
desorden
internacional**

Comunidad Europea

La crisis de Europa. *Claude Gabriel* **7**

Gran Bretaña

Por qué perdieron los laboristas. *Peter Gowan* **19**

Nicaragua

Los dilemas del sandinismo. *Envío* **25**

Bosnia-Herzegovina

Estalla el mosaico. *Christian Pomitzer* **35**

**2
plural**

Episodios Nacionales

Identidad, nación y cultura. *Ignasi Álvarez Dorronsoro* **41**

Ciudadanía e identidad nacional. *Martí Caussa* **47**

Nacionalismo y política en Europa del Este. *Ernest Gellner* **53**

Una respuesta a Ernest Gellner. *Branka Magas* **61**

Sociedad e identidad. Claroscuros de la identidad nacional vasca. *Javier Villanueva* **68**

Archivos

Trabajadores y patrias: una lectura del "Manifiesto Comunista".

Roman Rosdolsky **77**

Ilusiones y realidades

Sobre redes, movimientos y culturas alternativas.

Jaime Pastor **85**

**3
miradas
voces**

Fotos de *Ernesto Sen* **93**

Por un cine alternativo. *Alberte Pagán* **99**

**4
subrayados
subrayados**

"La nueva revolución rusa"

de Manuel Castells. *Javier Álvarez Dorronsoro* **105**

"Ilusiones necesarias"

de Noam Chomsky. *José Vicente Idoyaga* **107**

"Una introducción a Karl Marx"

de Jon Elster. *Jesús Albarracín* **110**

**5
toma la
palabra**

El correo de *Viento Sur* **115**

Propuesta gráfica de *Zumeta*

Consejo Editorial:

Jesús Albarracín
Ignasi Álvarez Dorronsoro
María Antonia Caro
José Galante
Manolo Gari
María Gascón
Rafael Gisbert
José Haro
Carmen Heredero
Jon Kepa Iradi
José Iriarte "Bikila"
Justa Montero
Pedro Montes
Antonio Navarro
Joaquín Nieto
Montse Oliván
Jaime Pastor
Empar Pineda
Cristina Piris
Javier Pulido
Eugenio del Río
José Luis Rodríguez
Fina Rubio
Milagros Rubio
Andreu Tobarra
Paloma Uria
Xesús Vega
José Antonio Velasco
Ignasi Vila
Javier Villanueva

Redacción:

Javier Alvarez Dorronsoro
Gonzalo Buster
Antonio Flórez
Miguel Romero (Director)

Maqueta:

Jérôme Oudin & Susanna Shannon

Edición y montaje:

Vicente Baixauli
Carmen Briz
Francisco Cenamor
Domingo Martínez
María Luisa Salvador

Correspondencia:

Hileras 8, 2º Izqda. 28013-Madrid.
(91) 542.67.00. Fax: 542.61.99

Imprime:

J.P. Arts Gráficas.
DL: B-7852-92

Han colaborado en este número

Martí Causa

Ingeniero. Miembro de la dirección de Izquierda Alternativa.

Envío

Publicación mensual de la Universidad Centroamericana (UCA) de Managua (Nicaragua).

Claude Gabriel

Periodista. Miembro de la dirección de la IV Internacional.

Ernest Gellner

Nació en 1925. Profesor de Antropología Social de la Universidad de Cambridge. Autor de *Nación y Nacionalismo*, Madrid, Alianza Editorial, 1983.

Peter Gowan

Miembro del Comité Editorial de la *New Left Review*.

José Vicente Idoyaga

Profesor de la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad del País Vasco. Miembro de la dirección de Zutik!

Branka Magas

Miembro del Comité Editorial de la *New Left Review*.

Alberte Pagán

Profesor de instituto en Santiago de Compostela (de momento). El artículo que publicamos es un extracto de la introducción de un libro sobre cine vanguardista que actualmente está escribiendo.

Christian Pomitzer

Periodista. Redactor de la revista de izquierda alternativa austriaca *Die Linke*.

Roman Rosdolsky (1898-1967).

Ingresó en el movimiento juvenil socialista y después en el PC polaco durante la I Guerra Mundial. Corresponsal en Viena del Instituto Marx-Engels de Moscú en los años 20. Miembro de la oposición de izquierdas. Deportado por los nazis a Auschwitz, Ravensbruck y Oranenburg. Tras la II Guerra Mundial emigró a EEUU donde falleció en 1967. Autor de *Génesis y Estructura de El Capital de Marx*, México, Siglo XXI, 1978, una de las obras fundamentales del marxismo crítico, y de numerosos estudios históricos, entre los cuales *El problema de los pueblos "sin historia"*, Barcelona, Fontamara, 1981.

Ernesto Sen

Fotógrafo y técnico de actividades socio-culturales. Militante de Liberación (Madrid).

José Luis Zumeta

Nació en 1939 en Usúrbil (Gipuzkoa) en cuya plaza instaló en 1974 un gran mural cerámico que es una de sus obras más hermosas. En 1965 participa junto a Chillida, Oteiza, Basterretxea, ..., en la constitución del grupo *Gaur*. Ha realizado numerosas exposiciones individuales y colectivas. Obras suyas forman parte de las colecciones del Museo de Bellas Artes de Bilbao y de Álava, del San Telmo de San Sebastián, Museo de la Solidaridad de Santiago de Chile, ... El próximo otoño tendrá lugar en San Sebastián una exposición antológica de su obra.

"Identidad" es probablemente la palabra no habitual que más se repite en este número de VIENTO SUR. Debe ser un signo de este tiempo de crisis y búsqueda de raíces, radical pues, donde el paisaje aparece poblado de árboles derribados, no siempre merecidamente, y repoblaciones apresuradas, algunas de dudoso porvenir, junto a sanos, modestos y diversos trabajos de jardinería,... Algo de esto puede verse (o no verse) en los hermosos laberintos que nos ha dibujado el amigo Zumeta.

El tema propuesto para *Plural* fue trabajar sobre problemas relacionados con la identidad nacional. Los tres artículos hechos aquí parten de preocupaciones que creemos bastante similares, pero luego se bifurcan por sus propios caminos, lo que esperamos que contribuya a ampliar el debate. También es interesante que todos los autores entren en temas de metodología general sobre este brumoso asunto ("claroscuro", dice Villanueva) de las "identidades", lo cual puede ser útil dado que, como decíamos unas líneas arriba, el tema reaparece bajo formas diversas en otros artículos y otras secciones. El debate que han protagonizado en las páginas de la *New Left Review* Ernest Gellner y Branka Magas sobre el nacionalismo en Europa del Este nos parece una buena compañía para los textos de Dorronsoro, Causa y Villanueva. Frente al muy armado esquema de desarrollo histórico del nacionalismo propuesto por Gellner, Magas hace una crítica global, histórica y teórica, nada complaciente en el fondo, pero muy respetuosa en la forma. Como no excluimos publicar debate directos de este tipo, nos ha venido muy bien empezar con uno en el que gente interesante intercambia ideas, no insultos.

El trabajo de Rosdolsky sobre el *Manifiesto Comunista*, escrito hace casi 50 años, es un buen complemento del material anterior. Rosdolsky ha conseguido un amplio reconocimiento por su obra sobre los *Grundrisse*, un monumento del marxismo crítico, pero sus trabajos sobre problemas nacionales han provocado polémicas muy agudas y suscitan tantas adhesiones como rechazos. Probablemente ocurra lo mismo con este artículo que realiza una interpretación poco habitual de algunas de las "frases sagradas" del Manifiesto.

Como de costumbre incluimos en *Plural* un artículo fuera del tema central, pero destinado también a favorecer la discusión. Jaime Pastor ha hecho una reflexión crítica de lo alternativo que entra en la mayoría de los problemas difíciles y polémicos que tenemos entre manos: desde el inagotable debate del "sujeto-sujetos" hasta los diversos sentidos de la acción política, siempre a partir de un análisis concreto de la situación actual de la izquierda alternativa.

El referéndum danés ha mostrado los desconchones que existen bajo la inmaculada mitología europea post-Maastricht. Pese a que la victoria del *sí* en Irlanda ha sido presentada como el signo del regreso a la normalidad, se ha abierto un debate sobre la construcción real de la Comunidad Europea que va ser difícil que consigan cerrar. Es un buen momento para reflexionar sobre las

contradicciones de fondo del proyecto comunitario, respecto a las necesidades de valorización del capital y respecto a los numerosos y graves problemas socio-políticas envueltos en el debate sobre la "ciudadanía". Este es el objetivo del ambicioso trabajo que publicamos de Claude Gabriel, en cuya conclusión se plantean algunos de los desafíos que en este terreno tiene la izquierda ante sí.

Precisamente uno de los problemas más significativos de la situación europea es la crisis de uno de los símbolos del movimiento obrero occidental: el laborismo británico. Peter Gowan lo analiza y, de paso, propone ideas muy interesantes sobre la evolución del Estado del bienestar.

Los textos que publicamos sobre Nicaragua pueden significar una amarga sorpresa para quienes no estén siguiendo muy de cerca la evolución de la situación bajo el gobierno Chamorro. Precisamente por la gravedad de los problemas existentes nos ha parecido muy conveniente dar la palabra a dos fuentes tan autorizadas como la revista *Envío*, cuyos análisis mensuales de coyuntura tienen una merecida influencia en Centroamérica, y periodistas de *Pensamiento Propio*. Quedan lejos los tiempos en los que las conocidas palabras de Daniel Ortega "governaremos desde abajo" daban esperanza de una rápida recuperación del sandinismo del descalabro de febrero de 1990. Hoy algunos de los dilemas del sandinismo parecen afectar a cuestiones fundamentales que el pasado Congreso no logró superar.

En fin, publicamos diversos materiales sobre la atrocidad que se está viviendo en Bosnia-Herzegovina. Por cierto, recomendamos que no se olvide leer la carta sobre la batalla de Sarajevo que figura en la sección Toma la palabra. Desgraciadamente estamos convencidos de que habrá que volver sobre estos acontecimientos y no por buenas razones.

Un problema editorial de última hora nos impide publicar esta vez la sección de textos de creación literaria. Volvemos a hacerlo en el próximo número. Aprovechamos la ocasión para pedir a amigos y amigas que nos han ofrecido informalmente cuentos o poemas que se decidan a enviarlos. No es que nos falten materiales, pero tampoco sobran.

Para compensar, iniciamos la publicación de textos sobre temas relacionados con "miradas" en la sección que hasta hora ocupaban exclusivamente las fotografías. Alberte Pagán ha escrito un trabajo iconoclasta contra el cine narrativo, reivindicando sin medias tintas una concepción de la vanguardia emparentada con la frescura de las proclamas de Godard en los años 60.

Y nos siguen llegando noticias de parientes lejanos. Esta vez ha sido un colega de Akelarre el que nos ha dado un disco del cuarteto de Lito Vitale en el que se incluye este poema María Elena Walsh, llamado, naturalmente, *Viento Sur*.

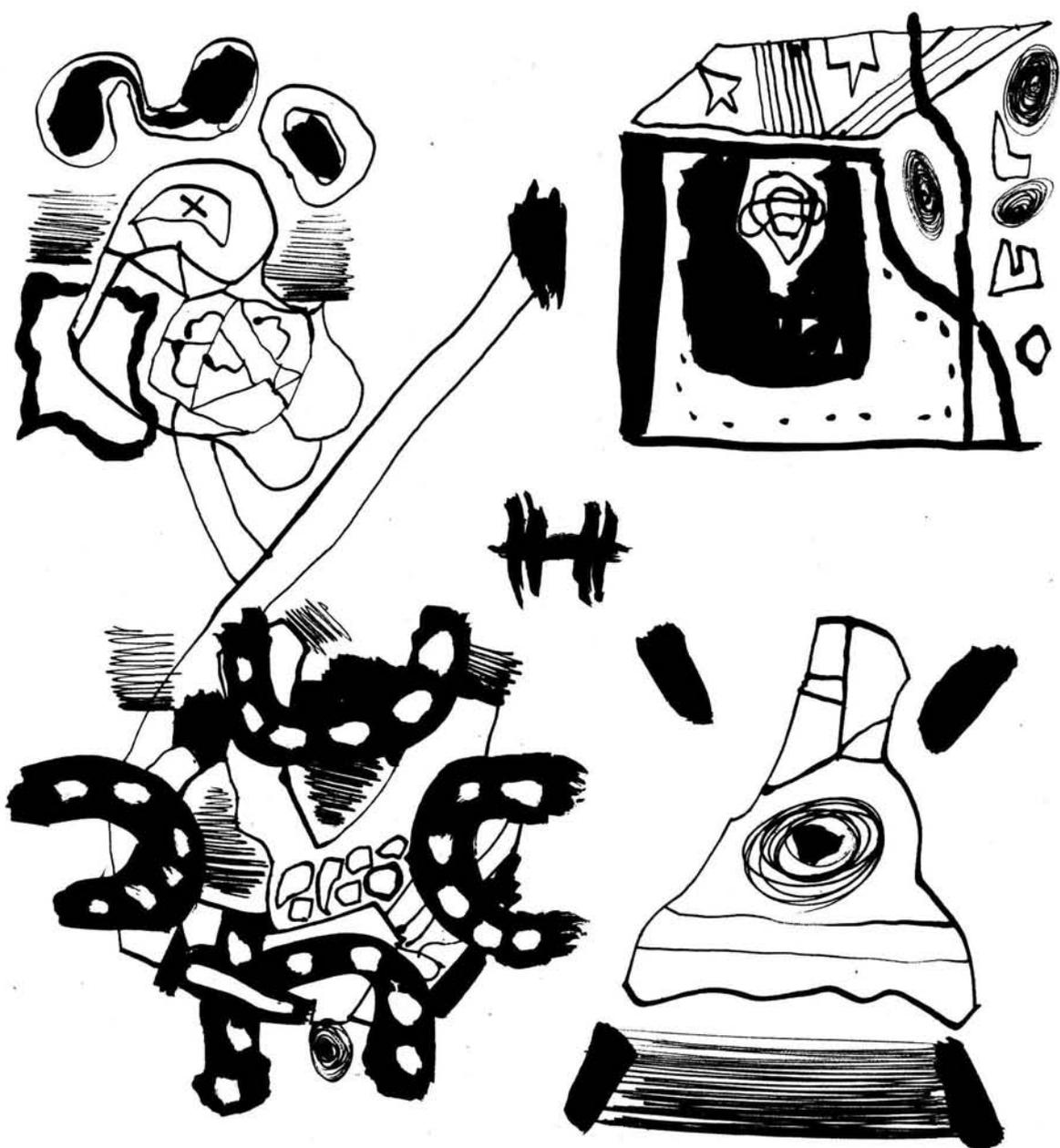
*«No hay túnel que dure cien años, mi vida
Mirá como se arruga la tiniebla
La procesión de pálidas se desbarranca
Los funcionarios inauguran ruinas
Y vos y yo fundamos aires buenos.*

*Dónde estará la plata de mi río
sólo barro y olitas de minué.
En los camalotes cantan las sirenas
pero Ulises camionero no las oye
sólo escucha la radio.
Llueve líquen en los decrepitos televisores:
Buenas noches a todos, mariposas y difuntos.
Transmiten en cadena las cadenas
El cemento se cansa de ser cobija de la pampa
Por los baches asoma la luz mala
Resucitan cardos y maíces
¡Abran paso a las "luciérnagas curiosas que verán..."!*

*Viento Sur
olor a transparencia
silbo de la calandria
madrecita cantora del primer rayo de la aurora.
La sopa de los pobres llega al centro
y su vapor al reino de los cielos.
Ventolina que barre tormentas
Lavadero del alma, nos dejás serenitos
reciclando la pena en vasto amor.
Silbo de la calandria y vidalita de esperanza
Darle cuerda al amanecer y empujar un poco al sol.
Al buen día meternos en casa
Silba la calandria y nos sorprende en vela, amuchados,
con ganas de seguir.
Estación claridad
Vamos llegando.»*

Nos dicen que el *camalote* es una planta acuática y la *vidalita* una canción popular argentina. Y nos confirman que, como era fácil imaginar, *amuchados* significa algo así como acurrucados. Es un descubrimiento esta palabra. Quien la inventó debió ser, probablemente, buena gente, más bien subversiva. Por eso hizo nacer una palabra tierna de la idea de multitud.

Habrás que *amucharse*, pues. Con ganas de seguir. Vamos llegando.



1 el desorden internacional

Comunidad Europea

La crisis de Europa

Claude Gabriel

El tratado de Maastricht inauguró una nueva fase en el proceso de unificación europea. Por el momento, es bastante difícil predecir si el final de este siglo verá o no una auténtica unión monetaria y política. Entran en el cálculo demasiados parámetros como para que nadie serio se atreva a dar un pronóstico, especialmente tras el referéndum danés. La "voluntad política", tantas veces evocada, no podrá ella sola sobredeterminar el conjunto de las incógnitas socioeconómicas. Pero no saber, por ejemplo, si el ecu será o no consagrado como moneda única en 1999, no impide llegar a otras conclusiones. He aquí algunas de ellas:

Cinco coordenadas

1. La perspectiva de la Unión Económica y Monetaria (UEM) corresponde a una necesidad de valorización del capital. Más allá de los problemas planteados por la competencia con las empresas japonesas y americanas, el gran mercado europeo tiene sus raíces en la naturaleza del capital y sus tendencias acumulativas: exportaciones y reagrupamientos de capitales de orígenes "nacionales" diferentes; desarrollos de estrategias y de técnicas de producción cuyos costes se establecen cada vez menos en un único mercado nacional; insuficiencia y pérdida de eficacia del Estado nacional para garantizar las condiciones generales de la producción.

El proceso emprendido en Europa para lograr una integración orgánica y finalmente política, aunque es muy complejo y audaz, no está al margen, desde este punto de vista, del desarrollo de nuevas zonas de libre cambio, como la NAFTA en América del Norte, AFTA en Asia, etc.

Precisamente porque nos encontramos ante un proceso objetivo global, la Comunidad Europea (CE) constituye con la Asociación Económica de Libre Cambio (AELE) un "Espacio Económico Europeo" (EEE), que prepara las condiciones de una unificación de toda la Europa Occidental.

El proyecto de unificación europea, en tanto que reorganización del capital, juega, pues, un papel objetivo importante en la transformación de numerosos elementos de la vida política y social. El desarrollo hasta el final o no de la UEM, no impide de forma alguna, en la etapa actual, que este objetivo actúe de forma autónoma e importante en las mutaciones en curso.

2. En la medida que esta perspectiva no proviene, en primer lugar, de una voluntad política o ideológica, sino de una necesidad estructural del capitalismo, es lícito preguntarse cuáles podrían ser las consecuencias de un posible fracaso. Dada la amplitud de los intereses en juego, así como la importancia creciente de las estrategias continentales y mundiales para los principales sectores industriales y financieros europeos, un fracaso irreversible de la Unión tendría consecuencias inconmensurables. La multiplicación de los montajes financieros y comerciales y la complejidad de la jurisdicción europea, ya puesta en pie, no admitirán una larga parada en la primera o la segunda "etapas" de la Unión. No puede ya haber ahora un amplio intermedio histórico, por ejemplo, de varios decenios, estabilizado en las integraciones parciales ya realizadas. O bien se va a la UEM de forma *relativamente* rápida y controlada, o bien habrá una implosión por el retorno caótico a viejos proteccionismos. Una "regresión" hacia la situación anterior al Acta Única haría entrar ahora al continente en la espiral de una crisis sin precedentes.

Por otra parte, es la comprensión de lo anterior lo que explica la famosa "voluntad política". Los diferentes Estados y sus Gobiernos han identificado perfectamente este peligro y avanzan, pues, de forma pragmática sabiendo llegar a los compromisos necesarios. Por el momento...

¿Pero es posible una "catástrofe"? Sin duda, y sobre todo por la agudeza de las crisis políticas e institucionales. El ascenso de la extrema derecha en ciertos países, el rechazo al Tratado de Maastricht en Dinamarca, la importante oposición que encuentra en otros países, la agravación de la crisis monetaria bajo el impacto de la recesión..., pueden hacer descarrilar los consensos y compromisos realizados entre Gobiernos.

Tiene que haber una cierta "solidaridad" entre el ascenso en credibilidad de un ecumóneda-única y la constitución de un proto-Estado comunitario. No hay moneda sin credibilidad de un Estado que es su soporte institucional. Es ahí donde está el mayor problema: la desincronización actual entre la internacionalización del capital y la perspectiva muy aleatoria de una auténtica federación europea.

3. El Acta Única, y ahora la UEM, se integran en las estrategias de salida de la crisis. Se encuentran así numerosas relaciones entre la integración europea y la reor-

ganización de las empresas, en su búsqueda de un restablecimiento de las tasas de ganancia y en su reorganización progresiva del proceso de trabajo. Este es el caso, por ejemplo, de las famosas "economías de escala", que remiten a la idea de masa crítica para poder realizar hoy ciertas investigaciones, y para fabricar e imponer a nivel mundial los nuevos productos. La masa de financiación requerida, la dimensión de los riesgos que se corren, imponen una superación del marco nacional, incluso regional, cuando la tasa de monopolización del mercado es ya muy elevada.

4. No hay que extrañarse de que la unificación europea se acompañe de ataques sistemáticos contra las conquistas sociales o que intervenga como un factor agravante (o acelerante) en la precarización del trabajo y en los cierres de empresas. La mentira socialdemócrata de una unión económica combinada con una vertiente social progresista ha fracasado. Con toda evidencia, el tratado de Maastricht no invierte la tendencia ultraliberal del Acta Única. La idea de una enmienda social a esta última había llevado a una "Carta Social" tan ineficaz como ridícula. ¡El capitalismo no saldrá de su largo período recesivo haciendo regalos a quienes le proporcionan su fuerza de trabajo!

5. Las convulsiones no esperan al último minuto. La reorganización capitalista conmociona, transforma e incluso desestabiliza a veces una parte de sus propios cimientos. Así ocurre con el Estado nacional, que había sido durante tanto tiempo tan profundamente necesario para la valorización de los mercados, su protección y la constitución de las condiciones generales de la producción.

Hay que precisar, sin embargo, que esta crisis institucional no está originada por el aumento de las prerrogativas de Bruselas. En su origen se encuentra la pérdida de eficacia del Estado nacional en lo que concierne a la regulación de un capitalismo cada vez más "mundializado". Una parte preponderante de los precios se realiza a nivel internacional y las políticas anti-crisis nacionales no tienen ya sustancia. La presión exterior ha dejado de ser un embrollo reservado a los pequeños Estados: se ha convertido en un parámetro decisivo para todos los países.

La contradicción entre las exigencias del capitalismo y las limitaciones del Estado nacional nunca ha sido tan fuerte. Los dos niveles se entrecruzan y se oponen. El Estado sigue siendo, en efecto, una pieza clave del equilibrio del conjunto. Conserva una parte de su antiguo papel en la valorización del capital y para todo lo que afecta al control social, a la producción ideológica y al monopolio de la fuerza. Pero el Estado sólo se entendía con sus fronteras nacionales y su legislación específica. Imponía su legitimidad por una relación idealizada, frecuentemente mítica, con la comunidad nacional.

Ésta ha sido una larga historia, en la que guerras y revoluciones jugaron papeles fundadores, haciendo más o menos invisible, según las épocas, el lazo entre la ideología nacional y las necesidades propias de la burguesía. El Estado aparecía, pues, como algo inmutable: tan necesario para la vida material como para la propia identidad. "Él" había sabido, incluso, convertirse a la vez en el Estado del Bienestar y el depositario de la identidad "nacional". ¿Cómo, entonces, iba a ser sospechoso de trabajar a favor de una clase social específica y en defensa de un régimen de explotación?

El declive del Estado nacional

Pero llega un día en el que la internacionalización del capital muestra desnuda la complejidad del problema: el Estado pierde una parte de su funcionalidad para los propios capitalistas. Aún útil, y a fin de cuentas aún imprescindible en muchos aspectos, no es ya, sin embargo, el único depositario de los intereses de ciertos sectores capitalistas cuyas políticas se juegan poco a poco a otra escala.

El resultado está ahí: el Acta Única pone en pie un sistema que debe hacer desaparecer las fronteras "nacionales" en lo que concierne a la circulación de las mercancías, de los capitales, de los servicios y de las personas. Sigue siendo posible relativizar el acontecimiento evocando otras funciones del Estado, recordando que sigue siendo un instrumento central para una parte importante de las empresas y de la burguesía. Se puede incluso evocar los déficit jurídicos y "estatales" de la propia Comunidad... Sin duda. Pero eso no quita para que la CE, en su nueva versión, consagre el fin de una época en lo que concierne a la realidad de los Estados y su funcionalidad.

Por otra parte, en ese mismo movimiento histórico se han acelerado los procesos de desarrollo desigual en el propio seno de los Estados europeos. La crisis, y los remedios parciales que el capital le aporta, han conmovido ampliamente las jerarquías regionales. Las regiones más pobres y más desasistidas no han despegado a pesar de las ayudas y los "planes". Las otras, al contrario, han conocido, en el curso de los quince últimos años, importantes cambios relativos. Las regiones que habían estado en el centro del desarrollo capitalista durante más de un siglo han debido, a menudo, dejar sitio a otras en términos de crecimiento de la inversión y de polarización de las nuevas industrias de *alta tecnología*. Resultado: las tasas de paro pueden ser muy diferentes entre los antiguos bastiones industriales y las nuevas regiones dinámicas. El diferencial de tasa de paro entre regiones en Europa va de uno a un poco menos de seis.

La desigualdad y la disparidad se agrava en la medida que, una vez más, la dimensión europea interviene aquí de forma autónoma. La "construcción europea" acentúa las desigualdades. Estimula sobre todo estos procesos por la distribución regional de las inversiones no nacionales tras desaparecer las antiguas reglamentaciones.

Existían ya *fondos estructurales* encargados de compensar estas desigualdades. Las instituciones terminan interviniendo, por necesidad, pero lo hacen avalando los destrozos cometidos por el capitalismo. "Compensan", es decir, intentan corregir utilizando las finanzas públicas lo que ha sido provocado por los beneficios privados. Pero se quedan muy cortas... Mantener el paro al nivel actual en las regiones más desfavorecidas necesitaría en ellas, según un alto funcionario de la CE citado en *Le Monde* del 1 de marzo pasado, la creación de dos millones de empleos de aquí al año 2000. Y para pasar del 50% del PIB medio comunitario, donde se encuentran ahora, al 70% sería preciso que esas regiones conocieran durante quince años un crecimiento superior entre un 1,5% y un 2% al crecimiento medio europeo!

Ahora llegan los *fondos de cohesión*, que intentan en lo esencial ayudar a los cuatro países más desfavorecidos (Grecia, Irlanda, Portugal y el Estado español) para que reduzcan una parte de su retraso en relación al núcleo duro de la Comunidad. Esos manás comunitarios continuarán jugando un papel de diferenciación interna.

Así nos encontramos con el Estado-nacional cogido en un bocado, por decirlo así, entre sus crecientes dificultades para asegurar una gestión fragmentaria del capitalismo mundial y unas "estrategias" regionales que intentan captar los dividendos de las nuevas formas del desarrollo desigual.

Hay claramente una ligazón entre esto y el desarrollo de las crisis institucionales en toda una serie de países. La lista no es exhaustiva, pero podemos mencionar a Italia, Francia, Bélgica (debate sobre el federalismo del Estado), Gran Bretaña y el Estado español. Ciertamente, no se trata siempre de crisis que enfrente al Estado central, por un lado, y las regiones constituídas o naciones sometidas, por el otro. La crisis francesa o la crisis italiana no provienen directamente de esos antagonismos; ello no impide que los debates constitucionales que se desarrollan tengan algo que ver con los problemas de la representatividad y de los poderes de las diversas instituciones en el marco de la reorganización europea. De estas crisis repetidas resulta una pérdida de credibilidad en aumento de las instituciones centrales y de los partidos tradicionales, que son su proyección aparente.

El presidente francés François Mitterrand resumía así su visión de la situación el pasado 29: «La contradicción está en todas partes: se expresa por una especie de dialéctica, que ya se ha señalado, entre la dislocación de hoy y la necesidad de unidad que continúa habitando en el espíritu de los europeos. Pero, por el momento, la dominante es la dislocación. Un primer período se dibuja ante nosotros: el de la exasperación...»

El debate sobre la "nueva ciudadanía"

Se habla mucho de la crisis de representatividad política y de la crisis de la identidad nacional. Hay que esforzarse por comprender sus raíces profundas y su carácter duradero. Tanto más teniendo en cuenta que esto alimenta el racismo y el ascenso de la extrema derecha. Un informe de la Comisión Oficial de los Derechos Humanos francesa subraya que el racismo se nutre, entre otras cosas, de «un sentimiento de crisis del orden, de las instituciones y de la identidad nacional.»

La "construcción europea", combinada con la crisis del sistema económico, no es ajenas, sino todo lo contrario, a estos problemas. Si hay, en efecto, un inicio de entidades regionales, si el Estado-nación pierde una parte de sus poderes pero sigue siendo por lo menos una pieza insustituible y si, en fin, la Comunidad se quiere dotar poco a poco de ciertas prerrogativas supra-nacionales, todo esto no constituye por el momento una nueva estructura coherente. Es el aspecto de crisis y de incoherencia el que domina, favoreciendo teorías regional-reaccionarias por parte de los "ricos": el *Vlaams Block* de Flandes, las Ligas lombardas en Italia, la fuerte influencia de los "republicanos" en el Bade-Wurtemberg, etc.

Por otra parte, la propia extrema derecha no está a cubierto de diferenciaciones internas sobre la cuestión europea. Su credo puede ser, bien la defensa de la soberanía nacional contra los "eurócratas" de Bruselas (como hace el Frente Nacional en Francia), bien un nacionalismo de identidad regional /1.

1/ Ver en *Le Monde* del 1 de enero de 1992 las declaraciones del dirigente de las Ligas lombardas, Gianfranco

En este contexto se ha desarrollado el debate sobre la "nueva ciudadanía".

La ausencia de control sobre los cargos públicos electos es tan antigua como la democracia representativa formal. Hoy la gente soporta cada vez menos una delegación de poder sin control regular y sin posibilidad de intervención: es una cuestión de interés. Esta evolución puede sorprender cuando asistimos a una crisis de la conciencia de clase y a un debilitamiento de las movilizaciones sociales de masas. ¿Quizás esta tendencia a sentir, cada vez más, la frustración de una democracia de fachada es una conciencia devaluada y apolítica, puesto que no se combina con el reconocimiento de una pertenencia de clase?

En realidad, parece que nos encontramos ante un proceso combinado. Esta conciencia individual (que no hay que confundir con el individualismo cantado por los ideólogos burgueses) no es necesariamente el fruto de un deterioro de la conciencia colectiva. Expresa -o puede, al menos, expresar bajo ciertas formas- otro aspecto de la conciencia de clase, en las nuevas condiciones socioeconómicas.

El nivel cultural medio ha mejorado; la urbanización ha aumentado hasta el punto de plantear problemas nuevos de medio ambiente y de vida cotidiana; las calificaciones y la organización del trabajo han cambiado; las mujeres han entrado masivamente en el mercado de trabajo; la escolaridad se ha prolongado, etc. Todo esto produce reivindicaciones de nuevo tipo, que se expresan bajo formas específicas. La aspiración a autodeterminarse y a poder decidir sobre la propia vida puede así dar nacimiento a una nueva configuración de la conciencia social de los individuos.

Nuevas formas de exclusión social

La clase obrera conoció un largo período durante el cual su relación con el Estado y la "ciudadanía" fue más tenso que lo que conocimos después de la II Guerra Mundial. Es lo que Etienne Balibar llama una "extra-territorialidad" ¹². Esta situación engendraba formas específicas de representación obrera, de cultura y de solidaridad. Salvo periodos excepcionales, la delegación de poder se hacía globalmente en beneficio de los "representantes cualificados" de la clase.

Así, las fuertes concentraciones proletarias votaban en general y masivamente por quienes hablaban en nombre del proletariado. Y la rápida pérdida del control sobre estas burocracias políticas y sindicales parecía compensada por ganancias reales, logradas en las luchas, pero luego garantizadas por negociaciones y legislaciones. Los jefes de partidos y de sindicatos se encontraban dotados de un mandato permanente para tratar con el adversario de clase. Esta forma de representación política de la clase alejaba de la conciencia de la mayoría el problema general de la democracia formal en el Estado.

Lo que el obrero obtenía para él, para su familia o para su comunidad, provenía de las luchas. Votaba para que esas victorias estuvieran protegidas "arriba" por gentes que representaban a su clase. Los burgueses no veían apenas en él a un consumidor,

Miglio, explicando que la identidad lombarda es el estar entre los más europeos de los italianos y abogando a favor de una Europa de las regiones.

¹² Balibar, Etienne: *Les frontières de la démocratie*, París, La Découverte, 1992.

un usuario, o ni siquiera un ciudadano de cuerpo entero. La opinión burguesa oscilaba entre el paternalismo y el temor: se tenía compasión por la "pobre gente" y se fustigaba a la "chusma" de los barrios obreros.

Esta "extraterritorialidad", por emplear el término de Balibar, ha dejado de existir, hablando con propiedad. En su lugar, aparecen los problemas de los suburbios, los guetos de inmigrantes, las barriadas populares insalubres. Todo bastante diferente de lo que había sido característico de la antigua comunidad obrera, con sus fuertes lazos entre el hábitat y la fábrica. Nos encontramos, pues, ante nuevas formas de exclusiones políticas y sociales. Estas mutaciones han sido ampliamente analizadas, en múltiples estudios, a propósito de la desaparición de las colectividades sociales ligadas a los sectores industriales dominantes del pasado: astilleros navales, minas, siderurgia, ferrocarril, automóvil... /3.

El Estado del Bienestar ha modificado progresivamente la relación con él de los individuos (incluso proletarios). Se ha realizado un doble movimiento. Las burocracias "representativas" de la clase se han encontrado cada vez más cooptadas, integradas y comprometidas en la gestión global del sistema. Luego, el propio Estado ha ampliado y sistematizado su gestión de las relaciones sociales. El salario indirecto ha tomado amplitud; las negociaciones sociales se han sistematizado; el arbitraje aparente de los poderes públicos se ha extendido.

La mutación del Estado burgués ha provocado y acompañado la mutación de las burocracias representativas del mundo obrero. La gestión municipal prolongada de estas últimas se ha comprometido cada vez más con la patronal local. La creciente extensión de las mutuas o la cogestión de las instituciones de protección social han aumentado los fondos que gestionan en nombre del Estado. A partir de ello, la calidad de representante de los trabajadores pierde sentido progresivamente en las conciencias y, por supuesto, en los hechos. Una terminología mediatizada viene a punto para regularizar la situación: se comienza a hablar de "clase política" para referirse tanto a partidos de la izquierda parlamentaria como a partidos de la derecha tradicional. Y esta extraña "clase" es concebida por la mayor parte como el conjunto de quienes tienen como oficio hacer política para repartirse el pastel.

Por otra parte, las políticas de austeridad han debilitado la fiabilidad de los servicios públicos, hasta tal punto que se ha hecho más complicado hoy defender nacionalizaciones y hacer de ello una perspectiva progresista. Se ha pasado, un poco en todas partes, de tentativas de mejora de la formación profesional a una simple gestión del paro /4.

El sistema de convenios colectivos ha retrocedido en muchos países. La institución escolar está en crisis y no puede ya crear ilusiones sobre la igualdad de oportunidades. La exclusión se desarrolla en todas partes, primero en terreno social, luego polí-

3/ Bernard Francq, sobre las regiones mineras belgas, en *Contradiction*, (Bruselas), 56, 1989. Alain Bihl, sobre todo en *L'homme et la société*, Paris, 98, 1990. François Bon, en "Ouvriers, ouvrières", *Autrement*, Paris, 1992).

4/ Este es lo que ocurre, incluso en países en los que había una larga tradición de inserción profesional mediante el aprendizaje. En Gran Bretaña, el *Industrial Training Act* (1964) ha sido desplazado por el *Youth Training Scheme* (1980). El primero era financiado por las empresas, el segundo por el Estado. El primero estaba gestionado paritariamente con los sindicatos, el segundo por los patronos. Se ha pasado de un salario de aprendizaje a una indemnización de formación...

tico. El Estado tiene cada vez más dificultades para presentarse como algo por encima de las clases y defensor de una justicia redistributiva... Pero no aparece tampoco como lo que es, es decir, como el Estado de una clase. Para un gran número de gente se ha convertido sencillamente en una guarida de ladrones y de mafias.

¿Podría este rechazo de los políticos atenuarse mediante el recurso a una "nueva ciudadanía" basada en la dimensión regional o nacional? ¿Resuelve el problema votar como ciudadano valón por Walonia o como ciudadano escocés por Escocia? Ciertamente no, mientras esas instituciones sigan siendo un valedor demagógico de la dictadura del mercado y de las ganancias.

Una "nueva ciudadanía" que reprodujera a nivel local las mismas delegaciones de poder que a nivel nacional: la ausencia de derecho de intervención directa de las poblaciones, la ausencia de revocabilidad de los electos, la ausencia de circulación de las informaciones, etc., no resolvería nada de la frustración actual. Ahora bien, en una época en la que los viejos Estados pierden una parte de sus medios de intervención, es particularmente escandaloso pretender remediar el famoso "déficit democrático" de Europa sólo mediante la magia de las gestiones pretendidamente regionales o locales.

No se trata de negar la pertinencia de las reivindicaciones locales, regionales o nacionales. Muy al contrario. La sociedad nueva que hay que construir debería apoyarse en una profunda autoorganización local y en la autodeterminación.... Pero esta perspectiva subversiva no es creíble más que inventando nuevas instituciones coherentes en relación a las evoluciones socio-económicas. Y esto debe referirse hoy a toda la dimensión europea.

Racismo e igualdad de derechos

Evidentemente la cuestión del racismo y de los inmigrados que provienen del Tercer Mundo o de la Europa del Este no es la menor de las cuestiones cuando se quieren abordar, en su conjunto, estos problemas de ciudadanía y de derechos.

Encontramos aquí, una vez más, la dicotomía productor/ciudadano. En todo sistema de segregación del mercado del trabajo una disparidad de derechos cívicos acompaña a la estratificación de la fuerza de trabajo. Así ocurrió durante mucho tiempo con el derecho al voto de las mujeres; también con el *apartheid* sudafricano. El final de estos sistemas extraeconómicos de regulación no significó, por otra parte, que las segregaciones desaparecieran. La suerte de la mayoría de las mujeres trabajadoras o la suerte de los negros en la Sudáfrica *postapartheid* lo demuestran sobradamente.

Pero, en todo caso, una parte de la fuerza de trabajo es "tratada" por el sistema como una "pura fuerza de trabajo", es decir, sin acceso a la ciudadanía convenida.

Estas complejas segmentaciones son legitimadas en nombre de los diversos prejuicios "naturales", de sexo, nacionalidad, de cultura y de "raza". El Estado hace opaca su naturaleza de clase a los ojos de los trabajadores, (re)presentándose de forma diferente a las diferentes categorías. Pone cara de dotar a algunas de una parte gratificante de soberanía que niega a otras. Algunos son "ciudadanos" de cuerpo entero, otros no... Es claramente un racismo de Estado, ligado a la gestión de la fuerza de trabajo en beneficio del capital.

Este racismo no tiene especialmente el color del fascismo, de la socialdemocracia o de la derecha tradicional. Es un dato permanente del Estado burgués. No es dependiente de los aires que corran, de las presiones demagógicas u otras cosas; se basa en la función permanente del Estado en lo que concierne a las condiciones generales de la producción.

Se encuentra también en el acuerdo de Schengen y en las diversas reuniones europeas que tratan de la emigración y de los "nuevos flujos migratorios".

Es interesante seguir, a este propósito, lo que ocurre con Europa del Este. En estos países, en los que la transición hacia el capitalismo sigue siendo lenta, caótica y desigual, hay una fuerte desconexión entre la circulación de los capitales, de las mercancías y de las personas. Ahora bien, las condiciones de la "caída del muro de Berlín" han hecho que una parte sustancial de la fuerza de trabajo de esos países pueda ser libre de venderse, cuando otras componentes de la economía de mercado están aún en sus balbuceos. Resultado: una parte de esas personas se estiman libres (debido a su "liberación del comunismo") para venir a vender su trabajo allí donde el mercado de trabajo parece más abierto, en Europa del Oeste.

Esta desconexión entre la posibilidad de libre circulación de la mercancía-trabajo y el resto del mercado plantea problemas inmediatos a los señores de la Comunidad. Hemos visto con qué vigor Italia ha expulsado a los albaneses. Y el debate en Alemania sobre el derecho de asilo muestra claramente que no se trata simplemente de ideología y de prejuicios de extrema derecha.

Es necesario, pues, que el Estado -o los Estados- instaure nuevas reglas para mantener las inercias y las segmentaciones tradicionales del mercado mundial, para que se perpetúe la separación entre, por una parte, la circulación de las mercancías y de los capitales y, por otra parte, la de la fuerza de trabajo. Nuevas jurisdicciones, nuevas represiones... el Estado desarrolla su racismo funcional.

A partir de esto, el Estado tiene necesidad de una justificación comunitaria, "nacional" y cultural. Para romper la unidad objetiva de todos los que venden su fuerza de trabajo debe reproducir una ficción idealizada de la nación, o de la etnicidad. La definición de la ciudadanía viene así a coronar la segregación.

El "ciudadano" teórico, en Europa del Oeste o del Este, es imposible de encontrar. La separación querida entre productor y ciudadano es cuidadosamente reproducida por el poder. Además, el productor no tiene poder, como el ciudadano carece de soberanía sobre su vida y sobre la sociedad. Pero en adelante, la crisis económica, las mutaciones sociales así como la unificación europea resaltan, más que en el pasado, el vacío de poder asociado a la noción de "ciudadano".

En la práctica, la gente está tan preocupada por poder determinar su vida profesional como su condición de consumidora. No está más abierta a aceptar despidos como una simple fatalidad que a aceptar la construcción de una autopista a dos pasos de su casa en nombre del "interés general". Mucha no ve ya por qué la razón de Estado bastaría para "justificar" los gastos militares y el envío de tropas al extranjero. Percibe cada vez menos para qué puede servir votar regularmente a algunas camarillas políticas si ello, de todas formas, no tiene ninguna consecuencia práctica sobre el sistema educativo, sobre el sistema de información y de decisión en general u otros asuntos...

Así empiezan a cohabitar dos frustraciones. La de una ciudadanía formal sin poder y la de una situación social precaria. La fuerza política que dé una respuesta y una interpretación a todo esto ofrece recuperar una esperanza, o incluso un proyecto de contra-sociedad. No hay que olvidar que la extrema derecha es ya candidata a esa tarea. Partiendo de la crisis del Estado, satanizando a "los otros" (los inmigrantes, el Tercer Mundo, o bien otras regiones del país), pretende responder a la aspiración popular a un mundo racional sin corrupción y sin miseria. ¡Un orden reencontrado!

Para reunificar productores(as) y ciudadanas(os)

Es interesante señalar la aparición de diversas iniciativas de izquierda que buscan responder a estos problemas. En Francia la revista *M*, de marzo de 1992, acaba de publicar un "Manifiesto Ciudadano" firmado por diversos intelectuales y subrayando principalmente «el derecho para cada cual a ser útil, socialmente, y a que esta utilidad sea reconocida.» Poco más o menos, en el mismo momento se lanzó un llamamiento con el título de "Izquierda fin y continuación", en el que, partiendo de la crisis de representación, se reclama un «nuevo equilibrio de poderes»... para «reanimar el espacio público de deliberación» **5**. El llamamiento termina diciendo: «Trabajamos por una utopía moderna y modesta, que no opongá ya al individuo y la sociedad, sino que esboce un futuro: hacer posible, con un mismo gesto, más individuo y más sociedad....»

En Bélgica han aparecido dos iniciativas paralelas. Tras la conmoción de las elecciones del 24 de noviembre de 1990, en las que el *Vlaams Blok* alcanzó el 25% en Amberes, se constituyó en Flandes una "Carta 91" que se presenta como un "movimiento de ciudadanos". Intenta «la puesta en pie de órganos y de nuevas instituciones que permitan el control y la participación directa del ciudadano.» Denuncia la crisis, la degradación de las ciudades, el racismo, una Unión Económica y Monetaria elaborada no democráticamente. Una carta análoga se ha formado en Valonia. En Bratislava, se ha celebrado el pasado marzo una reunión titulada "Conferencia de los Ciudadanos" europeos, consagrada principalmente al nacionalismo y al racismo. Miembros de movimientos diversos, provenientes de toda Europa, han debatido sobre los problemas de ciudadanía y de las instituciones políticas en Europa **6**.

El problema está en la calle, cualquiera que sean los firmantes de tal o cual manifiesto.

No podemos darnos por satisfechos con los apañes que intentan hacer los Gobiernos para fomentar ilusiones. El derecho de voto y de elegibilidad en las elecciones para todo natural de la CE no es, hablando con propiedad, un "progreso" en la medida que introduce el problema de una "identidad" europea que se basa en la política de seguridad e imperialista de Schengen.

El fracaso reciente del referéndum local, organizado por la Administración de Amsterdam, sobre la regulación del tráfico de automóviles muestra que no es así como se podrá pretender dar a la población trabajadora un poder de decisión. Igual-

5/ *Le Monde*, (2, abril, 1992).

6/ *Helsinki Citizens Assembly*, 2ª Asamblea General, 26-29 de marzo 1992. Bratislava.

mente, el derecho de voto de los inmigrantes en Holanda en las elecciones locales, aunque sea una conquista que habrá que defender, si llega el caso, no resuelve nada del racismo. Las instituciones burguesas no son capaces de proporcionar la menor parcela de derecho cívico real, y el sistema no puede sino engendrar un falso semblante de democracia directa. El deseo y la posibilidad real de control vendrán de las movilizaciones de masas, independientemente de las instituciones. Nada que ver, pues, con una estrategia de desgaste y "contrapoder" en el Estado.

Para que esto tenga una finalidad es preciso que haya una real estrategia, formas de movilización y relaciones de fuerzas. No hay que contentarse con una microdemocracia basista: es claramente el poder de arriba el objetivo... Hay, entonces, que llenar la separación entre las luchas de empresas y los movimientos sociales.

Hay que hacer experiencias complementarias y cada vez más imbricadas. Y para ello hay que evitar dos errores simétricos: creer que la importancia de las luchas de empresa pertenece al pasado del viejo movimiento obrero; o pensar que los movimientos sociales fuera de la empresa no representan sino una conciencia desviada, difuminada y coyuntural del "verdadero" combate de clase. Los dos se sitúan en terrenos que la burguesía ha separado conscientemente para mutilar aún mejor la conciencia de clase. Los primeros están ligados a la lucha en la producción; los segundos a los dominios de la reproducción de la fuerza de trabajo. Tocamos aquí un debate aún sin desbrozar sobre la naturaleza y la heterogeneidad del "sujeto revolucionario" y sobre la diversidad de la representación del movimiento de emancipación.

Soñemos, pues, un poco, puesto que tanto se habla de la "reconstrucción" del movimiento obrero y de los movimientos sociales... Imaginemos casas en barrios y ciudades en las que cohabitarían todas las asociaciones y todos los sindicatos, donde sería posible trabajar diariamente entre movimientos antimilitaristas, feministas, antirracistas, organizaciones de vecinos, grupos culturales, movimientos de jóvenes, estructuras pedagógicas alternativas, sindicatos... Lugares en los que sería posible trabajar en la reunificación del tejido social roto de los suburbios insalubres... Abiertos a todos y todas, como contrapoder, como centro de movilización y de vigilancia.

Esto podría permitir desarrollar campañas unitarias de masas, que reunificarían productor/productora/ciudadano/ciudadana. En este aspecto, estoy totalmente de acuerdo con André Gorz cuando escribe: «El movimiento obrero debe acordarse (...) de que originalmente ha salido de asociaciones de cultura obrera. No podrá perpetuarse como movimiento más que si se interesa por el desarrollo humano fuera del trabajo, tanto como en el trabajo.» 17.

La crisis del Estado nos ofrece así hoy algunas oportunidades para volver a dar coherencia y credibilidad a nuevas formas de radicalización que desemboquen en experiencias de masas de desobediencia civil. Utilizando las crisis institucionales actuales para denunciar la forma en que el sistema organiza el divorcio entre las dos esferas de nuestro ser social sería posible volver a dar crédito a la idea de una sociedad alternativa. Nuevas experiencias podrían entonces renovar el antimilitarismo revolucionario mediante un rechazo masivo de la mili obligatoria (en los países en los que se practica) y una negativa a pagar los gastos militares. El feminismo podría

17/Gorz, André: *Metamorphose du travail*, Paris, Galilea, 1989.

recuperar una amplia audiencia encontrando los medios para una batalla de masas en el terreno del trabajo y de la igualdad.

Recordemos aquí los debates de los asalariados ingleses de la *Lucas Aerospace*, que, en 1975, discutían la reconversión de su empresa en una de producción civil, o también la negativa a pagar la *poll tax* en Gran Bretaña, o la campaña en Suiza por “la abolición del Ejército”, o la huelga de mujeres de 1991, también en Suiza. Todas estas luchas indican una dirección, una “tendencia”.

Pero el objetivo no debe ser una estrategia fragmentada, reducida a una especie de reformismo de “lo más próximo”. Por el contrario, es la convergencia de estos movimientos y su independencia social en relación a los Estados y a las instituciones europeas lo que debe permitir una reactivación de las luchas anticapitalistas. Ello implica, paralelamente, un relanzamiento de los movimientos sindicales y el desarrollo de fuerzas políticas revolucionarias en un marco pluralista y democrático. Y por consiguiente, la necesidad de volver a pensar sobre una estrategia anticapitalista, renovando toda la problemática del control social y de la dualidad de poder.

La evolución del capitalismo nos abre así un nuevo campo de reflexión. Ha pasado el tiempo en el que consignas anticapitalistas podían concebirse en el estricto marco “nacional”. Ahora el desafío es relacionar movimientos de lucha y de control en todos los aspectos de la vida social (educación, transportes, alojamientos, luchas reivindicativas en la empresa, antirracismo, antimilitarismo, antisexismo, etc.) con una convergencia europea de conjunto.

Éste es el gran desafío de la izquierda revolucionaria europea: apoyarse en la crisis del Estado-nación, unificar los diversos terrenos de lucha y volver a dar credibilidad al proyecto socialista, definiendo una Europa alternativa a la de Maastricht.

CRITIQUE COMMUNISTE/Abril-Mayo de 1992/París

Traducción: *Alberto Nadal*

Por qué perdieron los laboristas

Peter Gowan

Los resultados de las elecciones generales británicas de abril de 1992 han dado una inesperada y estrecha mayoría a los conservadores en el Parlamento: 21 escaños más que la suma de los obtenidos por todos los otros partidos, de un total de 650. Los conservadores, a pesar de ello, han perdido más de 80 escaños, que han sido ganados en su mayoría por los laboristas. Estas victorias, y la débil mayoría conservadora, han sido utilizadas por la dirección del Partido Laborista para sugerir que sus resultados no habían sido tan malos. La dirección del Partido Laborista se equivoca.

La movilización conservadora

La débil mayoría conservadora en la Cámara de los Comunes oculta el hecho de que los laboristas sólo han obtenido el 35% de los votos, frente al 42% de los conservadores. John Major ha obtenido tantos votos como los alcanzados por Margaret Thatcher en cualquiera de sus tres victorias electorales. Y lo ha conseguido en el peor momento de una recesión, que es tan dura como la de 1981-1982 y que ha afectado de manera especialmente grave al Sureste de Inglaterra, el principal feudo electoral conservador. Al término de la recesión de 1981-1982, Thatcher había conseguido llegar a ser, según las encuestas, el Primer Ministro más impopular que se recuerde, aunque la victoria en la Guerra de las Malvinas y el fervor nacionalista que provocó cambiaron pronto esta situación. Major, por el contrario, no ha tenido dificultades para mantener el apoyo a los conservadores en todo el Sur de Inglaterra.

La primera pregunta, desconcertante, que hay que hacerse es cómo fueron movilizadas de una manera tan eficaz los votantes conservadores para acudir a las urnas. Dada la durísima crisis económica, existía una expectativa muy generalizada de que muchos votantes conservadores se quedasen en sus casas o emitieran el tradicional voto de protesta de los conservadores, apoyando al centrista Partido Liberal Demócrata. Ninguna de estas dos cosas ocurrió finalmente: los liberales demócratas obtuvieron los peores resultados de su vida en el Sur de Inglaterra.

Una primera explicación parece ser el éxito de Major a la hora de transmitir con credibilidad los dos principales mensajes de la campaña: que los laboristas golpearían a la población con altos impuestos y que votar por los liberales demócratas era en realidad votar por los laboristas.

Las paradojas del Estado del bienestar

La dirección del Partido Laborista tuvo que hacer frente a una clara disyuntiva política sobre el tema de los impuestos, antes incluso de que comenzara la campaña electoral: podía prometer una importante reducción en los gastos de defensa, el llamado

“dividendo de la paz”, para pagar sus nuevos programas de incremento del gasto social; o podía imponer impuestos mas fuertes a las familias de ingresos medios. Un sector de la dirección laborista presionó para que se adoptara la primera de las opciones. Pero el ministro de Hacienda en la sombra ^{1/} (y, probablemente, futuro líder laborista), John Smith, insistió en la segunda. Smith ganó porque la dirección laborista estaba aterrorizada ante la posibilidad de que los conservadores utilizaran a su favor los temas de defensa nacional, una de las razones más importantes de anteriores derrotas electorales de los laboristas en los ochenta.

Como consecuencia de esta decisión, el Partido Laborista obtuvo el apoyo del *Financial Times*, pero la decisión implicaba un aumento sustancial de los impuestos para los trabajadores especializados y los profesionales, dos grupos electorales esenciales, cuyo apoyo los laboristas debían recuperar si querían derrotar a los conservadores. Ello está unido a un problema estructural mas profundo al que tiene que enfrentarse el Partido: el Estado del bienestar en su conjunto se ha basado en una redistribución de recursos en perjuicio de los sectores mas jóvenes y cualificados de la clase obrera, a favor de los sectores de más edad y de los desempleados de esa misma clase obrera. Este tipo de Estado del bienestar, que implica una redistribución en el seno de la misma clase obrera, es una de las características mas notables de los cambios ocurridos en las dimensiones sociales del sistema fiscal en el período de post-guerra: ha habido un enorme aumento de la presión fiscal sobre los trabajadores manuales más cualificados y mejor pagados desde la década de los años cuarenta. Los avances iniciales de los conservadores en 1979 se debieron, en gran medida, a una revuelta fiscal de estos sectores de trabajadores sindicalizados, en el Centro y Sur de Inglaterra, contra el Partido Laborista. Y no han vuelto desde entonces a apoyar a los laboristas en número sustancial: la mayoría se han quedado con los conservadores, porque el atractivo electoral de los laboristas es mínimo para estos grupos de trabajadores.

Este fenómeno también afecta al voto liberal demócrata. El partido carece de un núcleo de fieles votantes. Gran parte de su apoyo lo recibe de votantes laboristas, como un voto de protesta táctico. Y los mejores resultados históricos del Partido Liberal Demócrata se han obtenido gracias a la protesta temporal de votantes conservadores, fieles hasta entonces a su partido. Existían amplias evidencias del fuerte descontento existente entre los votantes conservadores por los resultados globales de la gestión de los Gobiernos Thatcher/Major: auténtica ira, que se extendía también al sector de los pequeños negocios. Pero finalmente estos votos no se trasladaron al Partido Liberal Demócrata, por temor a que permitiesen al acceso al poder de los laboristas.

Los resultados de las elecciones han provocado fuertes presiones de la prensa para que se produzca un realineamiento en la izquierda, presiones que han sido apoyadas por sectores intelectuales cercanos o del interior del Partido Laborista e incluso por

^{1/} El Partido Laborista mantiene en la oposición un “Gobierno en la sombra”, compuesto por sus candidatos a ocupar los Ministerios en caso de victoria. Designados por el líder del partido, que es a su vez candidato al puesto de Primer Ministro, los miembros de este “Gobierno” critican sistemáticamente la política del ministro de su ramo en ejercicio y elaboran las líneas de una política alternativa que, aunque debe ser aprobada en la plataforma electoral por el congreso del partido, de hecho goza de una gran influencia y autonomía.

socialistas que dicen estar en la izquierda o a la izquierda del laborismo. Se defienden argumentos tanto negativos como positivos a favor de este realineamiento. Negativos, como los de aquellos que dicen que no existen esperanzas de que los laboristas vuelvan a ganar por sí mismos unas elecciones: después de todo, han tenido una oportunidad sin precedentes en éstas, celebradas en medio de una profunda recesión. Deben por lo tanto, se argumenta, hacer un pacto con los liberales demócratas, repartirse las circunscripciones para no enfrentar a sus respectivos candidatos y preparar un programa conjunto para un Gobierno de coalición.

¿“Refundación” de la izquierda?

Los argumentos positivos hacen hincapié en la idea de que hay una tarea cuya importancia supera a todas las demás: la reforma electoral y constitucional. Como los liberales demócratas defienden estas reformas, hay sectores en la izquierda que consideran que no solamente sería necesario, sino también progresista -un “paso adelante”- alcanzar un pacto electoral en estos términos.

Nadie en la izquierda puede negar el carácter reaccionario del orden constitucional británico, ni la naturaleza globalmente antidemocrática de su sistema electoral. Pero el programa constitucional de los liberales demócratas no supondría ningún avance sustancial en relación con el *status quo*: su incapacidad para plantear una revisión global del sistema judicial y reforzar los poderes del Parlamento implica que una reforma constitucional de estas características, significaría tan sólo un reforzamiento de un sistema judicial profundamente reaccionario y de su capacidad para intervenir en el proceso político contra la izquierda. Por lo que se refiere a la posible sustitución del sistema electoral a favor de algún tipo de representación proporcional, sin duda supondría un paso adelante, pero probablemente produciría nuevos y más importantes obstáculos para el avance de una alternativa socialista en Gran Bretaña. Por ello, aunque la izquierda difícilmente puede oponerse a la introducción de un sistema más representativo, sería absurdo que apoyase una medida de este tipo como una vía para hacer avanzar el movimiento laborista o como una de las claves para mejorar la vida del conjunto de la población.

El laborismo, sin estrategia

La lección fundamental de la derrota electoral reside en la simple constatación de que el laborismo carece de cualquier credibilidad a nivel programático. Ni siquiera pretende tener una estrategia alternativa para modernizar y transformar la vida de la gente. Las propuestas thatcheristas de los ochenta se han desacreditado en gran medida, al menos en los círculos financieros y políticos, por la simple razón de que no han podido frenar la decadencia económica, para no hablar de la social, del país. El *thatcherismo* solo funcionó como una herramienta para redistribuir de los pobres a los ricos. Pero como estrategia para el crecimiento ha sido un fracaso total y Major ha procurado evitar que se le pudiera identificar como un mero continuador de él.

Para que el laborismo pueda ganar después de tantos años fuera del poder, tiene que

elaborar una auténtica estrategia de nuevo tipo cuyo objetivo sea mejorar la vida del conjunto de la población. Sin esa estrategia, nunca volverá a convencer a los grupos claves de votantes de que vuelvan a apoyar a la izquierda: saben perfectamente que si lo único que se les ofrece es inclinarse antes los intereses inmediatos del capital, es mejor, y más lógico, votar al Partido Conservador. La experiencia de la recesión no ha cambiado este planteamiento básico en lo mas mínimo.

El Partido Laborista ha sido capaz en dos ocasiones de presentar este tipo de alternativa: en 1945, con el programa para un Estado del bienestar; y en 1964 y 1966, con su programa de crecimiento industrial tecnocráticamente planificado. Desde el colapso de esta visión tecnocrática de los sesenta, el laborismo se encuentra sumido en una profunda crisis política, que afecta asimismo a otros muchos partidos socialdemócratas del Continente.

El resultado más positivo de las elecciones generales ha sido la dimisión del líder laborista, Neil Kinnock, un charlatán hipócrita con una sola idea fija: hacer del laborismo un partido respetable y elegible a base de machacar a la izquierda laborista. Su dimisión ha permitido la reaparición de una izquierda con cierta entidad dentro del Partido, a través de la presentación de la candidatura de Ken Livingston para sucederle en el liderazgo. Los partidarios de Livingston no son muchos, pero incluyen a una nueva y joven generación de diputados parlamentarios, y el propio Livingston ha mostrado un interés genuino por las ideas socialistas y poseer una perspectiva internacional, que hasta ahora estaba ausente en la izquierda laborista. Ha surgido la posibilidad de crear una nueva plataforma de izquierdas en el Partido que busque regenerar las alternativas políticas socialistas a través de utilizar el gran potencial humanizador de las nuevas tecnologías y de desarrollar una nueva estrategia europea para la izquierda que vuelva a situar en la agenda la lucha por la propiedad social de los medios de producción y el igualitarismo.

Las posibilidades de una izquierda de estas características se hicieron patentes en Coventry. Poco antes de que la campaña electoral comenzara, Kinnock mostró por última vez su capacidad de atacar a la izquierda sin el menor escrúpulo estatutario, expulsando del Partido al diputado de Coventry, simpatizante de la corriente *The Militant*, Dave Nellist. Nellist, apoyado por su circunscripción, mantuvo su candidatura como independiente frente al nuevo candidato laborista designado desde las oficinas centrales del partido. Casi venció, perdiendo tan sólo por unos doscientos votos, obteniendo el mejor resultado alcanzado por un candidato de la izquierda contra la derecha laborista desde hace décadas.

Mientras tanto, el nuevo gobierno de Major carece de cualquier visión estratégica y el declive de la economía británica y las tensiones dentro del Estado, en especial en Escocia e Irlanda del Norte, tenderán no sólo a continuar sino a incrementarse.

Londres, 4 de abril de 1992

traducción: G. Buster

Los dilemas del sandinismo

Envío

De "histeria colectiva" calificó un psicólogo el estado de las familias nicaragüenses. Durante varias semanas, todos los medios de comunicación y seguramente la gran mayoría de las conversaciones en el país se referían al hallazgo del cuerpo decapitado y violado de una niña preadolescente en un cauce de un área transitada de Managua. En familias y escuelas cundió el pánico frente a los ataques sexuales contra menores.

Aunque éste no fue un caso excepcional de violación y asesinato de menores, sí ha sido el más repulsivo y publicitado. (...).

Tanto la víctima como el *victimario* aparecían también como un reflejo aberrado y perverso de un medio social en descomposición, donde la violencia ya ha sido incorporada a la cultura política y social de la nación, donde a cualquier legalidad se impone la supervivencia física y donde la disolución de valores y la crisis de las esperanzas depositadas en los partidos opositores o en el Gobierno y en la política, es generalizada.

En dos años de nuevo Gobierno el nivel de vida de una gran cantidad de nicaragüenses ha descendido a grados pocas veces conocidos. Para un dirigente sandinista se trata de "la peor crisis vivida por Nicaragua en su historia".

Estos niveles de desesperación han promovido concertaciones inusitadas en las que se borran por la base las fronteras políticas y se crean otras nuevas, las que separan al pueblo de las superestructuras políticas. A inicios del mes de marzo, grupos de *recontras* y *recompas* ocuparon Ocotal, en el norte nicaragüense, unidos en una protesta pacífica por la creciente situación de hambre y desempleo que viven en el campo y que se agraven algunas zonas por la sequía del pasado invierno o el abandono del cultivo del algodón.

A mediados del mes, los conflictos volvieron a centrarse en Managua con la huelga de los trabajadores de los ingenios azucareros, que se trasladaron a la capital para acamparse frente a las oficinas de la Presidencia exigiendo soluciones y contando con el apoyo de otros sectores sindicales que también amenazaron con una huelga más amplia.

Más unidad y más distancias

A diferencia de crisis anteriores, esta encrucijada estaba marcada por dos fenómenos aparentemente contradictorios, aunque quizás coincidentes en el fondo. En todo caso, indicativos de los nuevos momentos. Por un lado, diversos sectores populares en crisis —incluyendo algunos no ligados históricamente al sandinismo— unificaban sus demandas y compaginaban sus acciones para confrontar al Gobierno. En marzo nació la Coordinadora Nacional Campesina integrada por los productores de la UNAG y los desmovilizados del Ejército y de la ex-Resistencia. Se organizó también un nuevo movimiento popular llamado Coordinadora Nacional Popular (CNP), que agrupa a

los obreros del FNT, a desmovilizados, a los *recompas*, a víctimas de guerra y comerciantes y a una asociación de desempleados. Tienen esperanza de integrar también a los líderes de Yatama en la Costa Atlántica y a los de la ex-Resistencia, para defender todos juntos reivindicaciones que son comunes. Por otro lado, sin embargo, se incrementaba la distancia entre los movimientos de base y la dirigencia partidaria sandinista, provocando nuevas confusiones y discusiones de las que se espera surja un nuevo modelo de oposición que vincule nuevamente lo popular y lo partidario y sea capaz de hacer rectificar al Gobierno por medios pacíficos. Ante las crisis y los crímenes, ni los políticos ni las policías daban respuesta y a las puertas de una confrontación violenta entre trabajadores del azúcar y policías en el centro de Managua, la presidenta Chamorro subía en un avión hacia Brasil declarando que dejaba el Gobierno "en manos de Dios". Con diferencia de horas, Antonio Lacayo y Daniel Ortega —dos de los dirigentes de más influencia en el país— viajaban juntos a Washington a solicitar ayuda de los países ricos del Norte.

Armas y hambre

Pero en Washington tenían ya una versión acerca de Nicaragua a partir de noticias de revueltas y violencias aparecidas en los medios norteamericanos, que algunos no desvinculaban de la misma política económica que Lacayo llegaba a defender.

Existe una dramática contracción del crédito que, sumada al colapso en los precios internacionales del algodón y del café y al impacto de la pasada sequía, ha agudizado la situación de la mayoría de los productores campesinos, haciéndoles prácticamente imposible acceder a nuevos créditos, que los bancos no están dispuestos a concederles. Según estadísticas de la Asociación de Trabajadores del Campo, 35.000 campesinos se encuentran hoy en el desempleo pasando hambre junto a sus familias. En Las Segovias y otras zonas se reportan ya como rutina muertes de niños por hambre y consumo generalizado de raíces para satisfacer el estómago vacío. A la par del hambre, los reclamos campesinos crecen demandando cada vez con mayor vehemencia la inmediata legalización de todas las propiedades que adquirieron por la reforma agraria.

No sólo son sandinistas los que denuncian la crisis y la pasividad gubernamental. Y ya no sólo coinciden *recompas* y *recontras*, sino también los diputados locales de la UNO con los diputados sandinistas. Todos piden al Gobierno ayuda alimentaria de emergencia. Las Iglesias protestantes y la católica se han unido también a este clamor, evidenciando una creciente impaciencia ante la insensibilidad gubernamental. El obispo de Estelí Juan Abelardo Mata llamó al Gobierno a responder con urgencia a las necesidades de las comunidades más empobrecidas, denunciando la situación del campesino: «su único alimento es tortilla con sal y esto lo comen en algunas ocasiones, un tiempo al día, ya no digamos la situación del vestido y las viviendas infrahumanas en que muchas comunidades están.»

En el campo muchos de estos hambrientos tiene acceso a más de un arma, lo que explica fácilmente por qué el Gobierno no termina nunca de "desarmar" a *recompas* y *recontras* y por qué después de cada anuncio de que el "último" grupo alzado ha entregado sus armas, aparece otro —quizás formado por las mismas personas— exi-

giendo más dinero a cambio de más fusiles. Es como un teatro: el Gobierno aparenta cumplir y los alzados aparentan *desalzarse*. Según la Comisión Internacional de Apoyo y Verificación (CIAV) de la OEA, más de 17.000 personas han entregado armas después de la desmovilización de la Resistencia en julio y agosto de 1990. Probablemente, una buena parte de estos nuevos *desalzados* nunca formaron parte de la contra o del EPS. Se trata de "combatientes de última hora": campesinos con acceso a armas, dispuestos a entregarlas a cambio de dinero.

Problemas latentes

Algún éxito tuvo el proyecto de compra de armas, en el que el Gobierno, con apoyo internacional, ha gastado unos 8 millones de dólares, a razón de 200 dólares por arma, sin contar otras "bonificaciones especiales": camionetas Land Cruiser o visas para entrar a los Estados Unidos entregadas a algunos "comandantes". Permanece así latente en el Norte la peligrosa combinación de hambre y armas. Buena prueba de esto fue la operación realizada por 2.000 *recompas* y *recontras* —los "revueltos"—, que con el apoyo de parte de la población se tomaron pacíficamente la ciudad de Ocotal mientras la Policía y el Ejército permanecían en sus cuarteles. No hubo intención de provocar violencia por ninguna de las partes: todos entendieron que se trataba de un claro mensaje dirigido al Gobierno. Al cabo de 72 horas, los armados y el Gobierno acordaron la desmovilización a cambio de tierras, materiales de construcción y créditos y de algunas obras de infraestructura para la población de la zona.

Sindicalismo y sandinismo

Los trabajadores de la industria azucarera declararon un paro que afectó a todos los ingenios del país, ya iniciada la zafra. 10.000 de los 13.000 trabajadores del azúcar se unieron a la huelga, paralizando completamente cuatro de los ingenios y parcialmente los otros tres. Los cañeros se fueron a la huelga y viajaron a Managua con el mismo reclamo que planteaban en noviembre del 91 y que entonces ya ocasionó otro paro.

Su demanda principal es el derecho al 25 por ciento de la propiedad de los ingenios, que serán privatizados, y que fue establecido en los Acuerdos de Concertación de agosto de 1991. Los acuerdos firmados por el Gobierno con los trabajadores y que pusieron fin al paro de noviembre no fueron cumplidos, y en algunos casos hasta eran desconocidos por las autoridades. Es ya evidente la táctica gubernamental de ganar tiempo a su favor en éste y otros casos de negociación relativos a la privatización, con la esperanza de desgastar y debilitar la posición de los trabajadores y así favorecer a quienes serán los nuevos "dueños privados" de los ingenios. "Quebrar" o cerrar empresas para luego reconstruirlas sin los trabajadores es una de las tácticas que más emplea el Gobierno durante ese tiempo que "gana".

Aunque el punto fundamental de los reclamos era el de la participación obrera en la propiedad privatizada, el Gobierno planteaba que no podía negociar porque la representación obrera estaba dividida entre varios sindicatos rivales y que por esto el patrimonio que correspondía a los trabajadores debía ser dividido. Pero la Central Sandinista

de los Trabajadores (CST) coordinaba sus posiciones y acciones con la Central de Trabajadores de Nicaragua (CTN) y todos trataban en el fondo de defender el derecho de los trabajadores a la propiedad. Mientras los cañeros y el FNT confiaron en las promesas del Gobierno respecto a la privatización, la empresa estatal administradora de los ingenios había comenzado a recortar beneficios sociales, a despedir trabajadores y a limitar el financiamiento estatal a los ingenios, todo en aras de reducir costos, pero también —según el probado estilo del Gobierno— buscando debilitar a las empresas que van a ser privatizadas para reducir su valor en el mercado y así incrementar su atractivo entre los inversionistas privados.

Otras demandas de los cañeros eran sobre ajustes salariales, financiamiento para la empresa y estabilidad laboral. Reclamos justos y no distintos a los exigidos por otros sectores sindicales. Trabajadores de las aduanas, de los bancos, de las comunicaciones, de la electricidad, amenazaron iniciar una ola de paros escalonados, afirmando que los primeros afectados serían los funcionarios del propio Gobierno, comenzando por los de la oficina de la presidenta.

¿Con quién están?

El Frente Nacional de los Trabajadores encabezó todas estas protestas, pero la convocatoria resultaba más amplia que puramente sandinista y hasta nuevas agrupaciones obreras surgieron, desprendiéndose de sus liderazgos. El líder del recién formado Sindicato Democrático de los Cañeros declaró que «si estamos unidos al FNT es porque ellos son los únicos dispuestos a pelear por las reivindicaciones y aquí no hay banderas.»

Lucio Jiménez, principal representante del FNT y miembro de la Asamblea Sandinista, criticó públicamente el hecho de que los líderes del FSLN brillaban por su ausencia en el paro de los cañeros. En nombre de ellos y de los empleados bancarios, Jiménez dio a conocer un plan de acción que de llevarse a cabo paralizaría al país entero en tres semanas. Respondiendo sin duda a una presión de sus bases, Lucio llamó a la dirigencia sandinista “a definirse”, tildándola incluso de colaboracionista con el Gobierno. En una alusión cuyo significado no escapó a nadie, Jiménez dijo saber que el Gobierno tiene «respaldo en la lucha contra los trabajadores» en partidos políticos y organizaciones sociales y que «los trabajadores vamos a buscar a quienes nos apoyan en esas mismas organizaciones». La advertencia también fue lanzada a las Fuerzas Armadas. O estaban con los trabajadores o estaban con el Gobierno: debían definirse, dijo el líder del FNT.

Responsabilidad y oficialismo

Al día siguiente, Tomás Borge respondió al emplazamiento de Lucio pidiendo un mínimo de respeto y sensatez política y explicando que los sandinistas serían «unos irresponsables, populistas baratos y demagogos» si alentara a la inestabilización social del país. «En mi opinión —dijo— sería muy fácil cosechar aplausos y hasta, si se quiere, incrementar los índices de popularidad en las encuestas si nos sumáramos a

los llamados a la anarquía y la violencia». Tras una larga reunión entre el FNT y Daniel Ortega, secretario general del FSLN, se convino en que el conflicto con el Gobierno debía ser conducido estrictamente por la vía pacífica y cívica, no sin dejar de advertir Jiménez que era el Gobierno el que estaba por la violencia al despedir a miles de trabajadores, al ponerse de acuerdo con el FMI para sofocar las aspiraciones de los trabajadores o al ordenar un persistente patrullaje de las temidas policías anti-motines. «Somos enemigos del caos y de la inestabilidad», insistió Daniel, afirmando que el problema se había generado a partir de una falta de comunicación.

Pero ¿en qué consiste precisamente la “sensatez política”? ¿Era el Gobierno o eran los trabajadores los que provocaban el “caos y la inestabilidad”? Por esta ambigüedad evidente y diaria, el llamado de la Dirección Nacional no dejó de incomodar a numerosos sandinistas, particularmente a los que sufren en carne propia el desempleo y el hambre, y a todos los que sienten que no pueden permanecer callados presenciando los estragos que está causando el plan económico del Gobierno. Estas suspicacias fueron alimentadas por la reunión a puertas cerradas, el día 14 de marzo, entre la dirigencia sandinista y las más altas autoridades gubernamentales, en la que se acordó que Daniel Ortega acompañaría a la delegación del Gobierno a Washington a una reunión con los organismos financieros internacionales y con representantes de Gobiernos que prestan cooperación económica a Nicaragua. El FSLN negó que en la reunión con el Gobierno se hubiera llegado a acuerdos concretos con el Gobierno y que fue solamente un intercambio de puntos de vista. De antemano, la dirigencia sandinista había decidido que las propuestas que hiciera al FSLN el Gobierno debían ser consultadas con la Asamblea Sandinista previamente a cualquier respuesta.

¿Esquizofrenia política?

La aparente dualidad de la dirigencia partidaria fue explicada por Ortega aduciendo que el FSLN no podía llegar a una confrontación total con el Gobierno sobre su programa económico «porque se nos hubiera acusado de estar entorpeciéndonos». Independientemente de que las políticas gubernamentales son de carácter anti-popular y de que las apreciaciones críticas de los economistas en la oposición son compartidas por los dirigentes sandinistas, la dirigencia partidaria ha llegado a la conclusión de que el sandinismo en su conjunto no puede salir ganando políticamente de una confrontación. «Seguramente hubiéramos ganado la cohesión del sandinismo, pero no el respaldo del pueblo», explicó Ortega en una asamblea de militantes del FSLN. De por medio está una distinción entre militantes sandinistas y el resto del “pueblo”, reflejada en el discurso de Ortega y también en la actuación política de la dirigencia del FSLN.

Efectivamente, en el creciente sector comercial —donde se agrupa el informal— hay una considerable parte del pueblo cuya supervivencia se vería perjudicada con el recurso o la amenaza de una huelga generalizada. Se explican también las divergencias entre el FSLN y el FNT al tener en cuenta que la distinción se extiende a la que existe entre sindicalistas y “pueblo”. Pero ¿del “pueblo” quedan excluidos los *recompas* y *recontras* que se tomaron pacíficamente Ocotol o los miles de campesinos que marcharon sobre Managua el 10 de marzo clamando a gritos por empleo y comida?

Lo que los medios de comunicación oficial califican y censuran como un "caos" en el sandinismo no está siendo otra cosa que la realidad de trabajadores —con o sin empleo— actuando y reclamándole al Gobierno por su propia cuenta, "sin intermediarios".

Como dijo un dirigente del FNT, es a los propios sindicatos a quienes corresponde negociar los problemas laborales con el Gobierno.

Ciertamente la lucha y estrategia sindical no equivale simétricamente a la lucha y estrategia partidaria o política. El FSLN siempre se propuso y mantiene con insistencia el tener en cuenta a los sectores no-sindicales, incluyendo a los que, oponiéndose a los paros, no pueden ser tildados de grandes burgueses o de capitalistas.

Divide y vencerás

Pero ¿hasta donde abarca social y políticamente la "responsabilidad" del FSLN? Como la fuerza política más importante y poderosa del país, ¿debe también el sandinismo hacerse cargo de sostener al Gobierno cuando la situación se le hace ingobernable y todavía más, cuando esa ingobernabilidad es producto de sus propias deficiencias, de su corrupción o de su ideología? ¿Debe el FSLN cargar con los errores del Gobierno en aras de la estabilidad social y desgastarse encauzando los estallidos sociales por la vía cívica? ¿Hasta qué punto son reconciliables la identificación con los trabajadores por un lado y el compromiso con la estabilidad nacional por el otro?

No fue otro que Daniel Ortega el que calmó personalmente los ánimos de los "revueltos" en Ocotal y de los cañeros en Managua, trasmitiéndoles el apoyo oficial del FSLN y no una convocatoria a ampliar los conflictos hasta llevarlos a una huelga general o a la toma de otras ciudades, tal y como tenían planificado los "revueltos". La dirigencia sandinista trata de razonar tanto con el Gobierno como con los trabajadores, todo en aras de la estabilidad nacional y también de la equidad social, asumiendo la dirigencia el papel de despolarizadores de la sociedad, aún a riesgo de confundir su propia identidad política.

El FSLN habló duro al FNT y también al Gobierno, pero los dirigentes sandinistas no ignoran el dramático hecho de que el Gobierno viene contraponiendo la demanda de empleo a la demanda salarial, publicitando así la "injusticia" y exageración de los reclamos salariales en momentos en que una mayoría de 700.000 nicaragüenses y en campo y las ciudades están desempleados.

La pretensión del Ejecutivo no es solamente dividir el frente sindical "sindicatos sandinistas y no sandinistas" o dividir a la dirigencia sindical sandinista, sino también presentarse ante la opinión pública como una administración sensible a los reclamos de empleo y comida que formulan los desempleados obreros del campo, pero que fustiga como "desestabilizadoras" y "violentas" las demandas salariales y las demandas de participación en la propiedad de los obreros empleados, para los que se reserva el calificativo de "traidores".

Se trata de dividir a los trabajadores entre "violentos" que cuentan privilegiadamente con un empleo y "desprotegidos sin empleo" que serían la prioridad de este "sensible" Gobierno.

De esta manera se preparan las condiciones para una posible escalada represiva

gubernamental contra los “cabezas calientes”, en opinión de los dirigentes de la CTN. Al hablar así, el Gobierno decía hacerlo por el pueblo e incluso por grupitos de sandinistas, como los del llamado “grupo de centro”, que han insistido este mes en que la estabilidad debe ser defendida a toda costa haciendo cumplir la ley y el orden, en busca de la paz que anhela toda la ciudadanía, cansada de huelgas, violencia e inestabilidad. Desde la perspectiva del Ejecutivo, pero también desde la de algunos sandinistas, lo más “político” consiste en asegurar que el pueblo —¿o sólo la población urbana televidente?— no les responsabilice de ser responsables de la inestabilidad social sino que por el contrario, tenga de ellos la imagen de defensores de los intereses nacionales y populares. Con esta perspectiva, se trata de diseñar un nuevo tipo de partido y de experiencia política que enlaza con la necesaria rearticulación del sandinismo después de la derrota electoral. No por la vía del debate, sino como producto de las circunstancias imperantes y de la necesidad de asegurar la sobrevivencia y la representatividad social, como ha sido característico a lo largo de la historia del sandinismo.

¿Partido de oposición?

En este contexto, el FSLN ha dejado de ser un partido opositor, porque no es oposición la que sale en defensa del Gobierno cada vez que asoma una crisis social o económica. Pero tampoco es un partido que co-gobierna. La mayoría de los sandinistas insiste en que el FSLN no debe co-gobernar, exceptuando a los del nuevo “grupo de centro”, que aspiran a cargos políticos.

El FSLN es “otra cosa”. Cree estar por encima del Gobierno y casi de la nación misma al arrogarse la responsabilidad de continuar evitando que el país caiga en el caos y en niveles de violencia que pongan en peligro la posibilidad de que las fuerzas populares vuelvan a estar directamente representadas en el poder. El riesgo de estrategia consiste en sobreestimar la paciencia y la capacidad de sacrificio de los trabajadores y de los sectores más oprimidos.

Pero ni los bancos ni los pueblos tiene como virtud la paciencia. Después de dos años de “democracia”, la producción continúa estancada y la estabilidad no es más que un mito, afectando con ello las posibilidades de inversión, pequeñas o grandes, nacionales o internacionales. Y aún cuando exista realmente la pregonada estabilidad —ni Gobierno ni oposición han explicado en qué consiste—, tampoco se ve en el horizonte ningún capital implorando invertir en Nicaragua.

Tal vez fue en reconocimiento de esta preocupante realidad que el Gobierno, en su reunión del 14 de marzo con la dirección sandinista, pidió nuevamente tregua, aunque esta vez por un período “de dos a cinco años”. Dadas las condiciones internacionales, hubiera sido más honesto pedirla “por tiempo indefinido”. O en otras palabras, pedir a la izquierda y a los sectores populares que acepten resignada y permanentemente su papel de marginados sociales y políticos.

El sandinismo, desprovisto de un programa alternativo, reconoce la necesidad del ajuste estructural, aunque se le hace difícil pagar el costo político-partidario y social de ser visto por el pueblo como colaborador del Gobierno en este plan tan anti-popular.

A cambio de su "colaboración" y compromiso con la estabilidad nacional y, de hecho, con la continuidad política del modelo político actual, los dirigentes sandinistas reclaman algo: las bases para una estabilidad de mediano y largo plazo que favorezcan los intereses populares o institucionalicen el cambio revolucionario iniciado en la década pasada. La pregunta del millón es si el Gobierno o los dictadores económicos del "nuevo orden internacional" están en capacidad de concederle ese "algo".

Envío/ Abril de 1992/ Managua

El reverso de la medalla

Trish O'Kane y Raúl Marín

«Para comprender cosas difíciles, el mejor sistema es el electroshock», afirmó el general Humberto Ortega cuando algunos sandinistas le criticaron por entregar la medalla del mérito militar al agregado norteamericano en Managua, el coronel Dennis Quinn.

Las razones del general

La entrega de esta medalla, que lleva el nombre de Camilo Ortega, un hermano de Humberto muerto en 1978 en Masaya, provocó una ola de rechazo dentro de las filas del Frente Sandinista, desde los ex combatientes que quisieron devolver sus medallas, hasta la alta dirigencia del partido, cuando por primera vez un miembro de la Dirección Nacional del FSLN se enfrentó con Ortega.

El general respondió acusando a una «minoría ultra-izquierdista» de «manipular el sentimiento popular y promover un enfrentamiento entre nicaragüenses y Estados Unidos». Según un oficial del Ejército consultado por *Pensamiento Propio*, al general «le vale» la reacción de los sandinistas. Para él lo más importante es "su Ejército", y está dispuesto a hacer lo necesario para mantenerlo abastecido y profesionalizarlo.

«Es muy importante que Estados Unidos tenga la percepción que este es un Ejército nacional que establecerá el orden en el país. Esto fortalecerá la relación con los norteamericanos y tal vez así proporcionen asistencia militar, perdón, asistencia económica al Ejército», declaró Rafael Solís, abogado sandinista muy vinculado al general.

Humberto Ortega recordó a sus oficiales cómo en marzo de 1991 Estados Unidos pidió a la Unión Soviética que suspendiera la ayuda militar a Nicaragua, que se había reducido sustancialmente desde 1989. Además, el armamento soviético se está quedando obsoleto y el presupuesto militar se redujo radicalmente desde la llegada del nuevo Gobierno. Estas explicaciones no convencieron a todos los oficiales, y menos a los miles de ex combatientes organizados en la Asociación de Militares en Retiro Activo, que se preguntan por qué el general no acudió a otros países amigos, en lugar de Estados Unidos.

Según pudo investigar *Pensamiento Propio*, la medalla al coronel norteamericano tiene mucho que ver con el problema de la ayuda militar. El Ejército Popular Sandinista, buscó ayuda con el Gobierno español, cuyo Ejército, a través de su participación en la

Comisión de Verificación de las Naciones Unidas, mostró interés en influir en la «transición de un Ejército sandinista a un Ejército nacional». Pero por el momento la ayuda española se limita a proporcionar equipo para la policía.

En esta coyuntura el general Ortega fue invitado a visitar Taiwan, gracias a Pedro Joaquín Chamorro, embajador de Nicaragua en ese país, que mantiene cordiales relaciones con el militar sandinista. Taiwan ofreció ayuda no letal al Ejército nicaragüense, al tiempo que inició con el Gobierno de Violeta Barrios un gigantesco proyecto de explotación forestal que finalmente fue rechazado por atentar contra los recursos naturales del país. También la ayuda al general Ortega fue vetada por Washington, ya que el Pentágono aún acusaba al Ejército sandinista de apoyar al FMLN salvadoreño.

Aquí comenzó la intervención del coronel David Quinn, que después premiaría el general Ortega con la medalla. Primero, presionando para que fuera desarticulado el apoyo logístico que militares sandinistas habían prestado al FMLN. Después, cuando varios oficiales fueron detenidos y la guerrilla salvadoreña devolvió un cargamento de misiles, gestionó para desbloquear el paquete de ayuda taiwanesa. Finalmente, Washington dejó de acosar al general sandinista, hasta el punto de aceptar que se le otorgara la medalla a su agregado militar en Managua.

Según un oficial de Estado Mayor, la nueva relación con el Ejército norteamericano forma parte de un proyecto estratégico para lograr la profesionalización del Ejército. Ortega quiere que oficiales nicaragüenses estudien en academias militares de Estados Unidos o Panamá, y que tengan acceso a la tecnología militar. Incluso, según el mismo oficial, el Ejército nicaragüense tiene sus propias empresas, que estarían interesadas en lograr un acercamiento con la industria que maneja el Ejército norteamericano.

Desde que en 1984 el Gobierno sandinista dedicó más del cincuenta por ciento del presupuesto del Estado a la guerra, el Ejército organizó sus propias empresas, especialmente agropecuarias, y tituló tierras a su nombre. En 1989, el Ejército sandinista ya se preciaba de ser autosuficiente en la mayoría de sus aprovisionamientos, que fabricaba en empresas bajo control militar. También el Ejército contrató a cientos de profesionales que incorporó a la carrera militar ofreciéndoles un nivel de vida superior al de la sociedad civil. Muchas de estas empresas aún siguen bajo control del Ejército, como por ejemplo EMAGASA, una gran empresa agropecuaria que opera en el Sur del país. Formalmente EMAGASA es una sociedad en la que figuran altos mandos militares y algunos civiles, pero de hecho, esta empresa es controlada desde el Estado Mayor de la IV Región Militar.

Autonomía militar

Con la pérdida de las elecciones, el Ejército inició un estricto plan de desmovilización de sus efectivos, pero también exploró al máximo las posibilidades para desarrollar su capacidad empresarial. En junio de 1990, el general Ortega reunió en un centro de convenciones a cerca de tres mil oficiales para explicarles el plan de reducción de efectivos. Allí, prometió recursos para garantizar la estabilidad de los oficiales despedidos. Por otro lado, el Ejército comenzó a construir caminos de penetración en zonas de riqueza maderera e incluso alquilaron helicópteros militares para la extracción de

madera preciosa. Sin embargo, miles de ex-combatientes se quedaron en el desempleo y muchos de ellos pasaron a engrosar las filas de los *recompas*. Ahora, cuando el Ejército pretende desarmar a los *recompas*, estos denuncian que los oficiales se apropiaron de empresas militares.

Con las cifras en la mano, el Ejército nicaragüense es en estos momentos el más pequeño de Centroamérica. En 1990 hubo una reducción del cincuenta por ciento que dejó las filas militares en 41.000 efectivos según datos oficiales. En 1991 hubo una segunda reducción a 28.000 hombres, y este año habrá otra reducción de unos 750 oficiales. De los 68.000 militares que fueron "compactados", 5.000 recibieron un total de 10 millones de dólares en compensación.

A cambio, el Ejército de Nicaragua logró una total autonomía respecto al poder civil. Según Rafael Solís, el general Ortega empezó a preocuparse por asegurar el futuro del Ejército calculando la posibilidad de una derrota electoral del Frente Sandinista. En las semanas previas a las elecciones, un equipo interno del Ejército asesorado por Solís, que entonces era vice-presidente de la Asamblea Legislativa, elaboraron una Ley Orgánica del Ejército. Esta ley estableció institucionalmente la separación entre el Ejército y el partido sandinista, y jerarquizó las estructuras, los rangos y escalones.

Según esta ley, el jefe del Ejército no sería nombrado por el poder civil, sino por un consejo militar cuya existencia es desconocida por la opinión pública nicaragüense. Este mecanismo similar al usado por el Ejército hondureño, es el que garantizó que el general Ortega continuará al frente del Ejército con la llegada del Gobierno de Violeta Barrios. La ley fue firmada por el presidente Daniel Ortega antes de las elecciones durante un receso de la Asamblea Nacional.

«La ley prácticamente da facultades al Ejército como un ente autónomo, con vida jurídica propia. Fue una garantía de estabilidad para el Ejército y los mandos militares, porque cuando la presidenta Violeta Barrios asumió se encontró con la ley establecida. De alguna manera esta ley también fue decisiva en las negociaciones para la transición de poder», explicó Solís.

Aunque en 1991 la ley se reformó, entregando al Ejecutivo poder para nombrar al jefe del Ejército, la presidenta tiene que escogerlo según la propuesta del consejo militar; lo cual sigue siendo suficiente garantía para Humberto Ortega. nuevamente, estas reformas se decretaron durante el receso de la Asamblea Legislativa.

De esta manera, el general Humberto Ortega garantizó la estabilidad de una institución militar reducida con un pequeño cuerpo de oficiales altamente profesionalizado y que aceptan sin dudas su liderazgo. Desde entonces, el Ejército se ha preocupado de pasar a un segundo plano, y no intervenir mucho en la vida pública del país. Sin embargo, esto parece ser una falsa imagen, ya que el general Ortega con el poder que le sigue dando el control del Ejército, maneja tras el telón muchos hilos de la política en Nicaragua.

Pensamiento Propio/ Marzo de 1992/ Managua

Bosnia-Herzegovina

Estalla el mosaico

Christian Pomitzer

Según estimaciones oficiales, más de 40.000 personas han muerto desde el comienzo de la guerra en Bosnia-Herzegovina. El presidente de Croacia, Franco Tudjman, y el de Serbia, Slobodan Milosevic, desean una partición de esta república y, como no consiguen sus fines por medios pacíficos, no dudan en emplear soldados y milicias de voluntarios para lograrlo. La Comunidad Europea (CE) apoya la partición de Bosnia en cantones étnicos y no ha intervenido para impedir el ascenso de la violencia, sino más bien todo lo contrario. El Comité Internacional de la Cruz Roja es totalmente impotente frente al aflujo de refugiados: 650.000 personas en Bosnia-Herzegovina, un millón y medio en el conjunto de la antigua Yugoslavia. Además, los países miembros de la CE no se apresurarán, desde luego, a abrir sus puertas a los refugiados: Noruega y Alemania han anunciado ya que iban a restringir las condiciones de acogida para exiliados.

La manifestación contra la guerra, que reunió a decenas de miles de manifestantes el pasado 6 de abril, constituyó la última tentativa de detener la marcha de esta república hacia la guerra.

El movimiento pacifista en Bosnia-Herzegovina era el más fuerte de la antigua Yugoslavia. Pero ninguna fuerza política significativa apoyó a los militantes antiguerra; en la manifestación podían verse banderas yugoslavas con la estrella roja, pancartas de la Liga de los Comunistas Yugoslavos (LCY, disuelta en 1990) e incluso retratos de Tito. El final de la manifestación fue también simbólico: guardias serbios emboscados dispararon sobre la muchedumbre desde las ventanas del *Holiday Inn*, el centro del Partido Demócrata Serbio (PDS) y de su líder, Radovan Karadzic.

A continuación, algunos manifestantes ocuparon el edificio del Parlamento y constituyeron un "Parlamento del Pueblo", cuyas sesiones fueron transmitidas por la televisión; allí instauraron un Comité de Salvación Nacional de 25 miembros. Esto fue el final de las actividades pacifistas; al día siguiente, los manifestantes se replegaron a sus casas y la guerra estalló.

La "cantonización"

Desde el comienzo del conflicto en Croacia y después de la proclamación de la "República autónoma serbia de Krajina" por dirigentes serbios autoproclamados, aparecieron aspiraciones similares en las zonas de Bosnia-Herzegovina, pobladas mayoritariamente por serbios.

La estrategia del PDS pasa por la división de Bosnia-Herzegovina en cantones étnicos. La Asociación Democrática Croata (ADC), un retoño del partido del presidente de Croacia, Franco Tudjman, persigue un objetivo similar respecto a las zonas croatas de Bosnia. Los objetivos de los grupos serbios y croatas en Bosnia se explican por la estrecha dependencia que existe entre las diferentes direcciones naciona-

listas y sus "países natales".

Ya a mediados de 1991 hubo conversaciones secretas entre el presidente Tudjman y su homólogo serbio Slobodan Milosevic sobre un eventual acuerdo de partición de Bosnia; el plan de "cantonización" sólo era un primer paso en este sentido; las negociaciones recientes, bajo los auspicios de la CE, no caen del cielo.

La responsabilidad serbia

Desde el comienzo, los serbios reivindicaban el 70% del territorio y los croatas el 35%, dejando a los musulmanes, que inicialmente se oponían a la partición y a la "cantonización", menos que unas migajas. Éstos han pasado finalmente a apoyar el plan de "cantonización", aunque mostrando resistencias frente a este "mal menor". La CE hacía de ello una condición para reconocer a Bosnia-Herzegovina.

Pero ninguna región de Bosnia puede considerarse de población homogénea. En

¿Quién detendrá esta locura?

Catherine Samary

El despedazamiento de Bosnia-Herzegovina ha sido negociado numerosas veces en los pasillos en nombre de la autodeterminación de los pueblos, considerada equivalente a la creación de Estados-nación de una sola etnia. Esta es la misma lógica que han perseguido en sus regateos, primero Milosevic, presidente de la República serbia, y Tudjman, presidente de la República croata, y después del 6 de mayo, los dirigentes de los grupos nacionalistas croatas y serbios de Bosnia, dominados en ambos lados por una extrema derecha fascizante.

Estas "negociaciones" de guerra, en las que se ha escuchado por adelantado que las dos etnias no son capaces de vivir juntas, se hacen sobre las espaldas de los musulmanes, los únicos que hasta ahora han defendido el mantenimiento de una república una e indivisible de los tres pueblos. Se han desarrollado también sobre las espaldas de las decenas de miles de manifestantes pacifistas que defienden este mismo enfoque multiétnico y crearon en el mes de abril un Parlamento Popular, rápidamente barrido por las atrocidades de esta sucia guerra.

La Comunidad Europea (CE), apoyando la seudosolución de "cantonización", ha sido engañada, en el mejor de los casos, por las lógicas de los nacionalistas croatas y serbios. Se trata de reproducir, en el nivel más bajo, el demencial enfoque que consiste en proteger unos derechos por medio de la creación de territorios étnicamente puros, que posteriormente se reagrupen, para finalmente sumarse a una Serboslavia o una gran Croacia. Reconocer a Bosnia-Herzegovina como soberana, y aceptar la "cantonización", es echar aceite al fuego que se pretende apagar.

El "mundo civilizado" del que alardea Bush ha contribuido, por sus sucesivas tomas de posición, las peores posibles, al engranaje infernal de esta sucia guerra: en primer

estas condiciones, sólo podría realizarse una división de la república en cantones étnicos por medio de éxodos o por la asimilación forzada de comunidades enteras.

El régimen serbio ha provocado la destrucción de Yugoslavia jugando la carta nacionalista durante años.

Cuando, en marzo de 1991, los críticos del régimen de Belgrado se manifestaron para exigir una democratización, Milosevic decidió desencadenar las hostilidades. En adelante, la prioridad fue la "salvación" de las comunidades serbias en Croacia y, posteriormente, en Bosnia. Sin embargo, la guerra con Croacia no apaciguó las protestas en Serbia, mientras el régimen sufría una presión permanente y creciente de los dirigentes serbios de Croacia y Bosnia y del Ejército federal.

Para preservar la unidad entre todas estas fuerzas, Milosevic pretende formar la Gran Serbia, presentada al mundo como la "tercera Yugoslavia", en la cual los territorios arrancados a Croacia y Bosnia se añadirían a Serbia y Montenegro. En realidad, según este proyecto, toda Bosnia debía integrarse en el nuevo Estado, pero pues- to que los croatas y los musulmanes de esta república oponen una fuerte resistencia,

lugar, apoyando un federalismo centralista contra la voluntad de soberanía de las repúblicas (empujando a éstas a declaraciones de independencia en orden disperso, según el principio de "cada uno por su cuenta"); después, reconociendo la independencia de tal o cual república, sin ningún principio coherente y sistemático de tratamiento de cuestiones nacionales imbricadas en el conjunto del espacio considerado.

Mañana, la guerra en Kosovo y el estallido en Macedonia pondrán a la Comunidad Europea ante esta evidente realidad: no hay tratamiento separado eficaz de las cuestiones nacionales de la antigua Yugoslavia (es decir, permitiendo evitar matanzas y el incendio general de la región). Tampoco hay principios de fronteras intangibles, o criterios para saber quién constituye un pueblo y quién no, que permitan negar a cualquier comunidad que se sienta —con razón o sin ella— amenazada en un Estado-nación que no es "el suyo", separarse de él. El único medio de evitar un cuestionamiento sin límites de las fronteras existentes es la extensión de los derechos de las "minorías", es decir, de todos los pueblos, que en ocasiones son minoritarios o mayoritarios en unas u otras circunstancias. Se trata de hacer las fronteras porosas por medio de derechos de ciudadanía múltiples o, mejor, por la formación de una confederación balcánica de Estados multiétnicos y democráticos, es decir, pluralistas de cultura y de derechos. Esto jamás se impondrá por la guerra. Menos aún por una intervención exterior de la OTAN o de un nuevo imperialismo de una Europa "civilizada" que no puede ser controlada por sus propias poblaciones. (...)

Es la lógica del Estado-nación y, en primer lugar, la de la Gran Serbia, a quien hay que combatir como promotora de la guerra. Una guerra que tiene todas las posibilidades de concentrarse mañana en Kosovo. Ahí está la prueba de la verdad de la oposición a Milosevic, si éste se retira o es derribado.

Inprecor/ 4 de Junio de 1992/ París

Milosevic busca hacerse con un trozo del territorio bosnio tan grande como sea posible, utilizando el Ejército federal y combatientes voluntarios veteranos de la campaña de Croacia.

El Ejército federal tiene también intereses propios en Bosnia-Herzegovina que coinciden, en amplia medida, con los de Serbia. El Ejército ha perdido importantes esferas de actuación en Eslovenia y en Croacia; si perdiera Bosnia, donde están estacionados 100.000 soldados, aproximadamente la mitad de los efectivos "federales", su tamaño actual sería cuestionado. Además, en la antigua Yugoslavia, Bosnia era la armería de los militares; los dos tercios de la producción militar de la Federación estaban concentrados allí.

Por consiguiente, el Estado Mayor se aferra a Bosnia como a su último bastión fuera de Serbia; la situación de bancarrota en que ésta se encuentra dificulta que continúe financiando un Ejército del tamaño actual.

Por su parte, Franco Tudjman ha reconocido oficialmente la independencia de Bosnia y ha propuesto a los ciudadanos croatas de esta república la doble nacionalidad. Ha autorizado la partida de los miembros de la Guardia Nacional originarios de Bosnia para que participen en los combates en su país. En todo caso, es evidente que el Gobierno croata suministra dinero y armas a los paramilitares croatas de Bosnia desde comienzos de 1992. Se sabe también que unidades de las Fuerzas de Defensa Croatas (HOS), el ala militar del partido fascista de Dobroslav Paragas, han efectuado operaciones en Herzegovina occidental; si Bosnia estalla, Croacia podría intentar anexionarse esta región. La lucha por Kupres, que se encuentra en los bordes de la región croata y que representa una de las más importantes posiciones estratégicas para las diferentes partes en conflicto, pretende marcar el terreno de la zona de influencia croata.

La fragmentación de Bosnia

En estas circunstancias, ¿puede hablarse de una vida política autónoma en Bosnia? En las primeras elecciones libres de 1990, los viejos comunistas sufrieron una derrota más dura que en las otras repúblicas de la antigua federación; este desastre se explica, entre otras cosas, por el escándalo financiero de *Agrokomerc*, el mayor episodio de corrupción de Yugoslavia, que provocó la supresión de miles de empleos. Este derrota benefició en primer lugar a los partidos nacionalistas anticomunistas implantados en los tres grupos étnicos.

La mayoría de los escaños parlamentarios fueron para el Partido Musulmán de Acción Democrática de Alija Izetbegovic, el actual presidente; los otros se repartieron entre el Partido Demócrata Serbio y la Asociación Democrática Croata. Como ninguna formación obtuvo mayoría absoluta, fueron obligadas a formar una gran coalición, repartiéndose proporcionalmente el poder.

Pero las aspiraciones nacionales dominaron muy de prisa la discusión política, en detrimento de las cuestiones económicas y sociales. Los partidos serbios y croatas se mantuvieron fieles a los intereses de sus patrocinadores exteriores. Como el Partido Musulmán no los tiene, el presidente Izetbegovic ha establecido contactos con el mundo musulmán, del cual ha recibido ayuda financiera. Pero fundamentalmente, los

musulmanes bosnios han sido abandonados a su propia suerte.

La noción de "musulmán", como categoría étnica, es el producto de la política de Tito, que quería crear una nación "tapón" entre los croatas católicos y los serbios ortodoxos. Pero asistimos en Bosnia a un renacimiento real del sentimiento islámico, que no ha tomado aún una dirección fundamentalista. Durante la campaña electoral, Izetbegovic se presentaba con las consignas de «tradición y tolerancia» y parece ser partidario de una república burguesa multiétnica.

El engranaje fatal

El estallido de Yugoslavia y los obstáculos creados al comercio por la guerra han situado a Bosnia, que depende de Croacia y de Serbia para su aprovisionamiento alimenticio, en una situación muy precaria. En marzo de 1992, la inflación ha alcanzado el 45% y el paro afecta al 30% de la población activa; los asalariados han sufrido una fuerte pérdida de su poder de compra. Además, no existe en Bosnia una real dirección política a causa de la fragmentación interior. La actitud del Gobierno bosnio, y particularmente del Partido Musulmán de Acción Democrática, frente a las diferentes alternativas —una federación, una confederación o la independencia—, dependería, ante todo, de las relaciones de fuerzas políticas a escala yugoslava.

Tras la partida de Eslovenia y Croacia de Yugoslavia, Bosnia tenía que tomar una decisión. Eslovenia pudo resistir con éxito a la intervención militar y Croacia se hundía en la guerra. Bosnia, y en particular el Partido Musulmán, intentó permanecer neutral. Para Izetbegovic, la confederación era el único medio de mantener Bosnia al margen de los conflictos nacionales. Sin embargo, tras la marcha de Croacia, único contrapeso posible a Serbia, Bosnia se encontró frente a dos opciones: o entrar en una federación yugoslava dominada por Serbia —lo cual habría supuesto un fuerte crecimiento de la influencia del nacionalismo serbio en Bosnia— o la independencia.

Pero esta última opción suponía aceptar la "cantonización" propuesta por la CE, que había sido llamada como mediadora.

Si Izetbegovic optaba por la independencia, debía orientarse hacia la Asociación Democrática Croata para formar una posible coalición, aunque esta organización fuera poco digna de confianza. Pero esto habría aparecido como una provocación hacia el Partido Democrático Serbio.

El pasado 9 de enero, el PDS reivindicó «una república serbia en Bosnia-Herzegovina», como respuesta a la declaración de soberanía del Parlamento bosnio, contra la cual había votado. En aquella época, el líder musulmán esperaba contener al PDS organizando un referéndum sobre la independencia y gracias al reconocimiento de la CE. Pero el escrutinio confirmó el *status quo*: los musulmanes y los croatas votaron masivamente por la independencia de Bosnia, mientras que los serbios boicoteaban el escrutinio. Izetbegovic no podía ya retroceder sin perder la cara.

El 7 de abril de 1992, justo después del referéndum, la "República de los Serbios de Bosnia-Herzegovina" fue proclamada en los territorios controlados por la milicia serbia de Croacia y por unidades serbias de las fuerzas de defensa territorial bosnias.

Al día siguiente, el Gobierno de los musulmanes y de los croatas, que perdía rápidamente todo control sobre su territorio, proclamó el estado de emergencia y se hizo

con el mando de la fuerza de defensa territorial de Bosnia para formar el núcleo de un nuevo Ejército regular bosnio.

Ahora en Bosnia, como antes en Croacia, la CE y las Naciones Unidas se han convertido en actores de la matanza. El entusiasmo de la CE por la "cantonización" demuestra su incomprensión de la situación. Hoy la "cantonización" se realiza, de hecho, por la guerra, las masacres, los saqueos y el éxodo de centenares de miles de personas.

El desgraciado pueblo de Bosnia espera ser socorrido por las tropas de las Naciones Unidas. Sin embargo, las tropas de la ONU no harán nada antes que la "cantonización" de Bosnia sea terminada. Después, decenas de miles de vidas después, la ONU se ocupará de garantizar la seguridad de las zonas de influencia serbias y croatas y el establecimiento de un Estado musulmán en lo que quede del territorio. La guerra de Bosnia-Herzegovina puede convertirse en una realidad cotidiana.

Die Linke/ Mayo de 1992/ Viena

El "reposo del guerrero"

Stasa Zajovic

La militarización de Serbia ha provocado el desarrollo de valores y símbolos guerreros y la instauración de un totalitarismo político y moral. Esto ha acentuado la marginalización política de las mujeres y la separación rígida entre los papeles masculino y femenino: el hombre en el frente, la mujer en la casa.

Paralelamente al culto a la sangre y a la tierra, los nuevos nacionalistas serbios (bajo el látigo de Slobodan Milosevic) han recuperado la figura medieval simbólica de la madre Yugovich, una valiente mujer que trajo nueve hijos al mundo y los ofreció para la defensa de la patria hasta la muerte. La maternidad se ha convertido en una obligación, no una libre opción de las mujeres, cuya sexualidad queda controlada y reducida a la procreación.

El hundimiento demográfico de Serbia ha sido descrito como «una de las más grandes tragedias del pueblo serbio», sobre todo respecto a la "amenaza" que representa el crecimiento demográfico de los albaneses de Kosovo, cuya tasa de natalidad es la más alta de Europa.

El poder militarizado serbio insiste en que la tasa de natalidad debe aumentar para permitir a la nación defenderse en caso de conflicto militar. Se critica a las mujeres si renuncian a esta misión sagrada: «Pido a toda mujer serbia que dé a luz un hijo suplementario con el fin de cumplir su deber nacional», ha declarado un político. Otro de ellos, Rada Trajkovic, de la Asociación de los Serbios de Kosovo, ha sido aún más explícito: «Por cada soldado caído en la guerra contra Eslovenia (en junio de 1991), las mujeres serbias deberán engendrar cien hijos más.»

La manipulación de las mujeres por el *establishment* militar ha aparecido claramen-

te con ocasión de los encuentros organizados por el Movimiento de Mujeres por Yugoslavia, organizado en 1990. En febrero de 1991, las mujeres de este movimiento declararon políticamente su apoyo al Ejército nacional yugoslavo, pretendiendo que era la única fuerza capaz de salvar al país. La jerarquía militar manipula a estas mujeres a su gusto, y las hace salir a la calle en nombre de objetivos contrarios a sus intereses.

Ante la ola masiva de movilizaciones por la guerra civil, en algunas regiones del país, como Montenegro, debido a sus tradiciones marciales, se insiste mucho en que los hombres deben estar dispuestos a dar su vida por la madre patria y que toda desertión representaría un atentado a su dignidad masculina. Los hombres deben seguir al pie de la letra el viejo lema nacional: «Durante la guerra, ningún montenegrino puede protegerse detrás de una mujer.» Un parlamentario montenegrino ha llegado a declarar: «Aquí en Montenegro creemos que un hombre que lucha en el frente y se permite volver a casa por la presión de una mujer debería suicidarse.»

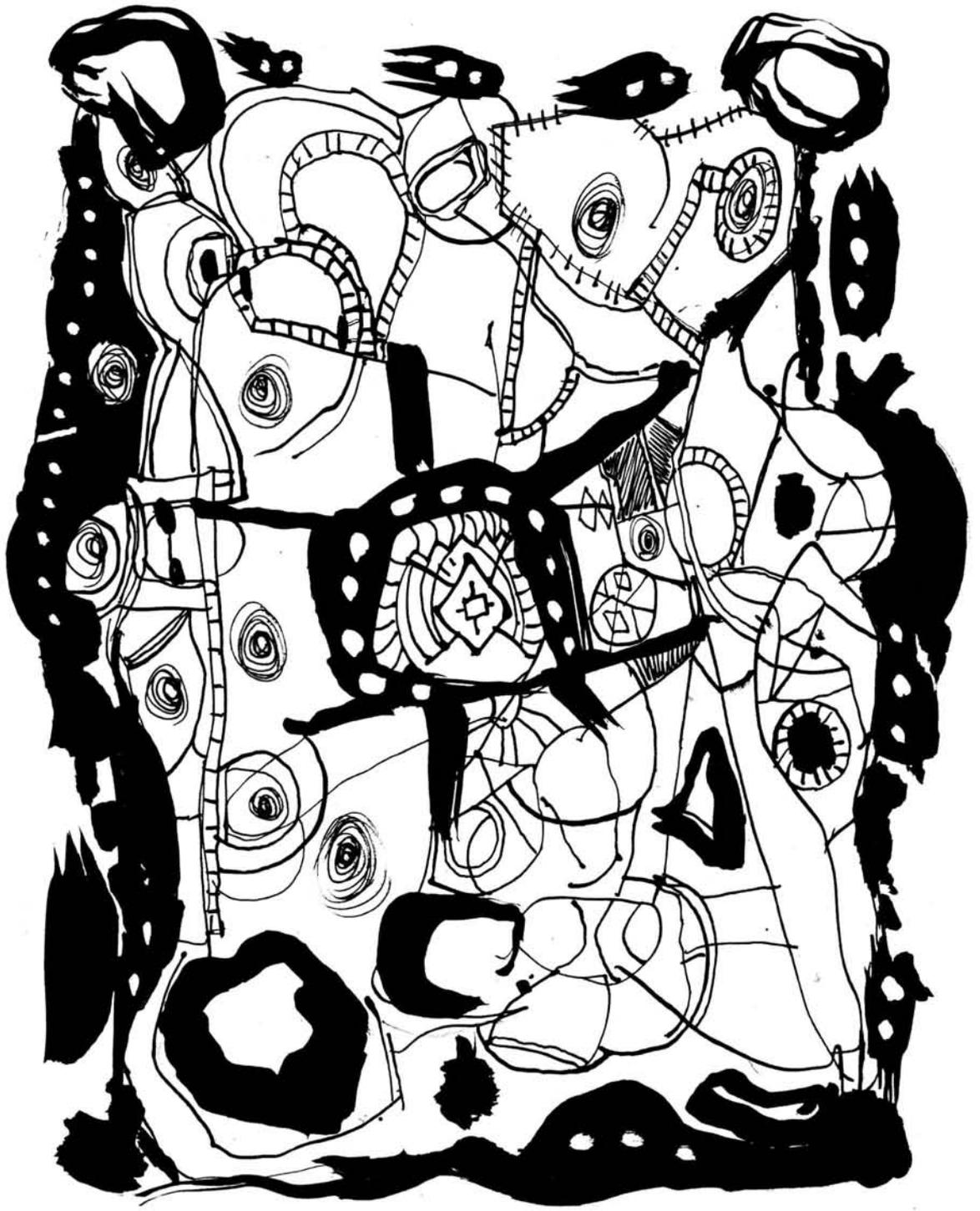
Esta impresión de que las mujeres impiden a los hombres cumplir su deber nacional ha sido reforzada por programas radiofónicos en el frente de Dubrovnik, en el que hay una elevada proporción de montenegrinos: los soldados pueden enviar mensajes a sus padres, sus hermanos o sus amigos masculinos, pero no a sus mujeres ni a sus amigas.

Afortunadamente, el número de hombres que desean liberarse de esta cultura guerrera machista aumenta y cada vez son más numerosos los que no tienen vergüenza de ser protegidos por sus madres, sus esposas o sus hermanas. Un comité de mujeres, formado en Montenegro en octubre de 1991, ha publicado el llamamiento siguiente: «Protestamos contra la guerra privada que nuestros gobernantes llevan desde sus despachos. Han enviado a sus hijos al extranjero, a jugar al tenis, mientras que los nuestros son llevados a la fuerza al frente o hacia la tumba. Exigimos que estos políticos imbéciles y los miembros del alto mando militar dimitan inmediatamente para poder salvar este país.»

Se siente con claridad que la mayoría de las mujeres está de lado de la paz. Ellas están convencidas que existe una alternativa no violenta. Una vieja mujer serbia, que ha sido obligada a huir de su pueblo en Croacia, me dijo un día: «Nosotras, las mujeres, deberíamos habernos unidos como ellos [los militares]. Hubiéramos podido hacer un acuerdo de paz en un momento.»

Paradójicamente, el papel exclusivo de reproductoras asignado a las mujeres, que busca alejarlas de los asuntos públicos, ha llevado a muchas de ellas a participar activamente en política, dentro de las estructuras pacifistas que hoy existen en Serbia, para defender a sus hijos y rechazar su reclutamiento.

The Intruder/ Febrero de 1992/ Londres



2 plural

1 Episodios Nacionales

Identidad, nación y cultura

Ignasi Álvarez Dorronsoro

Colaborar en un espacio dedicado a la identidad nacional en VIENTO SUR me abría dos posibilidades: una, tratar esa cuestión dentro del marco los conflictos nacionales en el Estado español; otra, proponer una reflexión más general que tal vez pueda servir para sugerir problemas, ampliar el campo de preocupaciones y clarificar conceptos. Como se verá, me he inclinado por esta segunda opción. Que resulte de interés ya es otra cosa.

Del grupo étnico a la comunidad nacional

La reflexión, y las discusiones, sobre identidades nacionales, culturales y étnicas tropieza con frecuencia en algunos escollos conceptuales que constituyen una dificultad suplementaria a la hora de abordar problemas más sustanciales. Por ello, tal vez no sea ocioso comenzar estas líneas precisando el significado que, siguiendo la convención más general, aplico a algunos conceptos y, sobre todo, las diferencias que establezco entre ellos.

Un grupo étnico es una colectividad, un grupo social definido en términos culturales, que incluyen tanto aspectos materiales como espirituales: comunidad de lengua,

tradiciones, tecnología, formas de vida, religión, sistema de valores... Son elementos todos ellos que alimentan su sentimiento de cohesión como pueblo. Esta definición de grupo étnico, conviene subrayarlo, no presupone, en la ciencia social actual, la existencia de diferencias físicas reales o supuestas con otros grupos, ni connotaciones raciales o racistas.

Sin embargo, entre la etnicidad así definida y las teorías *racialistas* ^{1/} del siglo XIX no hay barreras tan insalvables como en principio pudiera parecer. En ocasiones el etnocentrismo constituye un punto de contacto entre ambas. En efecto, el *racialismo* postula la existencia de una supuesta base racial biológica que actúa como determinante de las características culturales de cada pueblo y casi siempre defiende, explícita o implícitamente, una jerarquía de las razas y de las culturas. Ahora bien, negar que las diferencias culturales respondan a un condicionamiento biológico no vacuna necesariamente contra la tentación de establecer, a partir de la constatación de la diversidad, una clasificación jerárquica entre las distintas culturas. Tal negación no preserva del etnocentrismo: de la utilización de la propia cultura, a la que se coloca en el primer lugar de la jerarquía, para clasificar a las otras en mejores o peores según las veamos más próximas o más distantes a la nuestra ^{2/}.

Históricamente, un grupo étnico puede estar inserto en unidades políticas más amplias que la configurada por su cultura tradicional. Un caso, entre otros, es el de los imperios cuya cohesión social no estaba reñida con la existencia de una pluralidad étnica en su seno.

El concepto de *nación cultural*, o el de *minoría nacional*, cubre un campo semántico en parte similar al de grupo étnico, pero con una diferencia significativa: *nación* hace referencia, al menos a partir de la Edad Moderna, a la existencia de un *ámbito de poder* político y cultural para el grupo étnico, o a la aspiración de configurarlo.

Nación política y nación cultural

Con el surgimiento del Estado-nación moderno, la cultura es sacralizada, se eleva a principio fundamental de cohesión social y política. La cultura es ahora una cuestión directamente ligada al poder político y a su legitimación. La fórmula *una Cultura, una Nación, un Estado* define el nuevo principio de legitimidad política enarbolado por los movimientos nacionalistas. Claro que, en muchos casos, la actuación de los

^{1/} Tzvetan Todorov reserva el término *racismo* para designar los comportamientos de odio y menosprecio con respecto a personas que poseen características físicas distintas. Y utiliza la palabra *racialistas* para designar a las teorías e ideologías que sostienen la existencia de una base racial que determina las diferencias y las posibilidades culturales y morales de los diversos pueblos. Todorov, T: *Nosotros y los otros*, México, Siglo XXI, 1991.

^{2/} El neoracismo en Francia combate la presencia de los inmigrantes africanos aduciendo que suponen una amenaza contra la cultura francesa. Frente a este neoracismo -como han señalado diversos intelectuales empeñados en la lucha contra él- resulta bastante inútil la pretensión de establecer una clara distinción entre la xenofobia -rechazo a quienes son ajenos al grupo nacional-cultural o étnico- y el racismo. Disculpar la xenofobia, considerándola "natural" desde un punto de vista sociobiológico o de psicología social, y concentrar la denuncia en las ideologías racistas de fundamentación biológica, supone tanto errar la percepción de lo que se pretende combatir como proporcionar armas al neoracismo.

Estados, tanto los tradicionales como los de constitución reciente, también altera la secuencia de la fórmula anterior, sustituyéndola por otra: *un Estado, una Cultura, una Nación*. La homogeneidad cultural no es a menudo un dato previo, aunque se postule como tal, sino algo que se irá intentando construir desde el poder estatal, eliminando la diversidad étnica realmente existente mediante la utilización de diversos grados de consenso y violencia.

Existe una transcendental diferencia entre los dos principios nacionales de legitimidad que se enfrentan a lo largo de todo el siglo XIX: el basado en la sangre, en la cultura, en el pasado... y el fundamentado sobre la voluntad de pertenencia, en la aceptación de los ciudadanos, en el "plebiscito diario". Pero ello no debe ocultar un rasgo compartido históricamente por los estados nacionales adheridos a uno u otro principio de legitimidad: la aspiración a crear una nación culturalmente homogénea. Por otra parte, aunque desde el punto de vista lógico ambos principios sean mutuamente excluyentes, con frecuencia fueron utilizados en forma simultánea o sucesiva por muchos ideólogos de los movimientos nacionales, a la hora de definir la nación y la identidad nacional (la trayectoria intelectual de Renan constituye un buen ejemplo de ello).

Las identidades colectivas

Una identidad colectiva define el qué y el quienes somos *nosotros* y, al mismo tiempo, qué y quienes son *los otros*, los ajenos a ese grupo social. La pertenencia al grupo supone la aceptación de valores, símbolos, pautas de comportamiento, formas de reciprocidad, objetivos, intereses... que se consideran comunes. El ser social de cada persona, especialmente en las sociedades complejas, se articula a través de su adscripción a diversas formas de identidad colectiva: la familiar, la de clase, la de género, la nacional, la del grupo religioso o político... El proceso de constitución de los Estados modernos en los últimos dos siglos ha dado a la identidad nacional un especial relieve respecto a otro tipo de identidades colectivas.

En los Estados nacionales, la condición jurídico-política de ciudadano establece ya una diferenciación cargada de consecuencias prácticas en los planos político, social y económico. Estar en posesión de la ciudadanía define quienes somos *nosotros* y quienes son *los otros*: los ciudadanos de otros Estados, y también aquellos inmigrantes a quienes no se concede la ciudadanía del país de residencia. Ernest Gellner ha señalado, con algo de sorna, que un ministerio de cultura y una tasa de inflación propia e independiente son signos de soberanía, aunque el último de ellos se ve ahora amenazado en los Estados de la Comunidad Europea. Las leyes orientadas a impermeabilizar las fronteras de los Estados y de la Comunidad Europea para impedir el paso de inmigrantes procedentes de los países del Sur, tal vez termine siendo uno de los últimos símbolos de la soberanía estatal en esta parte del mundo.

En el caso de los Estados de composición plurinacional, la existencia de una única ciudadanía estatal deja abierto el problema de *quienes* son los ciudadanos y ciudadanas de cada una de las diversas naciones. En el caso de las Comunidades Autónomas del Estado español, como es sabido, la residencia estable en una comunidad, para quienes están en posesión de la ciudadanía estatal, constituye la condición para tener

a efectos políticos y administrativos la condición de ciudadano o ciudadana de esa comunidad.

Siguiendo en el Estado español, tanto en Euskadi como en Catalunya (la dicotomía autóctonos/inmigrados no ha tenido una relevancia similar en otras comunidades) ha existido un consenso generalizado a la hora de considerar legalmente ciudadanos de pleno derecho a toda la población residente. En este sentido, estamos en una situación afortunadamente irreversible. No hay tampoco ninguna fuerza con peso político significativo que plantee la revisión de tal criterio, aunque algunas corrientes ideológicas nacionalistas alimenten ciertas reticencias a admitir esa igualdad de derechos políticos en lo que se refiere a los *no integrados* en lo que consideran la *matriz nacional*.

Menos extendido resulta en cambio el reconocimiento del derecho a la diversidad cultural y lingüística dentro del ámbito nacional. A este respecto, la polarización de opiniones es mayor y va desde quienes preconizan el mantenimiento de la situación de partida, lo que supone la práctica imposibilidad de normalización de la lengua y la cultura autóctona, hasta quienes ven en la diversidad cultural una situación anómala que debe ser eliminada.

La identidad nacional en sentido político -considerarse o ser considerado como español o rechazar esa identificación y sentirse vasco, catalán,...- expresa de manera emblemática el conflicto nacional en el Estado español. Pero no agota todos los elementos del mismo. Otro motivo de tensión interna viene dado por la diversidad de autoidentificaciones nacionales, en términos político-simbólicos, que se aprecia en la ciudadanía de las comunidades nacionales **13**.

Las identidades culturales

Y eso nos lleva al segundo criterio de identidad nacional. El principio de ciudadanía no deja de presentar, como he señalado, algún problema para determinar *quienes son*, o quienes somos, los miembros de la comunidad nacional. Y resulta notoriamente insuficiente a la hora de responder a la pregunta: *¿qué somos nosotros?*. O lo que es lo mismo, *¿cuál es nuestra identidad nacional en términos de autoidentificación política y nacional-cultural?*

La gente hace un tipo de autoidentificaciones selectivas, no necesariamente coincidentes unas con otras. Las encuestas suelen ofrecer información de interés sobre cómo la gente se autoidentifica en sentido nacional-cultural o de grupo étnico, sobre los criterios que utiliza, sobre los elementos de diferenciación que considera significativos. Encuestas y estudios pueden proporcionarnos también información sobre elementos objetivables y característicos, tales como la realidad lingüística, la inclinación del voto hacia las formaciones nacionalistas según el origen nacional y el grupo étnico, las tendencias de estabilidad o de cambio en las diferentes actitudes aprecia-

3/ *El sistema de valors dels catalans. (Catalunya dins de l'enquesta europea de valors dels anys 90)*, Barcelona, Institut Català d'Estudis Mediterranis, 1991. Ese estudio ofrece, a partir de una encuesta reciente, datos de interés sobre la identificación nacional de la población de Catalunya y su relación con factores como el origen nacional, el lugar de nacimiento y la edad. Presenta también una visión comparativa de las actitudes y valores de la gente de Catalunya en comparación con las de las de la Europa Comunitaria y las del Estado español.

bles según las generaciones...

La identidad y la autoidentificación son siempre selectivas y contrastantes: lo que distingue *lo nuestro* es lo que es diferente de lo de *los otros*. Lo que se selecciona de la cultura real del país es lo propio y distinto, y, de manera muy relevante, la lengua diferenciada, cuando esta existe. Lo tradicional, lo que sirve para establecer la continuidad simbólica con el pasado, lo que es o se supone autóctono, es siempre privilegiado a la hora de jerarquizar los símbolos de identidad. La razón de ello radica en el carácter singular, y no compartido con otros pueblos, de estos elementos culturales.

Por el contrario, otros aspectos de la cultura material y espiritual, de enorme significación para la vida de la comunidad, ocupan un lugar inferior a la hora de definir la identidad cultural. Aspectos tales como la tecnología, la difusión del conocimiento científico, los nuevos valores y pautas de comportamiento generadas por la industrialización y la vida urbana, las modificaciones en la situación social de las mujeres... El crecimiento de los intercambios de todo tipo provocados por la internacionalización de la economía y de la información están contribuyendo de manera acelerada a unificar las pautas culturales entre los diversos países. La cultura como identidad simbólica ofrece una imagen cada vez más sesgada de lo que es la cultura real de una comunidad.

Las identidades están lejos de ser un fenómeno social espontáneo de autoidentificación de la gente. Son en buena medida construcciones promovidas desde diversas instancias, a veces en pugna entre ellas. El Estado-nación moderno nunca ha dejado de fomentar algún tipo de patriotismo, *una cierta idea de la nación*, a través de la escuela, el deporte, las conmemoraciones... La recuperación de la fiesta de la Hispanidad, o los fastos del V Centenario, pueden servir como muestra. Los movimientos étnicos o nacionalistas son también actores decisivos en esa pugna por la hegemonía entre las diversas propuestas de identidad.

A veces existe una gran distancia entre lo que se propone y la realidad y la conciencia social de una comunidad. Lo probable, en ese caso, es que esas propuestas queden huérfanas de apoyo. Pero a veces la identidad que se postula para el conjunto de la comunidad corresponde a una parte de ella y cuenta con su apoyo, aunque al mismo tiempo abra también una gran distancia respecto a las pautas de identificación de otras de sus partes integrantes. Los postulados excluyentes no son habituales cuando dentro de la comunidad existe una gran homogeneidad de identificación político-cultural, y sí cuando ésta no existe o se considera que está amenazada.

Termino con unas cuantas reflexiones de carácter general:

—Cuanto más excluyente, cuanto mayor sea la distancia entre una parte del cuerpo social y la identidad que se propugna, menor será la cohesión de la comunidad, más difícil la *integración social* y más probable la cristalización de los diversos grupos étnicos o minorías nacionales con un peso social y político significativo. Y lo que es más grave: esas visiones de la identidad más excluyentes responden explícitamente, al menos en ocasiones, a esa voluntad de marcar distancias, de abrir un foso que separe a los que son distintos y por ello son percibidos como una amenaza para la identidad política y cultural-nacional que se propugna.

—En la dialéctica *nosotros/ellos*, inevitable en cualquier dinámica de autoafirmación de grupo, la reivindicación de lo propio *no debería* implicar el postulado de su superioridad.

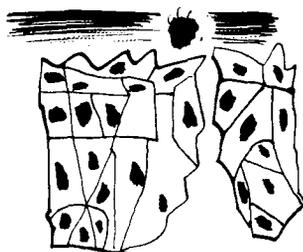
dad, ni exigir la denigración de lo ajeno o de lo distinto. La xenofobia propia no es mejor ni más legítima que la del vecino. El reconocimiento de la diversidad constituye sin duda un mejor camino que la aceptación más o menos resignada de la xenofobia mutua.

—Con frecuencia, en nombre de valores universalistas o cosmopolitas se ha mirado con recelo el derecho a la diferencia cultural, nacional o religiosa, percibiéndolas como algo negativo y/o como algo a superar. Sin embargo, es perfectamente plausible, y necesario, propugnar un universalismo más cauto y más consciente desde el que se pueda reconocer y defender el derecho a la diversidad, el derecho a la diferencia cultural, lingüística y nacional. En mi opinión, lo mejor de lo que en la tradición socialista se ha venido llamando *internacionalismo* (e incluso *cosmopolitismo*, en el sentido de ciudadanía moral universal) hunde sus raíces en los valores universalistas: en el sentirse obligado moralmente con los otros seres humanos como iguales, más allá de las lealtades de grupo o de las barreras nacionales.

—Lo anterior puede además servir de freno de emergencia frente al carácter absorbente, primordial, e incluso exclusivo, que se reclama con frecuencia para la lealtad nacional y contra el carácter cerrado con que en ocasiones se definen esas lealtades respecto a los disidentes de uno u otro tipo /4.

Como conclusión de esta reflexión, ahí va, a modo de programa, una sugerencia (cuyo carácter muy general y abstracto no se me oculta): es preciso conjugar la defensa de la autonomía individual, el reconocimiento y cultivo de las solidaridades colectivas y la no renuncia al universalismo moral, sin permitir que uno de estos aspectos anule a los otros.

4/ La solemnidad de las honras fúnebres dedicadas a Marlene Dietrich en Francia contrasta con la frialdad con que su fallecimiento ha sido recibido en Alemania. El sentimiento patriótico se resiste a ver como un mérito digno de aplauso el hecho de haber colaborado activamente con los enemigos de Alemania, aunque fuera la Alemania nazi. La situación del escritor Salman Rushdie puede servir también de ejemplo: la amenaza de muerte dictada contra el autor de *Versos satánicos*, se justifica más en la acusación de renegado y traidor que en la de blasfemo.



2 Episodios Nacionales

Ciudadanía e identidad nacional

Martí Caussa

El interés por la reflexión sobre estos dos conceptos se explica por la actual coincidencia de tres acontecimientos de gran importancia: el ascenso de las luchas nacionales en el Este y los conflictos interétnicos que las acompañan; el crecimiento del racismo en Europa frente a las oleadas migratorias de gentes procedentes del Este y del Sur; y los avances en la construcción de la Unión Europea, que sitúa en el horizonte la posibilidad de un *supra-Estado* y una ciudadanía europea.

A pesar de estos acontecimientos hay mucha gente que considera que estos dos conceptos no presentan aspectos contradictorios, al menos en su Estado. Este es el caso, por ejemplo, de los defensores de la Constitución española: para ellos España no es otra cosa que «la Nación española, patria común e indivisible de todos los españoles» ¹, que son sus ciudadanos. Sin embargo, para discutir de algo interesante es necesario empezar afirmando que ciudadanía e identidad nacional no son equivalentes y que en muchas ocasiones han existido y siguen existiendo contradicciones entre ellas.

Diferencia y mestizaje

La posibilidad de contradicción podría presentarse de la siguiente manera. Es evidente la capacidad de las personas para reaccionar contra la opresión nacional y el potencial movilizador de los objetivos de liberación nacional frente al Estado opresor. Y la precondition de las luchas de liberación nacional es la existencia de una fuerte conciencia nacional, la afirmación de una identidad nacional, la definición de un proyecto de futuro ilusionante en el terreno nacional. En definitiva, la afirmación de la diferencia en el presente y el futuro. Sin embargo, si las luchas de liberación nacional llegan a tener éxito, se conquista la soberanía y nace un nuevo Estado, lo más probable es que no sea homogéneo nacionalmente, sino que cuente en su interior con varias minorías lingüísticas, étnicas o nacionales. La coincidencia completa entre Estado y nación no existe en ninguna parte y nada indica que esto vaya a cambiar en el futuro. El nuevo Estado, si no quiere ser opresivo, deberá asegurar los derechos democráticos de todos sus ciudadanos y todas sus minorías. ¿Son estos derechos compatibles con un fuertes sentimientos de identidad nacional y con las consecuencias que llevan aparejadas?

Una posición relativamente frecuente en la izquierda argumentaría de la siguiente manera. Si hay democracia y respeto de las minorías, la heterogeneidad social real se traducirá en pluralismo y fuerte mestizaje cultural y nacional, las identidades nacionales de cada grupo se mezclarán como lo hacen los colores, para ir dando lugar

¹/ Artículo nº2 de la Constitución española.

progresivamente a la identidad de la heterogeneidad, al color compuesto y, en última instancia, al blanco. Para esta posición el acento debe situarse en la igualdad de derechos ciudadanos y no en el desarrollo de las identidades nacionales. Considera conveniente renunciar a los objetivos más radicales (independencia) y a subir el color de la identidad nacional, porque ambos pueden ser utilizados por fuerzas poco democráticas para azuzar el conflicto interétnico (se citan ejemplos pertinentes del Este); y si esto no llega a ocurrir y permanecen en manos democráticas, la evolución histórica en curso les condena a hacerse menos radicales (es hora de juntar Estados y no de crearlos) y a derivar hacia la identidad de la heterogeneidad, hacia el color blanco.

Dos ejemplos para ilustrar esta posición. El primero sobre el problema catalán: «Catalunya no puede aspirar a la larga a acabar con el bilingüismo, sin producir hondas tensiones sociales. De la misma manera, cualquier nacionalismo independentista que se salga de la mera reivindicación teórica provocará una reacción nacionalista “española” en sentido contrario... Si Catalunya se descubre tal como es... caerá en la cuenta que... es el modelo pluricultural de la Europa en ciernes» /2. El segundo ejemplo es más general, pero se refiere también a las lenguas: «Se ha transformado la posición de las lenguas vernáculas sin gran desarrollo literario e intelectual. A alguien que hable en quechua ya no le es necesario transformar su lengua en una lengua totalmente literaria, porque a través de los programas audiovisuales, televisivos o de radio, ya es posible para una persona monolingüe en quechua estar informada, tener contacto con todo lo que es importante» /3.

En mi opinión posiciones de este tipo sacrifican injustificadamente la identidad nacional e incapacitan a los revolucionarios para jugar un papel activo en las luchas de liberación nacional. El error consiste en creer que no es posible compatibilizar una identidad nacional fuerte con un respeto a la democracia y a los derechos de las minorías (lingüísticas, étnicas o nacionales).

¿Qué es la identidad nacional?

Es más fácil empezar por aclarar lo que no es la identidad nacional. En primer lugar no es lo que postula el partido nacionalista dominante de turno; basta un repaso histórico un poco amplio para darse cuenta de cómo la identidad nacional ha sido definida de forma diferente por los diferentes partidos nacionalistas dominantes. Esto nos lleva a una segunda negación: la identidad nacional no es algo fijado por la historia, que permanezca inmutable a la espera de un descubridor; la historia abre unas posibilidades y cierra otras, pero en lo que se llama *identidad nacional* hay siempre una parte importante de proyecto de unas clases y unos grupos políticos determinados. Por último, la identidad nacional no es tampoco una construcción arbitraria de una fuerza política nacionalista, porque si su definición choca abiertamente con ciertas referencias comunitarias históricas, con los intereses de las clases efectivamente o potencialmente dominantes o, incluso, con las exigencias de la coyuntura política, no llegará a ser nunca la identidad nacional hegemónica.

2/ Sotelo, Ignacio: *El País* (Barcelona), (10 mar. 1992).

3/ Hobsbawn, E. J.: Entrevista en *L'Avenç* (Barcelona), 158 (abr. 1992).

Resulta interesante el análisis ya clásico de Pierre Vilar ⁴, cuando enumera tres tipos diferentes de fenómenos históricos que intervienen en la formación de una nación. Mucho antes de la nación, existió una comunidad con una serie de rasgos diferenciales y es necesario prestar atención a los «factores objetivos de comunidad» (la tierra, la lengua, etc.) que han sido utilizados por sucesivos modos de producción para la organización política del espacio. Pero estos factores no son suficientes para la constitución de una nación; es necesario introducir otro grupo de fenómenos, como el efecto homogeneizador o diferenciador el desarrollo económico sobre los territorios ocupados por estas comunidades y, además, el papel organizador de las clases sociales, que aprovechan y hacen operativas las tendencias potenciales anteriores en un sentido u otro, en función de sus intereses y expectativas. Por último, un tercer grupo de fenómenos, lo constituyen los partidos o movimientos que intentan representar los intereses de unas clases determinadas, y la coyuntura política precisa (crisis de Estado o de régimen, guerra, etc) que pueden facilitar su triunfo.

No se trata de enfrentar los anteriores elementos de análisis a otros también interesantes, sino de llamar la atención sobre las siguientes cuestiones:

—En la afirmación de una nación y, por extensión, de una identidad nacional, influyen una pluralidad de factores, desde algunos muy remotos hasta otros más coyunturales.

—Ninguna identidad nacional se deduce mecánicamente del pasado; siempre hay alguien que selecciona unos elementos a destacar y otros a debilitar, y lo hace en función de unos proyectos de futuro; de forma provocadora podría decirse que la identidad nacional es más una cuestión de futuro que de pasado.

—Dentro de cada nación existe una pluralidad de identidades nacionales, con unos elementos comunes y otros diferentes; el que una de estas identidades llegue a ser hegemónica es fruto de una lucha, pero la pluralidad subsiste y por eso puede cambiar la hegemonía.

—Los revolucionarios pueden (y a mi entender deben) luchar por su propia concepción de la nación, de la identidad nacional a afirmar y ésta debe ser compatible con la democracia, el respeto de las minorías y la igualdad.

¿Prohibido disgregar?

Un argumento frecuente contra el impulso de una fuerte identidad nacional es que ésta empuja a la constitución de un nuevo Estado independiente, y que actualmente el Estado nacional está en crisis, que los problemas fundamentales deben afrontarse a nivel supranacional, por ejemplo de Unión Europea. En suma que la tarea es unir y no disgregar.

Es cierto que el Estado nacional está en crisis, pero no sólo por arriba (por la necesidad de ceder soberanía a instancias supranacionales), sino también por abajo (las entidades “regionales” aparecen mucho más eficaces para la organización de numerosos servicios). Pero además, ciertos Estados tienen una crisis adicional particularmente aguda, la derivada de la opresión de una o más nacionalidades en su interior:

⁴/ Vilar, Pierre: Introducción a *Catalunya en la España moderna*, tomo I, Barcelona, Crítica, 1982.

piénsese en Gran Bretaña, el Estado español, Francia,... y la situación de Irlanda del Norte, Euskadi, Catalunya, Córcega, etc, etc. Mientras los Estados particulares sigan existiendo, será mucho más democrático conformarlos según las preferencias de la mayoría de la población que conservar las actuales "cárceles de pueblos". Y si avanza la integración supraestatal europea, la disgregación de estos Estados opresores, no sólo sería más eficaz para acercar los niveles de decisión a los ciudadanos, sino que es la condición para que una Europa unida sea también una Europa democrática.

La identidad europea por construir, si se quiere democrática, debería basarse en lo que Habermas ⁵ llama «patriotismo de Constitución», es decir, en la identificación con unos principios democráticos generales de aplicación en el conjunto de Europa y el respeto de las tradiciones nacionales existentes. Pero se necesita que éstas se expresen libremente, que se liberen de sus cárceles actuales. Y si no se reconocen las libertades de las nacionalidades europeas oprimidas, no puede esperarse que se respeten las identidades culturales o nacionales de los emigrantes que llegan del Sur o del Este.

En la perspectiva de una Europa unida de forma voluntaria y democrática, el número y la dimensión territorial de los Estados que se federen o confederen debería ser el fruto de la decisión democrática de sus habitantes. Estos, en uso de su autodeterminación, deberían decidir las competencias que desean ceder y las que se reservan para sí. En este sentido autodeterminación sería sinónimo de soberanía y de posibilidad de independencia, pero no necesariamente de independencia efectiva en todos los terrenos, puesto que una parte de la capacidad de decisión autónoma se cedería a las instancias supraestatales.

Autodeterminación y minorías

La formación de un nuevo Estado, incluso si es para unirse de forma voluntaria a una entidad supraestatal, necesita basarse en una serie de luchas de liberación nacional que, a su vez, necesitan del desarrollo de una conciencia nacional, de la afirmación de una identidad nacional diferenciada, del avance de proyectos en el terreno nacional. Aunque la población del futuro Estado sea heterogénea nacionalmente, al menos un grupo nacional suficientemente fuerte y motivado debe llevar el peso de esta lucha. Muchas veces en la historia esto ha significado que la nacionalidad triunfante ha desarrollado una política de discriminación o de opresión sobre las minorías étnicas, lingüísticas o nacionales presentes en su propio territorio; y el germen de la opresión futura estaba ya muchas veces en el tipo de identidad nacional o de proyecto nacional que se preconizaba antes de la victoria. Sin embargo, no siempre ha sido así, ni este es el único tipo de proyecto nacional posible, ni por supuesto puede ser el que defiendan los revolucionarios.

En toda lucha de liberación nacional, de conquista del derecho a la autodeterminación y a la independencia, existen dos objetivos simultáneos, extraordinariamente mezclados e interrelacionados, pero que no son idénticos.

⁵/ Habermas, J. «Ciudadanía e identidad nacional: consideraciones sobre el futuro europeo», *Debats* (Valencia), 39, (mar. 1992).

Uno es el derecho de la población de un territorio a decidir soberanamente sobre los asuntos que le afectan, sin ingerencia externa, incluso para constituir un Estado independiente. En muchas ocasiones el principal protagonista de esta conquista puede ser el grupo nacional mayoritario en este territorio. Pero los derechos políticos que contribuye a conquistar, incluso el de decidir sobre la independencia, deben tener un carácter universal, pertenecer al conjunto de los habitantes del territorio en cuestión, sean o no de la misma nacionalidad.

Un segundo objetivo, diferente pero íntimamente mezclado con el anterior, es el desarrollo de la lengua, la cultura, las tradiciones y otros elementos, hasta entonces oprimidos, que una nacionalidad considera fundamentales para su continuidad y desarrollo. Se trata de un objetivo perfectamente legítimo y democrático, que se ve facilitado cuando en el nuevo Estado, la mayoría de la población pertenece a la nacionalidad interesada en él (por ejemplo, el desarrollo de la lengua catalana y de la cultura en catalán saldrían sin duda favorecidos en una Catalunya o unos Països Catalans independientes, por el solo hecho de suprimir la losa que representa la actual Constitución y soberanía españolas). Pero este objetivo debe hacerse compatible con los derechos de las minorías étnicas, lingüísticas o nacionales que existan en el territorio del nuevo Estado (o que puedan llegar a él a través de la inmigración).

La articulación de estos derechos variará extraordinariamente según la situación concreta: reconocimiento de derechos personales para el aprendizaje y uso de una lengua, autonomías territoriales en determinadas zonas, etc. Basta comparar la homogeneidad nacional de Galiza, la fuerte concentración de inmigrantes castellanohablantes de Catalunya, la fuerte minoría nacional serbia de Croacia, o la práctica ausencia de mayoría nacional clara en Bosnia, para darse cuenta de que no puede haber soluciones iguales. Pero puede afirmarse una cuestión de principios: las minorías deben tener unos derechos reconocidos, de la misma forma que los tienen las personas. El estatuto de una minoría en un territorio determinado no puede imponerse por la regla de la mayoría, sino que debe haber unos derechos a respetar y una actitud de búsqueda de consenso.

En definitiva, dentro de un Estado surgido de un proceso de autodeterminación, es posible que una mayoría de la población pueda hacer coincidir su identidad nacional con su identidad estatal o de "de Constitución" (cosa imposible cuando se trata de una entidad como Europa). Pero existirán siempre minorías para las que eso no será posible y sólo asumirán una identidad "de Constitución" si sus identidades particulares (lingüísticas, étnicas, nacionales) son respetadas.

La solución debe ser global

La combinación de autodeterminación territorial, desarrollo nacional y respeto de las minorías permite conciliar los conceptos de ciudadanía e identidad nacional: los derechos ciudadanos tienen carácter universal y las identidades nacionales pueden desarrollarse en plenitud, sin necesidad de diluirse ni de tender hacia el *blanco* (en la práctica, hacia el color de los Estados más poderosos). El respeto de los derechos de las personas y de las comunidades tiende también a relativizar la importancia de las fronteras y a facilitar el desarrollo de las nacionalidades para las que la unidad terri-

torial completa no resulta posible.

El punto de vista elegido para discutir sobre ciudadanía e identidad nacional, puede hacer pensar que estas cuestiones admiten solución de forma separada del conjunto de problemas que afectan a las personas de una nación o territorio determinados. No es así en absoluto, al menos en términos no coyunturales.

Considérese, por ejemplo, los efectos de un sistema económico como el capitalista, que genera estructuralmente desigualdades sociales y desequilibrios territoriales. La desigualdad social, especialmente cuando se agrava en periodos de crisis, resulta difícilmente conciliable con la democracia. Las desigualdades territoriales, cuando coinciden con poblaciones que mantienen un fuerte sentimiento de comunidad pueden dar lugar a la reaparición o al nacimiento de una conciencia y una reivindicación nacional. La utilización de las diferencias étnicas y nacionales para estimular la xenofobia y el racismo ha sido un procedimiento repetidamente utilizado por las clases dominantes para facilitar salidas autoritarias y antipopulares a situaciones de crisis social. Por último, sólo una drástica reducción de la desigualdad social puede permitir una reducción radical del Estado, que es una condición básica para que la opresión de una nación por otra deje de ser posible.

En definitiva, la lucha por la democracia y por la liberación nacional deben integrarse en la lucha por un cambio social radical. Muchas veces en la historia la segunda ha chocado con la primera y ambas con la tercera. Pero esta no es una fatalidad que se imponga a los revolucionarios. Estos pueden ser parte activa en las luchas de liberación nacional y en la construcción de una identidad nacional popular, democrática, respetuosa con la minorías e igualitaria. Respetando el pluralismo, pueden defender su concepto de identidad nacional e intentar que sea asumido por la mayoría de la población.



Nacionalismo y política en Europa del Este

Ernest Gellner

Desde 1815, el nacionalismo ha atravesado cinco etapas en Europa del Este. En el Congreso de Viena de 1815, se dividió toda Europa del Este entre tres imperios. Las pequeñas unidades estatales previas, residuos de la fragmentación medieval, fueron absorbidas en tres grandes conjuntos. La vida de los dibujantes de mapas políticos se simplificó mucho: en adelante sólo necesitarían tres colores para su trabajo.

1ª etapa: la autodeterminación ignorada

Los tres imperios eran en gran medida indiferentes al hecho nacional. Cada uno de ellos se basaba en una dinastía y en la identificación con una religión: el Islam sunnita, el catolicismo de la Contrarreforma y el cristianismo ortodoxo. La fe y el principio dinástico se consideraban bases apropiadas, suficientes y naturales del orden político. Cada uno de los tres imperios tenía una composición étnica muy variada, pero nadie pensaba que ello fuera un obstáculo para su viabilidad política. Muchos de los distintos grupos proto-étnicos eran escasamente conscientes de sí mismos en tanto que tales grupos étnicos. Por ejemplo, en Sarajevo, si se llamaba a alguien "turco", ello no significaba que hablase o incluso conociera una lengua turca o que sus antepasados hubieran venido de Asia Central a través de Anatolia; quería decir simplemente que era musulmán, lo cual era perfectamente compatible con que hablase una lengua eslava y que sus antepasados fueran del lugar. En contraste, hoy, lo que es de hecho un grupo étnico, que se define por compartir una herencia cultural eslavo-musulmana (pero no la adhesión propiamente dicha a una fe), se llama a sí mismo "musulmán", y obtuvo el reconocimiento de esta denominación como una categoría aceptable para usos oficiales, por ejemplo el censo. De la misma manera que un "caballero" no era alguien que conociera el latín y el griego, sino una persona que podía haber olvidado estas lenguas, un "musulmán" no es ya alguien que cree que no hay otro dios que Alá y que Mahoma es su profeta, sino una persona que puede haber perdido esta fe. Lo irónico es que en aquellos días, cuando la religión de verdad importaba socialmente, se utilizaba un término étnico para definir a la comunidad de creyentes; hoy, cuando lo que importa es la etnicidad, lo que se utiliza es un término religioso para definir a la comunidad étnica.

Muchos de estos grupos tenían su base no en un territorio sino en la estructura social: se asociaban más con una función social y económica diferenciada que con un trozo de tierra. Sin embargo, aquellos grupos culturales que tenían lazos con la tierra los desarrollaban en un entramado de pedazos increíblemente complejo, mas que en bloques claramente definidos. Lo importante es constatar que cuando los amos de Europa se reunieron en Viena en 1815 y dividieron las tierras del viejo continente con

absoluto desprecio de la etnicidad de sus pobladores, ello se consideró perfectamente normal. Ninguna ola de protesta recorrió Europa. El derecho sagrado a la autodeterminación, a su propio hogar nacional y cultural y a un techo político propio, fue ignorado, sin que despertase ningún tipo de indignación ni entre los pobladores ni en nadie. La mayoría de estos pobladores no se habían dado aun cuenta ni eran conscientes del hecho de serlo.

2ª etapa: el irredentismo nacionalista

Pronto, todo ello cambiaría. El siglo XIX se convirtió rápidamente en el siglo del irredentismo nacionalista. El principio nacionalista, que proclama que la única base legítima del estado es la nación, ganó nuevos partidarios, más apasionados y militantes. En Europa del Este, los magiares más o menos lo consiguieron, pero no así los polacos; varios grupos étnicos de los Balcanes se aprovecharon de la debilidad del Imperio Otomano y arrebataron diversos grados de independencia; en Europa Central, los italianos y los alemanes lograron su unificación.

¿Por qué este cambio de actitud? ¿Por qué algo que parecía aceptable e incluso natural en 1815 perdió toda legitimidad en el curso de un siglo? Desde una concepción nacionalista, la respuesta es simple: las naciones no habían muerto, simplemente estaban dormidas. Y el mérito del cambio corresponde a los devotos vigías que ayudaron al despertar, a los intelectuales deseosos de revivir las antiguas glorias políticas y culturales, o a codificar las lenguas y culturas de los pueblos "sin historia", y que hasta entonces no se habían podido orgullecer de un Estado o de una literatura cortesana. Y aunque en algunos casos estos pueblos carecían de glorias pasadas, los vigías estaban dispuestos a inventarlas o a buscarlas nuevas. Los vigías trabajaron infatigablemente, y las "naciones bellas durmientes" al final respondieron con pasión a sus besos. Bien despiertas por fin, reclamaron sus legítimos derechos. A la luz de la observación de Hegel de que las naciones sólo entran en la historia cuando logran su propio Estado, todas ellas insistieron en asegurarse un puesto en el escenario histórico. Si se les negaba -y por supuesto, los viejos poderes no abdicaban sólo porque se lo pidieran- entonces con frecuencia lo exigían a tiros.

Aquellos que no simpatizan con las nuevas políticas nacionalistas aceptan frecuentemente la imagen que éstas tienen de sí mismas, y meramente invierten los valores sin cambiar el cuadro. La teoría más defendida del nacionalismo es, creo sospechar, aquella que sostiene que no se trata tan sólo de un nuevo despertar de culturas, sino de la reaparición de instintos atávicos de *Blut und Boden* (sangre y tierra) en el corazón humano. Siempre latentes, pero constreñidos durante largo tiempo por la religión y otros factores, estos monstruos reaparecieron gracias al relajamiento de las ataduras imperiales. Los ideales de la Ilustración de razón y fraternidad, o los lazos instrumentales, meramente superficiales de una *Gesellschaft* (sociedad) de mercado, eran demasiado abstractas, demasiado frías, demasiado cerebrales para competir con los libidinosos y turbulentos *Dioses Oscuros*. Mucha de la literatura romántica del XIX apoyó esta imagen del hombre y de alguna manera apoyó así sus implicaciones políticas. Y recibió además la confirmación del darwinismo, que, a fin de cuentas, enseña que el hombre es una bestia. De ello parece desprenderse que no se puede

esperar de él un nivel de comportamiento político demasiado alto, y sobre todo demasiado racional. El realismo político debe adaptarse a esta clientela, y si la sociedad es en realidad un rebaño, más vale adaptar a este hecho tanto su estructura de autoridad como su simbolismo.

Otros críticos del nacionalismo (por ejemplo, Elie Kedouri) adoptaron un punto de vista diferente: el nacionalismo era el producto destilado de la ideología europea, que pervertía lo que, por otra parte, eran sistemas políticos perfectamente viables. Los marxistas adoptaron una explicación también diferente: el nacionalismo era una distracción artera, con frecuencia consciente, para distraer a la población del auténtico conflicto que enfrentaba a las clases, y esa ofuscación se lograba en interés de las clases dominantes, que tenían mucho que temer de la conciencia de clase y mucho que ganar del aliento a una espuria conciencia nacional.

Ninguna de estas teorías me parece remotamente aceptable. El hombre del siglo XIX o XX no es más sensible a "la llamada de la sangre" que sus predecesores: mejor alimentado, con una vida más confortable, más pacífica y sedentaria (que discurre en una oficina o en el control de una máquinas y no en lucha con la naturaleza), quizás sea menos dado a atavismos que sus abuelos peor educados, menos urbanizados y menos domesticados. Por lo que se refiere a la ideología, dudo mucho que por sí misma tenga tal poder de transformación del clima político y moral. Y es muy difícil explicar la persistente y repetida victoria de la conciencia nacional sobre la conciencia de clase como el simple resultado de la asombrosa astucia de los gobernantes, que no despliegan, por otra parte, en otras facetas esa asombrosa capacidad de control sobre el material humano que rigen.

¿Qué queda entonces? El atractivo del principio nacionalista -*una Cultura, un Estado*- me parece un corolario inevitable del nuevo orden socio-económico traído por el industrialismo, e incluso por la sombra que el industrialismo proyecta ante sí. Las sociedades agrarias tienen una estructura intrincada y bastante estable y la cultura -la forma de hablar, de vestir, de consumir, los rituales y todo eso- no es en ellas, de ninguna manera, un principio político adecuado. Sus unidades políticas características son o comunidades locales, que raramente agotan la cultura que utilizan (generalmente la comparten con otra comunidad similar), o imperios que se extienden más allá de los límites de una sola cultura. Las primeras no tienen ni el deseo ni los medios de desarrollarse fuera de sus culturas; estos últimos, no tienen motivos para permanecer dentro de ellas (les interesa el sobreproducto y la obediencia de sus súbditos, no su folclore).

Todo esto cambia con la modernidad y el industrialismo. Una estructura social intrincada pero bastante estable es reemplazada por una sociedad de masas anónima y móvil. En ella, el trabajo deja de ser físico y se convierte en semántico: el "trabajo" se convierte en manipulación de personas y mensajes, y no de cosas.

El trabajo presupone ahora la capacidad de comunicar en un contexto libre con extranjeros anónimos. Por lo tanto, presupone una educación formal, que es la única que puede proporcionar el saber de las letras y otras capacitaciones imprescindibles. La vida y el trabajo se convierten también en una larga serie de encuentros con unas burocracias omnipresentes económicas y políticas. La capacidad de participación política y de ejercer una efectiva ciudadanía, la posibilidad de ser contratado y de alcanzar dignidades dependen todas ellas de dominar una *alta cultura* escrita, que es

también el idioma de elección de la unidad política en la que se vive. Para alcanzar esta plena ciudadanía, uno debe asimilarse en la *alta cultura* dominante, o cambiar las fronteras políticas para asegurarse que la propia cultura se convierte en la definitoria en la nueva unidad emergente.

Los europeos de los siglos XIX y XX han adoptado ambas estrategias, algunas veces sucesivamente. Hay que señalar que la sociedad industrial es la primera sociedad en la que una cultura contextualmente libre, formalizada, codificada y transmitida a través de la educación cesa de ser el logro y el privilegio de una minoría de escribas, y se convierte en el estilo generalizado de una sociedad entera. Las unidades políticas dejan de ser “los protectores de la fe” y se convierten en “los protectores de la cultura”. Ello, y no un atavismo o la astucia de ideologías o gobernantes, es el secreto de la nueva fuerza del nacionalismo. Los asuntos de la “alta cultura”, son asuntos que importan a todo el mundo. La ciudadanía auténtica no depende ya del acceso a los ritos cívicos o de las otras subunidades, sino del manejo de una *alta* (es decir, codificada, escrita y transmitida por educación formal) *cultura* definida étnicamente. Y a la aceptación por esa cultura, en términos de sus estereotipos impuestos, siendo lo que se debe ser en tanto que miembro de ella.

3ª etapa: una victoria pírrica

En 1918, el nacionalismo había triunfado. Los tres imperios religiosos que se habían dividido Europa de Este en 1815 yacían en el polvo. Uno de ellos, el zarista, hay que reconocer que se recuperó poco después bajo una nueva gestión política e ideológica, pero dejemos por el momento de lado esta línea de desarrollo atípica. En el territorio de los otros dos imperios coetáneos, el nacionalismo triunfó, aunque fue una victoria pírrica. Las nuevas unidades invocaron como su principio legitimador la nación, pero pronto se vieron tan amenazadas por la diversidad étnica y por los consiguientes conflictos como lo habían estado sus predecesores imperiales. La complejidad del mapa étnico así lo aseguraba. En algunos casos, la situación de los Estados sucesorios era aún peor: eran más pequeños y por lo tanto más débiles, y sus minorías incluían a muchos miembros de los grupos culturales antes dominantes, la gente que hablaba la lengua, y compartía mas o menos la cultura, de los antiguos centros imperiales. Estos, pese a su nueva posición de inferioridad, pudieron contar con el apoyo de sus hermanos de cultura o lengua de más allá de la frontera.

Esta combinación de debilidad, fragmentación y tensión étnica probó su eficacia. Cayeron como bolos ante Hitler. Algunos resistieron, otros resistieron a medias y otros finalmente, no resistieron en absoluto. Esto sólo produjo pequeñas diferencias en la velocidad con que les llegó la subyugación.

4ª etapa: una homogeneización brutal

Durante los años cuarenta, la complejidad étnica de Europa del Este se vio en gran medida simplificada en muchos lugares, primero gracias a Hitler y más tarde a Stalin. Los métodos de asimilación pacífica habían contribuido algo en el pasado a la

homogeneización étnica, pero ahora fueron suplidos por métodos más brutales, especialmente el genocidio y el trasplante forzoso de poblaciones. Ya habían tenido lugar algunos primeros experimentos en esta dirección, como el genocidio de los armenios o el intercambio de población entre Turquía y Grecia después de la guerra a comienzos de los años veinte, pero fueron los años cuarenta el período por excelencia del asesinato en masa y el exilio. Como consecuencia, algunas sociedades que habían sido plurales pasaron a ser incomparablemente más homogéneas: Polonia, los países checos, Bielorrusia... Otras no se "beneficiaron" tanto de los crímenes de Hitler y Stalin, y las tensiones étnicas continuaron manifestándose.

5ª etapa: si llega a existir...

Por lo que se refiere a Europa del Este, la 5ª etapa no es aún un hecho histórico. Es más una esperanza, un deseo, aunque existen algunos indicios que permiten creer en sus posibilidades de existencia, tanto práctica como teóricamente. La 5ª etapa, si llega a existir, o si empieza a aparecer en algunas partes, tiene una serie de características benignas. Está caracterizada por una mayor y mejor difusión del bienestar del industrialismo tardío. Es decir, la hostilidad entre grupos culturalmente distintos no se exagera tanto por la envidia y la humillación de la pobreza, visible, asociada conscientemente con un status étnico y considerada un "atraso". Un industrialismo más avanzado modifica también más eficazmente la estructura ocupacional y estandariza las culturas, de manera que sus diferencias mutuas, al menos de alguna forma, pasan a ser meramente fonéticas más que semánticas: comparten conceptos similares y hacen las mismas cosas, incluso si usan palabras diferentes. La tesis de la estandarización de las culturas industriales está lejos de haberse probado del todo, y es aún muy cuestionable (basta considerar los países industrializados del Extremo Oriente); pero a pesar de todo, cuando se trata de sociedades que comparten, de alguna manera, una misma herencia y han sido vecinas mucho tiempo, algo de verdad hay en ello. La convergencia económica y cultural disminuyen las hostilidades étnicas: el hombre del industrialismo tardío, como su predecesor del primer industrialismo, sigue encontrando su identidad, ante todo, en una cultura literaria, pero su cultura literaria no se diferencia ya tanto de la de sus vecinos étnicos. Sobre todo, cualesquiera que sean las diferencias, ya no se refuerzan por el hecho de que las personas a ambos lados de la frontera estén situados en puntos diferentes en el proceso de iniciación a la civilización industrial. (Este hecho aún ocurre en la relación entre una cultura anfitriona y los trabajadores emigrados, agravando y causando tensiones racistas).

Estas condiciones relativamente benignas existen aproximadamente en partes de Europa Occidental, aunque con excepciones como el Ulster o Euskadi. No es fácil hoy imaginarse una guerra entre países de Europa Occidental por problemas territoriales.

Se puede imaginar la situación, que parece aproximarse, que podría describirse como de federalización y cantonalización; en tanto que las culturas mayoritarias posean su hogar patrio, que garantiza su perpetuación, no parecen insistir ya ni en la plena independencia ni en la convergencia dentro de fronteras étnicas y políticas. Y ello, en cualquier caso, es el deseable punto final al desarrollo que, bajo el

industrialismo, ha transformado la relación entre cultura y política. La calma después de la tormenta.

Una nueva ideocracia secular

Hasta aquí un modelo relativamente abstracto de la evolución de las interrelaciones étnico-políticas desde 1815 hasta el presente. Llegados a este punto, hay que introducir un hecho muy importante, que hasta ahora ha sido en gran medida ignorado en la argumentación, sobre todo porque de ninguna manera se desprende de las premisas sobre las que se ha construido el modelo. En 1815, tres imperios se dividieron Europa del Este. Dos de ellos (o mejor, el territorio que ocupaban y la población que gobernaban) siguieron la trayectoria expuesta en mi argumentación. Pero el tercero no lo hizo así.

La Rusia zarista colapsó de forma natural y se desintegró. Su cimentación ideológica probó no ser más fuerte que la de sus rivales, los Imperios otomano y Habsburgo, en el mundo moderno. En las iglesias ortodoxas rusas, la cruz se levanta sobre una media luna, un símbolo que se explica algunas veces como la señal del triunfo de la cristiandad ortodoxa sobre el Islam. Pero cuando bajo el bolchevismo muchas iglesias fueron derruidas, la cruz cayó con la media luna.

La Rusia zarista fue reemplazada por una nueva ideocracia secular, con una fe vibrante impuesta brutalmente, y aunque "todas las Rusias" habían transcurrido por las etapas una y dos, la tercera fue abortada: el Cáucaso fue reconquistado por el Ejército Rojo a comienzos de los años veinte; Asia Central fue pacificada y las guerrillas *basmachis* destruidas en los treinta; el Báltico fue retomado en 1940 y 1944-45; y la mayor parte de Europa del Este, más allá de la frontera bajo control de los zares, fue sometida a un gobierno indirecto.

La nueva ideocracia secular era lo suficientemente fuerte para suprimir el irredentismo nacionalista, en tanto fuera capaz de mantener la fe en sí misma y la determinación de usar cuantos medios fueran necesarios para mantener su control. Después de 1985, la perestroika nació de la pérdida de fe en los métodos económicos del comunismo; la renuncia al uso de la fuerza bruta fue, en parte, un ingrediente de la receta para el tan esperado renacimiento económico, y en parte un precio por ganar la buena voluntad occidental, que acabó siendo fundamental para el nuevo experimento. Y así llegó a su fin la represión más dura; todavía se utiliza ocasionalmente, pero sólo con grandes dudas, ante provocaciones y con límites políticos.

¿Qué ha ocurrido con la situación étnica en las nuevas reglas de juego?

Se puede formular la pregunta, pero aún no contestarla. La evidencia hasta el momento muestra bandazos hacia cada una de las etapas perdidas en Europa del Este bajo el comunismo: la etapa del irredentismo nacionalista, la de la violencia asesina y la de una tendencia hacia la solución final más pacífica, la *casa común* federal-cantonal, que evite los asesinatos y la brutalidad de la penúltima etapa.

La Historia no se repite dos veces. Marx dijo que sólo lo hace en la medida que, lo que fue una tragedia la primera vez, aparece como una farsa la segunda. No hay que confiar demasiado en este aforismo. No hay ninguna garantía que lo que fue una tragedia la primera vez no se repita como una tragedia aún mayor la segunda.

Pero las circunstancias no son idénticas. En primer lugar existen los deseos de la gente de buena voluntad y sentido común de evitar la repetición del genocidio y el trasplante forzoso de poblaciones. Cualquier aplicación a ultranza del principio nacional que requiera una convergencia de las fronteras étnicas y políticas implica inevitablemente una barbarie semejante: muchas de las características étnicas de muchas partes de la Unión Soviética son lo suficientemente complejas como para asegurar que no existe una vía razonablemente suave de aplicar el principio nacionalista. Su aplicación debe modificarse y estar acompañada de muchos compromisos.

La reafirmación política de la identidad étnica también esta apareciendo en unas circunstancias completamente originales y sin precedentes históricos. La sociedad civil ha sido aplastada y atomizada por el centralismo bolchevique, por la fusión de todas las jerarquías sociales y organizativas en una sola *nomenclatura* (política, económica e ideológica), en una sola pirámide. Es cierto que, en el penoso renacer de la sociedad civil, pronto se hace patente que es más fácil revivir, más eficaz y rápidamente, las asociaciones étnicas que cualquier otras. Los nuevos partidos políticos tienden a ser pequeños clubs de intelectuales, mientras que son los "Frentes Nacionales" los que rápidamente adquieren y mantienen raíces populares.

Ello puede llevar a esperar que, en esta ocasión, el nacionalismo sea aún mas fuerte que la última vez. Antes, los movimientos nacionalistas tenían rivales no nacionalistas, algunas veces formidables. El nacionalismo no era el camuflaje de intereses de clase desviados, como creían los marxistas, pero a pesar de ello tampoco lo borraban todo a su paso. También operaban principios asociativos rivales.

Pero, al mismo tiempo, no hay ninguna duda de que existe en la sociedad civil el deseo y la necesidad de pluralismo, de ausencia de monopolios políticos, ideológicos y económicos, y sobre todo de que no se repita una fusión catastrófica de estas tres formas de centralismo.

Este es el nuevo panorama en el que juegan las reivindicaciones étnicas y políticas. Podemos especificar los factores que entran en el juego, pero no podemos predecir su resultado.

Moscú, septiembre de 1990.

Postdata

El texto anterior fue escrito en una tarde a toda prisa en una maquina de escribir soviética, horrorosa y además prestada, en el edificio, fuertemente protegido, de la Academia de Ciencias (¿Departamentos Científicos?) de la Avenida Lenin de Moscú. Intentaba responder a una petición local de que comentase la situación étnica soviética. Un año después, en Cambridge, añado esta postdata.

Raymond Aron solía decir que en Francia solo había dos auténticas instituciones: el Estado y el Partido Comunista. En la URSS, al ser idénticas, solo había una institución. Por lo tanto, ante la ausencia de alternativas, la estrategia gorbachoviana de intentar usar la única institución existente no me parece totalmente absurda. Se puede argumentar en contra que no se puede utilizar una institución para destruir esa misma institución. A favor se puede decir que si sólo había un instrumento, no había más remedio que utilizarlo.

Mi receptividad a este argumento (aunque sin una convicción plena, y sin estable-

cer una relación entre la situación que lo hacía posible y sus premisas) me separaba, como a otros muchos occidentales simpatizantes de la perestroika, de los intelectuales moscovitas que habían llegado a aborrecer a Gorbachov. (Las diferencias no se basaban en percepciones sobre su personalidad o estimaciones sobre sus pensamientos políticos más íntimos, temas sobre los que no puedo presumir de saber nada. Estaban basadas simplemente en la parte exterior y visible de su estrategia). Pero la receptividad hacia este punto de vista se reforzó por la conciencia de que la única fuerza contrapuesta, capaz de equilibrar la única institución existente, eran los movimientos étnicos, que pudieron ser y fueron movilizados rápida y eficazmente. El que Yeltsin estuviera dispuesto a utilizar esta contrafuerza me aterrorizó. Mi miedo aumentó por la memoria de lo que aconteció tras la ruptura del análogo Imperio Habsburgo, que condujo a un sistema político tan débil que cayó ante Hitler y Stalin sin aparentes signos de resistencia. Yeltsin estaba haciendo evidentemente lo mismo que Lenin: abandonar todos los territorios periféricos con la esperanza de ganar aliados o neutralizar enemigos, mientras fortificaba su posición en el centro. Lenin tenía un partido disciplinado y una creencias ideológicas, mientras que Yeltsin no disfruta de ninguno de estos beneficios, lo que le hace por consiguiente más dependiente de las fuerzas étnicas desatadas. Lenin pudo eventualmente volver a la tan invocada Nueva Política Económica (NEP): pero la gente que la invoca hoy no parece darse cuenta que el equivalente actual de la NEP sería algún tipo de vuelta a los viejos métodos económicos de dirección administrativa, sobre la base de que es un método en el que ya no se cree, pero que funciona más o menos (esta sería la verdadera analogía con la NEP), y que la gente sabe como funciona. Y que por lo tanto, es mejor que uno en el que se cree, pero sobre el que nadie tiene la menor idea de cómo aplicarlo. Los partidarios de la perestroika tienen la misma idea, o mejor falta de idea, de cómo opera el mercado que la que tenían los bolcheviques sobre cómo construir el socialismo. Pero el desmantelamiento de la vieja estructura también privó a Yeltsin de la opción de un uso a escala de toda la URSS de las viejas instituciones.

Por todas estas razones, tenía mis dudas sobre la estrategia de Yeltsin, sin querer al mismo tiempo ser dogmático sobre ello. Sin embargo, los acontecimientos parecen haber confirmado la corrección de las intuiciones políticas de Yeltsin. La política de contención de Gorbachov no parece haber podido comprar al bunker. (Aunque quizás ha contribuido a sus vacilaciones, dudas y a que se haya abstenido de usar métodos brutales). Cuando la reacción llegó en la forma de un golpe abortado, fue decisivo para aplastarlo el hecho de que Yeltsin había construido una base de poder rival, utilizando todos los materiales a su mano, sin grandes preocupaciones. Y esto hay que reconocerlo.

Cambridge, septiembre de 1991.

NEW LEFT REVIEW Nº189 / Septiembre-Octubre 1991/ Londres

Traducción: G. Buster

Una respuesta a Ernest Gellner

Branka Magas

“Nacionalismo” es un concepto del que se ha abusado de tal manera que puede utilizarse para explicar todo, o lo que es lo mismo, nada. A menos que se base en el análisis concreto de la política nacional y de clase de un Estado o de una zona específicos, se corre el riesgo de que sea analíticamente vacío. El trabajo de Ernest Gellner se ha distinguido, desde hace mucho tiempo, por el reconocimiento que hace del nacionalismo como una de las fuerzas más destacadas que han moldeado el mundo moderno. A diferencia de muchos escritores liberales o socialistas, Gellner nunca ha condenado de manera simplista a los movimientos nacionales como una desviación de la senda del progreso humano. El gran valor de su breve ensayo «Nacionalismo y política en Europa del Este» es que permite, por su alcance y ambición, centrarse en algunos aspectos fundamentales adicionales que se esconden detrás del concepto “nacionalismo”. Los comentarios que siguen han sido escritos en un espíritu de respuesta positiva, que busca esclarecer lo específicamente político en el nacionalismo y en su historia.

El enfoque de Gellner es examinar ciento sesenta años de historia de Europa del Este y deducir cinco fases consecutivas, temporalmente delimitadas, en el nacionalismo: 1. El punto cero (1815); 2. El triunfo del “principio nacionalista” (el siglo XIX); 3. La creación de los Estados-nación (1918); 4. Una “purificación” étnica, realizada de forma brutal (la II Guerra Mundial); y 5. El declive del nacionalismo (el futuro). Para que un enfoque de este tipo sea fructífero, debe basarse en un marco teórico consistente y en un buen conocimiento de la historia de la zona. Desgraciadamente, pueden encontrarse fallos en ambos campos en el texto de Gellner. Para empezar, es confusa su utilización frecuente como conceptos contiguos de etnicidad, nacionalidad y estatalidad. De forma más general, es dudoso que un enfoque de este tipo pueda ser útil dada la no simultaneidad de las dimensiones políticas y económicas de la formación del estado en Europa Central y del Este (y no sólo en esas zonas).

El punto de referencia permanente de Gellner es Europa Occidental, y describe el nacionalismo del siglo XIX en Europa del Este como «una consecuencia inevitable del nuevo orden socioeconómico» surgido de la «modernidad y el industrialismo». Pero, aunque el «industrialismo» triunfó en un principio en Europa Occidental, Occidente no se organizó, ni lo está hoy, de acuerdo con el principio de *una Nación-un Estado* (por ejemplo, Gran Bretaña, Bélgica, Suiza). En Europa del Este, de igual manera, tampoco se siguió siempre este principio: en 1918 surgieron varios Estados conscientemente multinacionales. Además, no se desprende claramente de lo que Gellner nos cuenta si las sociedades de Europa del Este simplemente repitieron la experiencia de Europa Occidental, o si lo que hicieron fue, también, una compensación por no estar “allí”.

Es necesario subrayar que en gran parte de Europa del Este la victoria del nacionalismo precedió a la industrialización. En 1848, el año en el que todos los componentes nacionales de la monarquía de los Habsburgo elaboraron sus programas naciona-

les -programas que, incidentalmente, sobrevivieron prácticamente intactos hasta 1918 y de alguna manera hasta mucho más tarde- la mayoría de las sociedades que constituían eran fundamentalmente agrarias. De hecho, la mayor parte de Europa del Este siguió siendo agraria hasta después de la II Guerra Mundial.

El "nacionalismo histórico"

¿Cuándo podemos fechar la aparición en escena del nacionalismo en esta parte de Europa? ¿Hubo alguna vez un "punto cero"? El relato de Gellner de la situación hasta, e incluyendo a, 1815 es esencialmente inexacto, no sólo porque la división de gran parte de Europa del Este entre tres imperios precede al Congreso de Viena. Es inexacto también porque olvida la fase anterior del "nacionalismo histórico" (por ejemplo, la partición de Polonia no llevó a que los polacos olvidaran que habían tenido un Estado en el pasado; y los poemas anti-alemanes eran ya corrientes en el siglo XVII en Hungría y Croacia), y porque no tiene en cuenta el impacto de la Revolución Francesa. Metternich tenía ideas más claras al respecto: en el Congreso de Viena enfatizó el peligro que representaba para el orden conservador europeo no sólo las ideas liberales, sino también las nacionalistas. El nacionalismo, lejos de no haber nacido, era ya percibido como una fuerza política por derecho propio.

Contrariamente a lo que Gellner defiende, los tres imperios no eran ya en ese momento indiferentes por igual al principio nacional, ni tampoco las élites nacionalistas que habitaban en su seno. Es cierto que la nobleza reservaba la palabra *natio* sólo para sí. Sin embargo, cuando el Estado Habsburgo abandonó el latín como lengua oficial a favor del alemán (lo que ocurrió antes de la Revolución Francesa), la naturaleza multilingüe y multiétnica del Imperio se hizo patente. ¿Por qué, preguntaron los nobles húngaros a su rey alemán, debe hablar alemán nuestra Dieta, cuando somos húngaros? Y empezaron rápidamente a aprender su lengua "nativa". En ese momento, el antiguo "nacionalismo histórico" comenzó a convertirse en "nacionalismo nacionalista".

Pero el verdadero ímpetu llegó con la Revolución Francesa. El entusiasmo de polacos e italianos por la Revolución se alentaba en el deseo de reconstituir Polonia y unificar Italia. La invasión francesa alentó a la aristocracia rusa, como lo describe Tolstoi, a empezar a hablar ruso en vez de francés. Una vez que empezaron a publicarse en las lenguas nacionales los documentos oficiales y los periódicos en la Illyria francesa, la vuelta al alemán o al italiano en lo que hoy es Eslovenia y la Croacia occidental fue imposible. La sublevación nacional serbia, por poner un ejemplo diferente, era ya una realidad. Si estos pueblos no estuvieron representados en el Congreso de Viena de 1815, no por ello aceptaron sus conclusiones y decisiones como legítimas. El progreso del nacionalismo en esta parte de Europa es un proceso bastante más complejo, desigual y contradictorio que lo que sugiere Gellner, o de lo que implica el término sin concretar de "nacionalismo".

La idea de que el fundamento legítimo del estado es la nación no fue una invención puramente nacionalista, como sugiere Gellner. Fue la Revolución Francesa la que le dio carta de naturaleza. Y en la medida que implicaba la idea de democracia popular, fue condenada como subversiva por el Antiguo Régimen. En 1848, el año de las

revoluciones nacionales, había varias tendencias nacionalistas diferentes en presencia, siendo la dominante la que expresaba el deseo de un Estado autónomo y el concepto de soberanía como emanación del pueblo (opuesto a la autoridad divina del monarca). Pero también apareció en ese momento el énfasis liberal en un gobierno constitucional y en el derecho del ciudadano individual. El concepto de "nación" se deriva de todas estas tendencias, aunque con implicaciones diferentes.

Gellner sobreestima la complejidad étnica -«el entramado increíblemente complejo»- de Europa del Este. Las zonas de mezcolanza étnica eran relativamente pocas en comparación con las nacionalmente homogéneas. El problema residía en la mayoría de los casos en que las fronteras políticas y étnicas no coincidían con frecuencia. Así, en el caso del Imperio Habsburgo, tanto checos como alemanes reclamaban como propio el reino de Bohemia. Otro problema, también relacionado, consistía en la naturaleza del sistema electoral, que excluía a la mayoría de la población adulta durante la mayor parte del siglo XIX, y en algunos casos hasta 1918. Por ejemplo, las posesiones austriacas de Carniola estaban habitadas mayoritariamente por eslovenos, pero el derecho de representación sólo era disfrutado por los contribuyentes más ricos, étnicamente alemanes. El problema no residía en la distribución étnico-social como tal, sino en el poder de los distintos grupos sociales. Cuando el peso étnico de los eslovenos se reflejó en la asamblea local, Carniola se convirtió en un remanso de paz por lo que se refiere a la lucha nacional. Al mismo tiempo, la democratización del Estado austriaco se convirtió en una cuestión profundamente nacional, porque amenazaba el equilibrio de poderes entre las nacionalidades que lo constituían; lo que explica el por qué este Imperio nunca adoptó lo que hubiera sido la "vía natural": el federalismo. De hecho, cuando se introdujo el sufragio universal masculino en la parte austriaca de Austro-Hungría y la mayoría del *Reichsrath* correspondió a eslavos, la vida parlamentaria dejó de funcionar.

No existe una correlación directa, a pesar de lo que dice Gellner, entre el triunfo de los movimientos nacionales en el siglo XIX y la difusión de lo que llama el "principio nacionalista". Los magiares "triumfaron" no porque fueran mejores nacionalistas que los polacos, sino porque poseían un Estado que fue reconocido como un sujeto político legítimo. Este Estado, sin embargo, no era homogéneo étnicamente: la mitad de la población estaba constituida por nacionalidades no húngaras. La afirmación nacional de los húngaros en la segunda mitad del siglo XIX no puede ser considerada por lo tanto un triunfo del "principio nacionalista", a menos que se entienda como la supremacía de una nación sobre otras.

Es cierto que la aspiración a un Estado independiente en Europa del Este se produjo como una respuesta a los cambios económicos encubados por la Europa Occidental capitalista. (La decisión de José II de reemplazar el latín por el alemán como la lengua oficial del Imperio fue una de esas respuestas). Pero adoptó la forma de una reacción contra el poder que estos cambios introdujeron en las relaciones entre Estados: el poder para alterar las relaciones sociales en otros Estados, directa o indirectamente. La búsqueda de poder para cambiar las relaciones sociales y políticas en casa fue lo que dio lugar al nacimiento del nacionalismo que hoy conocemos. El nacionalismo húngaro, para poner un ejemplo, alimentado por la historia y ahora también por la lengua, renació a mediados de la década de 1840, en un momento en el que la nobleza húngara tubo que decidir si Viena o Budapest abolirían la servidumbre en

Hungría.

Contrariamente a lo que Gellner defiende, es el poder político y no la "protección de la cultura" lo que se encuentra en la base del nacionalismo moderno. Las naciones son, sobre todo, comunidades políticas, lo que Lenin supo comprender con mucha precisión. Cómo y cuando cambiar el sistema electoral; cómo distribuir la autoridad entre las asambleas municipales, provinciales y estatales; qué idioma enseñar en las escuelas; qué red de carreteras y ferrocarriles construir; el sistema jurídico mercantil; la política de subsidios estatales para la industria; el sistema fiscal; qué tipo de servicio militar; qué barreras aduaneras; qué legislación laboral y sindical; la política exterior... todo ello y más: lo que constituye el ensamblaje del capitalismo moderno se convirtió en objeto de una aguda lucha nacional en el Imperio Habsburgo.

El nacionalismo promovido por el Estado

Como Benedict Anderson ha defendido, la segunda mitad del siglo XIX vio el nacimiento en Europa del nacionalismo patrocinado desde el Estado. Lo que ayudó a fomentar aún más las aspiraciones a un Estado independiente de aquellos pueblos que no poseían uno. Este nacionalismo, por otra parte, no exige un Estado homogéneo étnicamente. Cuando Kautsky o Lenin hablaban del "Estado-nación", lo que tenían en mente eran Estados étnicamente homogéneos. Cuando un nacionalista húngaro del siglo XIX hablaba del "Estado-nación", en lo que pensaba era en el territorio multinacional de la Corona de San Esteban. Una de las consecuencias fue el "endurecimiento" de las políticas nacionales en el seno de los regímenes imperiales inmediatamente antes de su colapso. El secesionismo fue ante todo y sobre todo una respuesta al nacionalismo promovido por el Estado de las naciones dominantes. La I Guerra Mundial solo aceleró esta tendencia. En 1914, Masaryk y sus seguidores representaban una pequeña minoría en la comunidad checa, pero ya el mayo de 1917 los partidos políticos checos eran abiertamente secesionistas.

Gellner defiende que, independientemente de la vía, la tendencia a la formación de Estados-naciones, homogéneos étnicamente, no pudo desarrollarse plenamente en Europa del Este debido a su «entramado étnico increíblemente complejo» y el surgimiento de los Estados sucesorios solo agravó el problema. De hecho, éste era uno de los principales argumentos de los austro-marxistas en su defensa del mantenimiento del Imperio. Y con frecuencia aún se escucha hoy en relación con otros Estados multinacionales. Pero éste no era el principal problema en 1918. La persistencia del nacionalismo era más una consecuencia de lo que se ha llamado la *Paz de Versalles*. En primer lugar, el grado de diversidad étnica existente en los nuevos Estados estaba lejos de ser inevitable: en muchos lugares, los vencedores trazaron las fronteras a propósito, violando el principio étnico. La idea original de Wilson de que las fronteras de los Estados debían en lo posible seguir las fronteras étnicas no fue respetada en Versalles, empezando por el presidente americano. Más importante, finalmente, fue la naturaleza antidemocrática de los regímenes en cuestión, y no sólo en relación con sus minorías nacionales. Un nuevo aliento de las "revoluciones nacional-democráticas" pudo haber tenido lugar, lo que hubiera resuelto el "problema nacional", al menos por un tiempo. Las revoluciones nacional-democráticas no son nunca, después de

todo, adquisiciones permanentes o perfectas.

Pero dejando esto de lado, sería asimismo erróneo defender que la "complejidad étnica" contribuyó a que los Estados de Europa del Este cayeran como "bolos" ante Hitler. Su derrota militar, después de todo, fue debida en su mayor parte a la fuerza sin precedentes utilizada por el Estado nazi. De hecho, el argumento de la debilidad interna como responsable de la derrota encaja mejor en el caso de Francia, homogénea nacionalmente, (el gran poder militar del período de entreguerras en Europa), que en el caso de los países heterogéneos étnicamente de Europa del Este. Gellner cree que la guerra provocó un proceso brutal de homogeneización nacional (4ª fase), que es la razón por la que algunos de estos Estados (Polonia, Checoslovaquia y Bielorrusia) se parecerían más a los países de Europa Occidental. Al haber pasado por las fases 1 a 4, ahora pueden aspirar a la fase 5, a diferencia de los demás Estados étnicamente heterogéneos, que estarían condenados a sufrir continuas tensiones étnicas. Pero esto es, por supuesto, incorrecto. La homogeneidad nacional en Polonia no ha eliminado el nacionalismo polaco (o el antisemitismo). Mientras que en la casi homogénea Hungría, el nacionalismo todavía alimenta el sueño de la incorporación de Transilvania, habitada mayoritariamente por rumanos.

Los argumentos de Gellner son especialmente contradictorios cuando describe la 5ª fase. La posibilidad de relaciones armónicas entre las nacionalidades, dejando de lado el carácter conflictivo de las «Altas Culturas», depende de la riqueza material: de la «mayor riqueza y de su mejor reparto en el capitalismo tardío». La asimilación de millones de *Gastarbeiter* (trabajadores emigrantes) en una "cultura anfitriona" avanzada en Europa Occidental se convierte en un problema puramente técnico, a pesar de las evidencias en contra. «La convergencia cultural y económica» de la «sociedad capitalista tardía» permite una nueva era de relaciones armónicas entre las nacionalidades, como probaría la integración, federalización y cantonalización de Europa Occidental.

Pero ¿qué ocurre en los Estados federales y semifederales actuales de Europa del Este?. La tesis de que el nacionalismo triunfó en 1919 no se corresponde con los casos de Checoslovaquia, Yugoslavia y la Unión Soviética. En todos ellos, las naciones implicadas optaron por soluciones distintas, aunque no en todos los casos con el mismo grado de voluntad. El colapso de Austria-Hungría ilustra el secreto del éxito bolchevique a la hora de mantener unido al viejo Imperio: la fórmula federal, que tamizó la Unión Soviética con una red de fronteras estatales y paraestatales, creando repúblicas, repúblicas autónomas, regiones autónomas..., etc. La Constitución recogía el derecho a la separación. Los que los bolcheviques ofrecían no era muy distinto de lo que Gellner llama la «casa común federal-cantonal». Lo mismo puede decirse de la Yugoslavia posterior a 1945. Hay que subrayar tanto en los casos soviético como yugoslavo que estas soluciones fueron el resultado de luchas étnicas y de una violencia asesina anterior.

La sustitución teórica de Gellner

¿Cuál ha sido entonces la equivocación de todos estos Estados federales? Gellner afirma que el Estado y la sociedad soviética no experimentaron tres de las cinco fases

(triumfo del nacionalismo, creación del Estado-nación, guerras inter-étnicas), y que ahora está a punto de hacerlo. Pero sería imposible comprender la revolución que dirigieron los bolcheviques sin incluir la respuesta concreta que dieron a la cuestión nacional. La historia de la Unión Soviética sugiere que estas fases fueron recorridas de hecho, aunque de forma específica y contradictoria. Las repúblicas y otras unidades políticas paraestatales tenían una base étnica (eran Estados-nación en el sentido relevante de la palabra), pero tenían poca autonomía política. Tanto la industrialización como el desarrollo de la cultura local habían tenido lugar pero bajo la férula y las reglas dictadas por un solo centro (ruso), fuera de todo control democrático.

La lógica de los argumentos históricos de Gellner deberían llevarle a defender que las raíces del renacimiento nacionalista en la ex-URSS son las siguientes: a. La supresión de la autonomía política en los Estados-naciones que la componían; b. El proceso desigual de industrialización; c. El carácter conflictivo de la producción de la "Alta Cultura" (por ejemplo, el dominio del ruso); d. El deseo de destruir unidades político nacionales antiguas en el seno de repúblicas individuales (como en Georgia, Armenia,...). Pero Gellner no se refiere a nada de esto. Por el contrario, introduce un nuevo juego de términos cuasi-analíticos: el «penoso» despertar de la sociedad civil; una «auténtica ansia» de pluralismo y deseos de poner fin a todo monopolio económico, político o ideológico; la debilidad de los rivales ideológicos del nacionalismo. Pero, ¿no hubiera sido útil considerar la naturaleza de la sociedad civil en Eslovaquia o Bosnia a comienzos de este siglo, el "monopolio político" en la Rusia zarista, el papel jugado por el "monopolio económico" occidental en la caída del Imperio otomano? Y ¿no se debió la victoria del nacionalismo conservador en Europa del Centro-Este en 1918 a la debilidad de los «rivales ideológicos del nacionalismo»? Hay una asunción en esta sustitución teórica de la que Gellner no parece ser consciente.

Permítaseme clarificar esta asunción mediante una pregunta: ¿cuál es la naturaleza de la política nacionalista en la actual ex-URSS? Gellner establece una línea precisa de delimitación entre los nuevos partidos democráticos y los frentes nacionales. Argumenta que los primeros «tienden a ser pequeños clubs de intelectuales, mientras que son los frentes nacionales los que rápidamente adquieren y mantienen raíces populares». Y por ello, el nacionalismo parecería ser «aún más fuerte que la última vez». Por otra parte, el éxito de los frentes nacionales parece inevitable: «en el penoso renacer de la sociedad civil, pronto se hace patente que es más fácil revivir, más eficaz y rápidamente, las asociaciones étnicas que cualquier otras».

El elemento esencial se pierde de esta manera. El nacimiento de los frentes nacionales, después de todo, fue el fruto de la labor de pequeños grupos de intelectuales, de la misma manera que pequeños clubs de intelectuales desencadenaron el renacimiento nacionalista de Europa Central y del Este hace uno o dos siglos. Sin embargo, la diferencia esta vez, al menos por lo que se refiere a la ex-URSS es que, a diferencia de la Rusia zarista, los frentes nacionales y sus ideólogos intelectuales operan en unidades políticas bien definidas, creadas a través de equilibrios federales. Esta asunción, que se da por asumida, es la pieza clave que explica la diferencia. Y es ella la que explica por qué el nacionalismo en Europa del Este adopta la forma de una lucha política por el control de los Estados que ya existen en aquellas unidades políticas, y a partir de los cuales es posible controlar todas las otras ramas de la "sociedad civil":

la economía, las instituciones culturales, los medios de comunicación, etc... Porque el simple control de las estructuras estatales existentes es un objetivo mucho más directo que insuflarle una nueva vida democrática, o crear uno completamente nuevo. El triunfo nacionalista se alimenta, por supuesto, en la incapacidad de la burocracia central y estatal para ofrecer una alternativa, más democrática, de Unión. Porque, sin una federación realmente democrática, hay pocas esperanzas de que la democracia floreciera en ninguna de sus partes constitutivas.

Gellner tiene razón cuando subraya la conexión existente entre la ausencia de democracia en la Unión Soviética -consecuencia de la fusión de toda jerarquía social y organizativa en una sola *nomenclatura* organizada verticalmente- y la reaparición de las fuerzas destructivas del nacionalismo en cuanto que el sistema empezó a colapsar. También tiene razón cuando insiste que una repetición del traslado forzado y genocida de poblaciones puede tener lugar si se aplican a rajatabla el principio nacional de coincidencia absoluta de fronteras étnicas y políticas. Y está en lo cierto cuando dirige nuestra atención hacia el hecho de que sólo el genuino deseo de democracia puede actuar como contrafuerza. Por último, un aspecto clave que distingue el enfoque de Gellner sobre los problemas del nacionalismo en la mitad oriental de Europa es su cariño por los pueblos de la zona, y su deseo de que puedan evitar los sufrimientos de nuevas guerras sin cuartel.

New Left Review nº190/ Noviembre-Diciembre de 1991/ Londres

Traducción: G. Buster



Sociedad e identidad. Claroscuros de la identidad nacional vasca

Javier Villanueva

Para muchas gentes, la identidad nacional vasca se reduce a un problema de verdadera conciencia frente a la falsa conciencia; al autorreconocimiento de lo que realmente se es. No va más allá por tanto de ponerle nombres y apellidos a lo que ya existe pero ha estado velado. Como hizo en su momento Sabino Arana.

Otra forma distinta de entender la identidad nacional, más compleja desde luego, es la que intenta dar cuenta de su sentido: cuándo y por qué surge, quién la construye, cómo se reproduce... e incluso por qué suele presentarse con el sello de lo que parece corresponder al orden natural e indiscutible de las cosas. Varias proposiciones pueden resumir esta visión crítica de la identidad.

Primera. No se trata de desvelar la realidad objetiva, en qué consiste el ser vasco, para adecuar a ella la conciencia subjetiva. Más que un asunto de conciencia, el ámbito propio de la identidad es el de la identificación emocional que se traduce en un sentimiento de adscripción: me siento vasco.

Segunda. Se parte de que lo vasco está definido socialmente, y produce sentimientos de pertenencia o bien de exclusión. En su origen se encuentra una interpretación social de la realidad; y, a la vez, un hecho colectivo, que al imponer esa interpretación crea la realidad social del grupo vasco. De ahí que el éxito de la definición de una identidad no descansa en que sea verdadera o más ética sino en su eficacia social; se le puede aplicar lo del teorema de Thomas: «Si los individuos definen las situaciones como reales, son reales en sus consecuencias». Cuanto mayor es su poder de difusión más gentes la comparten, y cuanto más evidente parece mayor es su eficacia.

Tercera. La identidad nacional funciona como un código social que ordena lo que hay que pensar de la realidad, (cómo es, cuál ha sido su historia y cuál debe ser su futuro), lo que hay que sentir (el mundo de las emociones, las referencias simbólicas a las que debo identificarme o rechazar), y también lo relativo a las actitudes y comportamientos. La clave de la identidad reside en garantizar sus fronteras: la frontera de diferencia/exclusión de *los otros* y, al mismo tiempo, la de semejanza/identificación del *nosotros*.

Cuarta. El conflicto entre grupos es inseparable de las identidades colectivas, bien porque se construyen frente a otras identidades y para diferenciarse de ellas, bien porque cuando hay un conflicto de identidad es porque detrás de él hay una lucha por el poder entre grupos sociales, entendiendo esa pugna en un sentido más amplio que el estrictamente político. La esfera de lo institucional-estatal es importante sin duda; pero otros tipos de poder tal vez resultan más decisivos: el peso demográfico o el económico de cada grupo, su posición en la estructura social, su penetración en ám-

bitos privilegiados de la vida comunitaria... En el caso vasco se ha dicho que es en estos ámbitos -la familia, la enseñanza, la red de centros religiosos, el mundo asociativo, las cuadrillas...- donde la identidad vasca conquista la hegemonía social durante los años sesenta y setenta pese a carecer del más mínimo poder político institucional.

II

Un par de observaciones ayudan a centrar el contexto en que se plantea, inicialmente, el asunto de la identidad vasca.

Una es la crisis de la sociedad vasca en el último tercio del siglo pasado. Sus ingredientes son conocidos. Derrota militar en la segunda guerra carlista. Abolición del régimen multiseccular de los Fueros. Irrupción de la modernidad a través de Vizcaya: fábricas, miles de inmigrantes, castellanización del desarrollo urbano, otras costumbres... Proyecto centralizador del Estado de la Restauración. Pretensión de destruir las lealtades del mundo tradicional, y en especial la identidad comunitaria foral de las provincias vascas, para sustituirla por la exigencia de lealtad al Estado y la identidad española.

La crisis afecta a la identidad de la sociedad vasca, que está escindida ante la nueva situación. Una parte o es producto de ella o ve con buenos ojos la irrupción de la modernidad. Otra parte, identificada con el orden tradicional, se resiste a la desaparición por muerte fulminante de ese mundo. Sabino Arana es el máximo exponente de esta última.

Otra observación es que Arana codifica los atributos de la personalidad vasca a partir de un arsenal de ideas que están muy presentes en la sociedad de su tiempo, sobre todo en las élites del viejo orden.

La idea de la singularidad de los vascos (descendencia de una raza antiquísima, posesión de una lengua peculiar, régimen foral particular), extendida en toda la sociedad del XIX, procede de una literatura apologética del sistema foral y del euskara que se remonta a siglos anteriores. De esa misma fuente provienen el mito foral -la independencia originaria y la unión voluntaria con Castilla a condición del respeto a los Fueros-, así como la idea de la pureza de la raza vasca, que no despiertan tal unanimidad, e incluso la designación del territorio vasco a uno y otro lado del Pirineo.

Otro lote de atributos: la defensa de la religión católica, la idealización del mundo rural -de sus costumbres, viejas leyes, etc.- como depositario de la pureza de la raza, son algunos de los temas preferidos, junto a los anteriores, en la literatura fuerista del siglo. Una literatura muy afín a la que en otras latitudes también expresa el rechazo de la sociedad tradicional a las innovaciones de la modernidad.

Arana aporta de su cosecha la integración de estos atributos vascos en un molde nacionalista. Lo que incluye varias novedades. Un nombre: Euzkadi. Una idea fuerza: «Euzkadi es la patria de los vascos». Unas referencias simbólicas, entre las que destaca la *ikurriña*. Un horizonte de recobrar la soberanía originaria con la independencia. Unas fronteras de la identidad vasca: España como su enemigo exterior y lo que la corrompe por dentro -los maquetos inmigrantes y los vascos españolizados- como su enemigo interior. Pese a la acusada unilateralidad de esta interpretación de la realidad, de la que ha desaparecido el conflicto interior que a lo largo de todo el

siglo venía expresándose en la sociedad, el enunciado aranista se presenta como la única identidad válida de los vascos. En virtud de ello, las interpretaciones de otros sectores quedan desautorizadas intrínsecamente, por extrañas a lo vasco, todo queda reducido al conflicto exterior con España, y se enmascara el conflicto interior entre los grupos sociales vascos por la identidad de la sociedad.

III

El problema de la codificación aranista es que dejaba fuera a demasiada gente. El ramalazo antiespañol (ausente tanto en el mundo tradicional vasco como en sus élites liberales) excluía a aquella parte de la sociedad que compartía las mismas claves tradicionalistas (sobre todo en Alava y en Navarra). Y la suma de antiespañolismo, connotaciones racistas e integrismo religioso y tradicionalista, levantó un muro infranqueable para otra buena parte, en especial en Vizcaya y Guipúzcoa: los inmigrantes y las corrientes liberales, republicanas y socialistas. En el momento más alto de expansión nacionalista, durante la II República, esto significaba dejar fuera a los dos tercios de la sociedad en cifras aproximadas (que no valen para Navarra ni para Alava). Desde muy pronto, hubo intentos de rebajar las aristas más excluyentes de la definición. Algunos desde el interior del PNV; los más, desde fuera, intentando fundar partidos nacionalistas que replicaran en su mismo terreno a las corrientes republicanas, liberales, federalistas... Todos ellos fracasaron. Carecieron de la fuerza social necesaria para corregir una definición de la identidad vasca anclada en una base tradicional y celosamente vigilada por los guardianes de la ortodoxia. Pero ha de admitirse que sus propuestas iban encaminadas a paliar sus insuficiencias más notables. Con más moderación unos, con mayor decisión otros, estas tentativas ponían el acento en conciliar el nacionalismo y la modernidad, en una mirada más abierta hacia los inmigrantes y también hacia España y hacia lo español, en la secularización de la identidad nacional... La clave negativa de éste período está, por consiguiente, en que se estableció una dialéctica de realimentación mutua de sus respectivas insuficiencias. El hecho de que la codificación de la identidad vasca permaneciera tal cual se ha expuesto antes, pese a las evidentes y radicales fronteras que limitaban poderosamente su eficacia social, realimentó la intransigencia contraria. Así como la intransigencia nacionalista vasca se alimentó a su vez de la escasa sensibilidad de la mayoría social por las cosas de la identidad vasca. Y esa mayoría social, sintiéndose excluida por la definición de la identidad vasca, se autoexcluyó también de todo otro posible planteamiento. Tanto monta, monta tanto.

Esa dialéctica ha sido resumida por cierto historiador como el encadenamiento de un doble error: el *error Arana* y el *error Unamuno*, abusando de una personalización que quizás diluye las responsabilidades de la sociedad. Pero, más allá de tal objeción, sirve bien para ilustrar el déficit principal de cada parte. El *error Arana*, aparte lo ya dicho, consistió en ignorar y querer borrar la pluralidad real de la sociedad. Mientras que el *error Unamuno* residió en exagerar la españolidad de todo lo vasco (de lo que deducía que el País Vasco había sido y debía seguir siendo una parte de lo español) y en admitir la desvasquización de la sociedad, incluida la muerte del euskara, como un tributo de la modernidad.

IV

En los años sesenta hay una refundación de la identidad nacional vasca. Sin duda es fruto del cambio social que se da entonces, cuando muere definitivamente el mundo tradicional, el campesinado en masa se urbaniza y proletariza, llegan centenares de miles de inmigrantes, se produce un extraordinario cambio de mentalidades... También contribuye a ello la evolución del viejo nacionalismo, cuyas últimas andanzas - tras el Estatuto, la guerra y el exilio- le desvinculan del mundo tradicionalista del que no se había despegado antes. Y ambas cosas confluyen en una élite o una generación, variada en cuanto a su edad, que asume el reto de renovar la definición de la identidad vasca. La primera ETA es una parte pequeña de esa élite. Y también lo son los impulsores de ENBATA, la alternativa abertzale al otro lado del Pirineo. Una triple innovación caracteriza este replanteamiento. En primer lugar, hay una modernización de la definición. Desaparece de ella cuanto la vinculaba al mundo tradicionalista (y a menudo integrista) de Sabino Arana. La identidad se seculariza y se hace aconfesional. Al mismo tiempo se acepta, por otra parte, que se despoje del acento racial y del ruralismo.

La exaltación del euskara como el elemento nuclear de la identidad vasca, aspecto ya muy presente en la literatura del exilio, es sin duda la principal innovación de este período. Esta idea fuerza: «sin euskara no hay pueblo vasco», resume la penosa situación lingüística (el euskara recluso al ámbito familiar y con muchísimas dificultades de reproducción) así como la vivencia angustiada por su posible desaparición.

Finalmente, la nueva definición reivindica los componentes subjetivos de la identidad con un énfasis inusual hasta entonces. A tenor de esto, la nación es «la etnia concienciada» y todos los habitantes de Euskadi pueden conectar con la identidad vasca. Los nativos, descubriendo la conciencia nacional; los inmigrantes, si expresan la voluntad de integrarse en el pueblo vasco.

Este replanteamiento hace que la identidad vasca adquiera un carácter más abierto, amén de darle una intención expansiva de la que carecía hasta entonces. Pero, junto a ello, hay otra cara más problemática: la reproducción de una frontera interior de difícil digestión para gran parte de la sociedad vasca real. El código de identidad sataniza el castellano como lengua extraña e invasora. Esta lengua, y en general los elementos de la cultura española presentes en Euskadi, no se justifican más que transitoriamente y deben desaparecer con el tiempo. Al inmigrante no se le deja más que la salida de la asimilación. Por último, no es suficiente el vasquismo subjetivo; debe mostrarse además una identificación nacionalista y ser admitido por la comunidad abertzale. De manera que esta renovación, aun siendo más incluyente, persiste de hecho en un código de carácter excluyente.

A lo largo de los años setenta se pudo comprobar el triunfo de la identidad nacional vasca en el conjunto de la sociedad. En ello influyó decisivamente el peculiar clima de la última época de la dictadura, cuando la represión franquista dio un prestigio social a las reivindicaciones nacionalistas y atrajo la simpatía y la solidaridad de la mayoría de la población hacia todo lo vasco. En ese clima solidario, es cuando se impuso socialmente como la identidad válida y dejó de ser una identidad discutida y rechazada. Al menos públicamente.

Pienso sin embargo que es discutible la profundidad de dicho triunfo, acaso más aparatoso que real o sólo real en parte y no en la más sustanciosa tal vez.

Lo real es que se produjo una socialización generalizada de algunos elementos de la identidad nacional, curiosamente los más políticos, hasta entonces identificados solamente con las gentes adscritas al nacionalismo vasco: una actitud abierta y respetuosa hacia el euskara y la aceptación de la nacionalidad vasca. Esto último, entendido en sentido amplio, incluye una identificación con la tierra, sus gentes y con determinadas prácticas culturales y festivas, además de la aceptación de sus referencias simbólicas y de su voluntad de autogobierno.

No creo que triunfaron, en cambio, los elementos más íntimos de la identidad nacional vasca que marcan su frontera interior: el código emocional y de conducta que debe sentir toda persona vasca normalizada. A este respecto creo que no se dieron cambios significativos y la gente afectada siguió sintiendo y actuando según su propio código. Sea a través de los primeros procesos electorales (secretos) o bien en esferas de lo privado sobre todo y a veces de forma pública, lo cierto es que una buena parte de la sociedad postfranquista transgrede o se distancia de un código de identidad que le excluye.

V

Hoy día, tras quince años de normalización democrática, es pertinente interrogarse sobre la evolución de las cosas. ¿Se ha modificado algo la definición de la identidad nacional? ¿Cual es la actitud de la sociedad ante las exigencias de dicho código?

Tal vez lo más relevante es que se ha roto la unanimidad de la sociedad abertzale depositaria y controladora del código de identidad. La novedad no es tanto la diversidad nacionalista en los asuntos políticos, siempre la ha habido, sino en que ahora ha subido de graduación y trasciende a aspectos básicos del código de identidad establecido. Ello provoca una confusión de la propia comunidad abertzale, que percibe mensajes contradictorios a menudo, además de diversos.

Parece que se mantiene el requisito del vasquismo subjetivo. Pero hay quienes lo descartan ya expresamente; unos, proponiendo otra fórmula distinta: es vasco toda persona que vive y trabaja en Euskadi, esto es, la población real y estable del País Vasco; mientras que para otros lo decisivo es lo que acaba por enraizar a las gentes, el tiempo de residencia, y en último término el hecho del nacimiento.

En lo relativo al castellano o a la presencia de lo español (lazos de cultura, historia...) los mensajes son contrapuestos. Junto a la utilización de lo español como un epíteto insultante, es frecuente que personas relevantes del mundo de la cultura euskaldún y del nacionalismo moderado expresen ideas y actitudes bastante más comedidas.

La democracia y sus reglas, por mencionar otro aspecto, ha desmontado el requisito de la identificación nacionalista. En la sociedad actual este imperativo de la identidad es insostenible, como viene reconociendo el PNV a través de Xabier Arzallus desde hace unos años.

Es difícil de medir cual es el resultado de todo esto. En cualquier caso sospecho que está resquebrajándose la frontera interior. Con excepción del euskara, y aún en este

caso de manera relativa como luego indicaré, todo lo demás no goza ni de la claridad ni de la contundencia de antaño. Además, ha disminuído la tensión y el interés en la defensa de la frontera interior. La distinción del buen o mal vasco según los atributos codificados de la vasquidad ya no tiene el peso de otros momentos. Y es difícil que lo vuelva a tener en las circunstancias actuales: sin el temor a que afluayan de nuevo masas de inmigrantes, porque la economía no lo permite, y con una hegemonía política y social nacionalista.

Si se observa, por otra parte, la evolución de las actitudes de la población, es decir, cómo percibe el código de identidad y cuáles son sus reacciones en la actualidad, sobresale por encima de todo la persistencia del conflicto de identidad. Una parte de la población se resiste a admitir los elementos centrales de la identidad nacional válida definida por el mundo abertzale.

El conflicto atañe, primero, al sentimiento de pertenencia. Las encuestas reflejan, excepto en Navarra, una vasquización generalizada de la población, con una tendencia aún más acusada en la juventud, como anunciaban los sociólogos hace una década; confirman asimismo que el sentimiento exclusivo de español es muy inferior al número de los no nativos, va en retroceso y ya es meramente residual. Pero junto a ello muestran una zona central estabilizada (quienes se sienten tan vascos como españoles) que no disminuye significativamente en la juventud y ronda entre el 25% y el 30%. Ese porcentaje, al que habría que sumar otros dos *ítem* que tampoco rechazan algún componente de españolidad (quienes se sienten más vascos que españoles y viceversa), sigue señalando el límite de un código de identidad que exige la exclusividad del sentimiento vasco.

En segundo lugar afecta a la definición de la vasquidad, esto es, a las condiciones exigidas para considerarse vasco. Hay una notable disparidad de opiniones así como un deslizamiento de valores. Las encuestas manifiestan una tendencia a primar los elementos subjetivos de autoadscripción (sobre todo la voluntad de ser o de pertenencia, que aparece insistentemente en primer lugar), seguidos de los más neutros (como el nacimiento o el vivir y trabajar), mientras que los valores étnicos primordiales en el código de identidad (como la lengua) quedan detrás.

Algunos sociólogos deducen de estos datos un predominio de los valores más inclusivos o conciliadores y de un menor grado de definición. No obstante, hay una cierta escisión social en la interpretación de la vasquidad. Mientras que esa tendencia es clara en las respuestas de los no nativos o de los nativos hijos de inmigrantes, en las gentes más vinculadas al euskara y a la cultura euskaldún la vasquidad se define sobre todo por la lengua (saber y hablar euskara), así como por la identificación política nacionalista.

En cuanto al euskara, todos los datos indican la existencia de un amplio consenso social en su favor actualmente. El conjunto de la sociedad (salvo en Navarra donde las cosas resultan ser más controvertidas y requieren más matices) admite el punto de vista institucional que proclama su oficialidad junto al castellano y se propone alcanzar el bilingüismo. Al mismo tiempo, una mayoría sigue resistiéndose a revalidar la exclusividad del euskara y la consideración negativa del castellano.

VI. Epílogo. ¿Es posible una mínima armonía?

Durante los últimos cien años hemos asistido a un conflicto, a veces sordo a veces virulento, por la identidad de la sociedad vasca. Este conflicto comenzó cuando una parte de ella, impelida por el cambio social, la codificó a la manera de un deber ser colectivo al servicio de la pretensión de hacer una sociedad distinta a la que se estaba imponiendo.

Hay que admitir que, en parte, ha conseguido su propósito y en parte ha fracasado. De un lado, es impensable la sociedad actual sin la presión y la eficacia social de la identidad vasca. De otro, también se ha puesto de relieve el extremo contrario, esto es, que gracias a la presión de la sociedad se ha forzado un cambio importante en su definición durante los años sesenta.

La pregunta, ¿quién hace a quién?, tiene pues una respuesta clara. A lo largo del siglo, ambas cosas: identidad y sociedad se han modificado mutuamente. La sociedad ha cambiado mucho, si bien no ha ido en el sentido unidireccional que se pretendía desde los supuestos de la única identidad válida. En cuanto a ésta, también ha variado bastante, aunque no tanto como para dejar de tener el toque excluyente que percibe en ella una parte de la sociedad. Los términos principales del conflicto también están claros, según creo. Por resumirlo en una idea, lo fundamental reside en que sigue persistiendo una incomunicación y una lucha soterrada en lo relativo a la identidad. Lamentablemente sigue bloqueada en la repetición rutinizada y en la realimentación sin fin de ese doble y viejo error que alguien ha personificado en Unamuno y en Arana.

Desde un lado se insiste en la pluralidad y diversidad de la sociedad vasca. No se puede construir una identidad vasca, dicen, que no reconozca ese hecho, lo que parece muy razonable. El no reconocimiento de la pluralidad vasca, como un dato constitutivo de su realidad, es el escollo en el que se ha estrellado siempre la identidad nacional vasca. De ahí se derivan inevitablemente sus puntos más débiles: una definición de la realidad que borra de un plumazo todo rastro de diversidad actual o del pasado sea mediante la amnesia histórica o bien calificándola de extraña a lo vasco; la imposibilidad de concebir una Euskadi heterogénea; la hostilidad hacia el castellano, pese a ser la lengua materna de la mayoría; el prejuicio antiespañol... Hoy día, a mi juicio, este sigue siendo su déficit principal.

Desde el otro lado se insiste en la marcha inexorable, desde hace un siglo, de un proceso de sustitución lingüística en favor del castellano y en perjuicio del euskara. Y en que sigue dándose una amenaza real de desvasquización. Y en que eso tiene difícil remedio mientras Euskadi forme parte de España. Y que no puede haber dos lenguas en el mismo territorio sin que una de ellas esté subordinada a la otra. Y que la pluralidad es el pretexto en el que se escudan, en el fondo, quienes han aceptado previamente que el euskara y la cultura euskaldún no pueden tener más que un desarrollo muy limitado...

¿Se superará esa incomunicación? ¿Se romperá la tendencia a la realimentación continua del conflicto? ¿Será posible llegar a construir una identidad vasca en la que se reconozca el conjunto de la población?

A tenor de lo que se ve hoy día no caben unas expectativas optimistas, al menos a corto o medio plazo. La mucha estrechez de miras, un miedo exagerado al nacionalis-

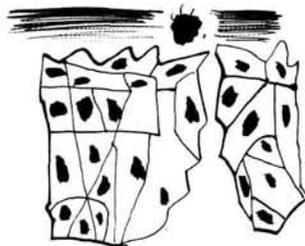
mo vasco, la situación cómoda de los castellanoparlantes, la fácil tentación de atizar fantasmas para mantener una clientela electoral o un cierto poder sobre las conciencias de muchas gentes... alimentan la inercia de un lado. Mientras que en el otro, el recurso al *abertzalómetro* no deja de tener sus grandes ventajas para mantener la hegemonía del poder político y una autoridad social; de manera que también de este lado hay motivos de sobra para la inercia.

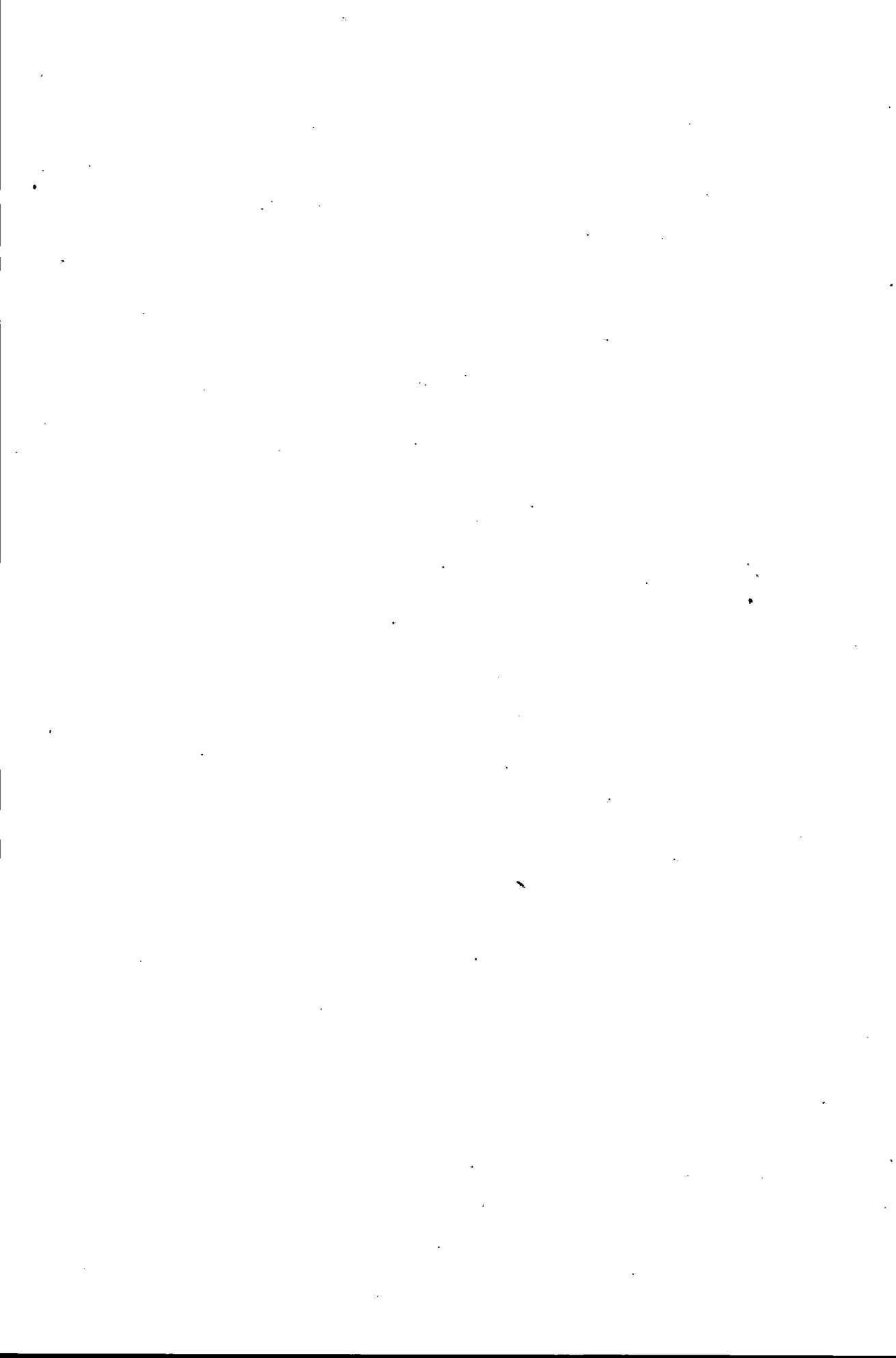
En cualquier caso, la batalla por la identidad del pueblo vasco seguirá librándose en el terreno más conflictivo a lo largo de este siglo: la actitud de las élites y de la sociedad hacia sus dos componentes esenciales: el euskara y la pluralidad.

En cuanto al euskara, es menester proponerse y conseguir un consenso más concreto y más generoso que el que ya existe hoy día, lo que está al alcance de las actuales generaciones. Dicho consenso no puede quedarse en un mero acuerdo político sino que ha de contar con el apoyo expreso de la sociedad. Debe significar un pacto social, hecho y derecho, que garantice la estabilidad de una actuación a largo plazo, con el doble objetivo de favorecer su normalización social y de que pueda ser un patrimonio real de toda la población escolarizada. Se ha de buscar también, de paso, la manera de afrontar su precaria situación en las áreas de Euskalherria donde no goza aún de la oficialidad: Iparralde y Navarra.

Respecto a la pluralidad, basta con reconocerla mediante gestos que despejen toda ambigüedad. Admitir que somos un pueblo variopinto, mestizo como casi todos, plural en casi todo. Asumir que la pluralidad se muestra en muy distintas formas de sentir lo vasco, incluidas las que no conectan con las claves de nuestro nacionalismo y se sienten vasco españoles y hasta más españoles que vascos. Reconocer la legitimidad de todas ellas.

Sospecho que estas dos metas son una condición indispensable para la convivencia social en una única comunidad nacional vasca. Y tanto más si se quiere ganar una lealtad básica hacia dicha comunidad de quienes se sienten diferentes en ella.





Trabajadores y patrias: una lectura del *Manifiesto Comunista*

Roman Rosdolsky

El pasaje del que voy a ocuparme es aquél en el que los autores del Manifiesto analizan la relación del proletariado con la *patria*. Este es:

«Se acusa también a los comunistas de querer abolir la patria, la nacionalidad.

Los obreros no tienen patria. No se les puede arrebatar lo que no poseen. Mas, por cuanto el proletariado debe en primer lugar conquistar el poder político, elevarse a la condición de clase nacional, constituirse en nación, todavía es nacional, aunque de ninguna manera en sentido burgués.

El aislamiento nacional y los antagonismos entre los pueblos desaparecen de día en día con el desarrollo de la burguesía, la libertad de comercio y el mercado mundial, con la uniformidad de la producción industrial y las condiciones de existencia que le corresponden.

El dominio del proletariado los hará desaparecer más de prisa todavía. La acción común, al menos de los países civilizados, es una de las primeras condiciones de su emancipación.

En la misma medida en que sea abolida la explotación de un individuo por otro, será abolida la explotación de una nación por otra.

Al mismo tiempo que el antagonismo de las clases en el interior de las naciones, desaparecerá la hostilidad de las naciones entre sí» /1.

Y unas páginas antes se dice:

«Por su forma, aunque no por su contenido, la lucha del proletariado contra la burguesía es primeramente una lucha nacional. Es natural que el proletariado de cada país deba acabar en primer lugar con su propia burguesía» /2.

Interpretaciones polémicas

Estas frases han sido citadas innumerables veces en la literatura socialista, casi siempre para fundar sobre ellas la actitud negativa del movimiento obrero frente al patriotismo y el chovinismo burgués. Pero también se ha buscado a veces debilitar el vigoroso lenguaje de estas frases y atribuirles un sentido nacionalista opuesto.

El teórico socialdemócrata alemán conocido por H. Cunow nos servirá aquí de ejemplo. En su libro *La teoría de Marx de la historia, de la sociedad y del Estado*, trata también, entre otros, de los pasajes antes mencionados. Según él, Marx y Engels querían, teniendo en cuenta sus desarrollos, decir simplemente:

«Hoy en día (1848), el obrero no tiene patria, no tiene parte propia en la vida de la nación, está aún excluido de sus bienes materiales y espirituales. Pero la clase obrera

1/ Marx, C. y Engels F.: *Obras Escogidas (I)*, Moscú, Editorial Progreso, 1973, 127.

2/ *op. cit.*, 121

adquirirá algún día el poder político y ocupará una posición dominante en el Estado y en la nación, y será entonces, cuando en cierta medida (!) *se haya constituido ella misma en tanto que nación*, que *será también nacional* y se sentirá nacional, por más que su nacionalismo sea de una naturaleza distinta que el de la burguesía» /3.

Esta interpretación de Cunow se funda en una pequeña palabra, realmente pequeñísima: «todavía», («Mas, por cuanto el proletariado debe...constituirse en nación, *todavía* es nacional...»), que, de hecho, implica todo un mundo y diferencia al internacionalismo proletario del nacionalismo burgués.

La interpretación de Cunow ha hecho escuela en el campo reformista; pero, tras la II Guerra Mundial, se ha abierto también un espacio en los círculos *comunistas*. Así, en la “introducción” a la edición del Manifiesto aparecida en 1946, de ediciones Stern-Verlag de Viena, leemos:

«Cuando Marx dice en el *Manifiesto Comunista*: Mas, por cuanto el proletariado debe en primer lugar conquistar el poder político, elevarse a la condición de clase nacional, constituirse en nación, todavía es nacional, nos encontramos precisamente hoy en día en la época en que la clase obrera se presenta nacionalmente como la columna vertebral de la nación en la lucha contra el fascismo y por la democracia. La clase obrera de Austria lucha en la actualidad junto a todo el pueblo trabajador para conquistar su patria austriaca mediante la creación de una Austria independiente, libre y democrática» /4.

Es evidente que esta interpretación es a todos los efectos la misma que la de Cunow, aunque exagerándola.

En total oposición a estas tentativas de interpretación nacionalistas, encontramos la explicación de las frases mencionadas del Manifiesto en el ensayo de Lenin, *Karl Marx*:

«Las naciones son el producto inevitable y la forma inevitable de la época burguesa de desarrollo de la sociedad. La clase obrera no podría reforzarse, entrar en la edad adulta sin constituirse en nación, sin ser nacional (aunque en absoluto en el sentido burgués de la palabra). Pero el desarrollo del capitalismo destruye cada vez más los límites nacionales, aniquila el aislamiento nacional y reemplaza los antagonismos nacionales por las contradicciones de clase. En los países imperialistas desarrollados, es, por consiguiente, absolutamente cierto que los obreros no tienen patria y que la acción común del proletariado, al menos en los países civilizados, es una de las primeras condiciones de su emancipación.»

Esta interpretación de Lenin, aún estando por su contenido totalmente dentro del espíritu del marxismo, no es tampoco satisfactoria. Nos referimos a lo siguiente: mientras que en el Manifiesto el proletariado es, incluso antes de la conquista del

3/ Cunow no fue verdaderamente el primero que interpretó el Manifiesto en este sentido. Al igual que otras muchas innovaciones reformistas, ésta se remonta al padre del reformismo, Eduard Bernstein. En su artículo “La socialdemocracia alemana y los problemas de Turquía” [*Die Neue Zeit*, 4, (1896-97), 111], podemos leer: «La frase según la cual el proletario no tiene patria se modifica a partir del momento y en la medida en que éste tiene, como ciudadano con todos sus derechos, el derecho de participar en el Gobierno y en la legislación de su país y de poder modificar las estructuras de éste según sus deseos.»

4/ Que la clase obrera de Austria, a quien la llamada patria austriaca fue impuesta por la victoria de los aliados, pueda en alguna medida luchar por la realización del socialismo, no cabe en el espíritu del autor de la “introducción”.

poder estatal, «todavía nacional», el “ser nacional” de la clase obrera en Lenin se aplica *solamente a los comienzos* del movimiento obrero, antes de que la clase obrera entre en su «edad adulta». Según Lenin, es sólo en el capitalismo desarrollado cuando los obreros “no tendrían patria”.

Quedémonos aquí en lo que se refiere a las interpretaciones que hasta hoy se han hecho de las frases mencionadas del Manifiesto. Quizás pueda no parecer sorprendente que se haya buscado basar el significado de esas frases en las interpretaciones de éstas. Sin embargo, mucho más sorprendente es el hecho de que se hayan convertido con el tiempo en una especie de artículo de fe, del que se desprenden consignas programáticas de envergadura sin que, en la mayoría de los casos, se haya prestado demasiada atención al verdadero sentido de estas frases. Ello es cierto especialmente en el caso de la frase según la cual los obreros no tendrían patria. Cuanto más fácil parecía repetirla con perseverancia, más difícil era explicar esta frase aparentemente simple y ponerla al unísono con la *praxis* de los partidos socialistas (y más tarde también de los partidos comunistas). Esta *praxis* parecía desmentir cada vez con más frecuencia a los autores del Manifiesto.

¿Cuál es, pues, el sentido real de las declaraciones del Manifiesto en cuestión? ¿Por qué la clase obrera no «tiene patria» y por qué, a pesar de ello, continuará siendo provisionalmente «todavía nacional» tras su conquista del poder? Para responder a estas preguntas, es necesario antes, en nuestra opinión, someter a examen la terminología del Manifiesto.

Nación y nacionalidad

Sabemos que los términos “nación” y “nacionalidad” no son empleados siempre y en todas partes en el mismo sentido. Mientras que, por ejemplo, en Inglaterra y en Francia se entiende normalmente por “nación” la población de un Estado y por “nacionalidad” se entiende, bien el sinónimo de pertenencia a un Estado, bien la designación de una comunidad étnico-lingüística (“pueblo”), en alemán *los dos términos* se aplican a comunidades étnico-lingüísticas **5**.

Especialmente en sus escritos de juventud, Marx y Engels siguieron casi siempre los usos habituales en las lenguas inglesa y francesa. Por el término “nación” se designa en ellas más a menudo la población de un Estado, es decir una comunidad que posee su propio Estado **6**. (Excepcionalmente, este término se aplica por parte

5/ «La noción de nación», escribe Kautsky en *La concepción materialista de la historia*, «es igualmente difícil de delimitar. La dificultad no disminuye por el hecho de que se designe con la misma palabra a dos estructuras sociales y que una misma estructura sea nombrada con dos palabras diferentes. En Europa occidental, con su vieja cultura capitalista, la población de cada Estado se siente sólidamente ligada a él. En este caso se designa por nación la población de un Estado. En este sentido se habla, por ejemplo, de una nación belga. Cuanto más nos dirigimos al Este de Europa, más numerosas son las partes de la población de un Estado que no quieren pertenecerle y que constituyen en él comunidades nacionales. Se les llama tanto naciones como nacionalidades. Sería mucho más apropiado aplicar a estas comunidades la última denominación

6/ Un significado que correspondería más o menos a la definición de Fr. Naumann: en el sentido político «La nación caracteriza al conjunto de los ciudadanos de un Estado... es decir, de un Estado civilizado cuyo núcleo de población constituye una nación (en el sentido propio y original de la palabra) o... que aparece como capaz de crear una nación

de ellos a los pueblos "históricos", como por ejemplo Polonia, cuyo Estado fue derribado). Por el contrario, la "nacionalidad" significa para ellos: a. La pertenencia a un Estado o a un pueblo-Estado (*Staatsvolk*) **17**; b. La *comunidad étnico-lingüística*, la pertenencia a dicha comunidad. Por eso ellos emplean casi exclusivamente este término cuando se trata de pueblos "sin historia", como los eslavos de Austria (checos, croatas, ucranianos, etc.) o de "fragmentos de pueblo" (como los celtas, los bretones, los vascos). Precisamente, esta concepción de la "nacionalidad", en oposición a la "nación" como designación de un pueblo-Estado "histórico", es particularmente característica de la terminología de Marx y Engels. He aquí algunos ejemplos:

«Los celtas de los Highlands y de la Galia», escribía Engels en 1866 en la publicación *The Commonwealth*, «se diferencian sin ninguna duda de los ingleses por la nacionalidad, pero eso no ha llevado a nadie a designar como naciones a estos restos de pueblos desaparecidos hace mucho tiempo, ni siquiera a los habitantes célticos de la Bretaña francesa.»

Respecto a los eslavos de Austria, dice en su artículo "Alemania y el paneslavismo" (1855): «Los eslavos de Austria se dividen en dos categorías. Una parte de ellos está compuesta por fragmentos de *nacionalidades* cuya propia historia pertenece al pasado y cuyo desarrollo histórico actual está ligado al de *naciones* de razas y de lenguas diferentes... Por consiguiente, estas *nacionalidades*, si bien viven exclusivamente en territorio austriaco, no están de ninguna manera constituidas en *naciones* diferentes.»

Y otro pasaje más:

«Ni Bohemia ni Croacia serían lo bastante fuertes para existir como naciones independientes. Sus nacionalidades, minadas poco a poco por la acción de las causas históricas, gracias a las cuales han resultado fatalmente absorbidas por poblaciones más enérgicas, no podían esperar recobrar una cierta independencia más que mediante la alianza con otras naciones eslavas» **18**.

Así pues, puede verificarse en la mencionada frase de *The Commonwealth*, base de la *diferencia y la oposición entre "cuestión nacional" y "cuestión de nacionalidades"*, y "*principio nacional" y "principio de nacionalidades"*, el gran peso que Engels atribuía a la delimitación terminológica de las nociones de "nación" y "nacionalidad". El primer principio es el único que él afirma, mientras que, por el contrario, es resueltamente opuesto al segundo.

En el *Manifiesto Comunista* se encuentran también otros ejemplos del uso del vocabulario expuesto aquí por nosotros. Por ejemplo, cuando el Manifiesto habla de «industrias nacionales» **19**, bajo cuyos pies el desarrollo del capitalismo siega la hierba, es claro que se trata de industrias limitadas al territorio de un Estado determinado.

en sentido propio.» *Volk und Nation*, (1888).

7/ En 1843, Marx escribe: «Mientras que en Inglaterra y en Francia el problema es: economía política o predominio de la sociedad sobre la riqueza, en Alemania es: economía nacional o predominio de la propiedad privada sobre la nacionalidad». Por "nacionalidad" no se entiende aquí, ciertamente, una estructura étnico-lingüística. Comparar con el Discurso sobre Polonia del 28 de febrero de 1848, de Marx: «Las tres potencias (es decir Prusia, Austria y Rusia) han ido con la historia. En 1846, al incorporar Cracovia a Austria, confiscaron los últimos pedazos de la nacionalidad polaca...». También aquí, como en muchos otros contextos en Marx y en Engels "nacionalidad" no significa otra cosa que ciudadanía.

8/ Engels, F: *Revolución y contrarrevolución en Alemania*. [El autor de este artículo se ha referido a estos temas en su libro *El problema de los pueblos "sin historia"*, Barcelona, Editorial Fontamara, 1981. Nota del traductor].

Naturalmente, hay que comprender en el mismo sentido las «fábricas nacionales» mencionadas al final de la segunda parte. Igualmente, en la frase: «Las provincias independientes, ligadas entre sí casi únicamente por lazos federales, con intereses, leyes, gobiernos y tarifas aduaneras diferentes han sido consolidadas en una sola nación, bajo un solo Gobierno, una sola ley, un solo interés nacional de clase y una sola línea aduanera» /10, la palabra “nación” (así como la palabra “nacional”) se refiere al Estado, al pueblo-Estado y no a la nacionalidad en el sentido étnico-lingüístico. En fin, cuando Marx y Engels hablan en el Manifiesto de una lucha “nacional” del proletariado, significa algo muy distinto de lo que piensan los comentaristas reformistas y neo-reformistas del Manifiesto. Es ya posible comprobar esto en el siguiente pasaje, que describe el devenir de la lucha de clase proletaria:

«Al principio, la lucha es entablada por obreros aislados, después por los obreros de una misma fábrica, más tarde, por los obreros del mismo oficio de la localidad contra el burgués individual que los explota directamente... Y basta ese contacto para que las numerosas luchas locales, que en todas partes revisten el mismo carácter, se centralicen en una lucha *nacional*, en una lucha de clases» /11.

Una interpretación política

Aquí, la lucha “nacional” del proletariado (es decir, llevada a cabo a escala de todo el Estado) se identifica directamente con la lucha de clases porque sólo una centralización tal de las luchas de los obreros a escala de Estado permite oponer los obreros como *clase a la clase* burguesa e imprimir a sus luchas el sello de luchas políticas /12. Volviendo al pasaje citado al comienzo de este artículo, al caracterizar la lucha del proletariado contra la burguesía como una lucha «en primer lugar nacional», Marx y Engels tienen en perspectiva, de forma manifiesta, una lucha llevada a cabo en primer lugar en el marco de un Estado. Esto resulta claramente de la motivación de la frase según la cual «el proletariado de cada país deba acabar, en primer lugar, con su propia burguesía». Pero, desde este punto de vista, la frase «elevarse a la condición de clase nacional», «constituirse en nación», adquiere igualmente un significado completamente definido /13. De hecho, no dice más que el proletariado debe actuar, en primer lugar, dentro de las fronteras existentes del Estado, erigirse en clase dirigente *en el interior de los Estados existentes*. Por ello será «todavía nacional», provisionalmente, «aunque de ninguna manera en el sentido burgués», puesto que la burguesía consigue sus objetivos mediante las separaciones políticas entre los pueblos y mediante la explotación de las naciones extranjeras por parte de su propia nación. En oposición a esto, la clase obrera victoriosa actuará desde el principio buscando eliminar las separaciones nacionales y las oposiciones entre los pueblos y creará mediante su

9/ Marx, C. y Engels, F, *op. cit.*, 114.

10/ *op. cit.*, 115.

11/ *op. cit.*, 118-119.

12/ Así se dice en *La Ideología Alemana*: «La burguesía, por ser una clase y no un orden, se ve obligada a organizarse nacionalmente y no localmente, y a dar una forma general a sus intereses medios.»

13/ En la traducción inglesa de 1988 del Manifiesto, revisada por Engels, «clase nacional» es traducido por «*leading class of the nation*» (clase dirigente de la nación).

dominación las premisas para que desaparezcan, al mismo tiempo que «el antagonismo de las clases en el interior de la nación», «la hostilidad de las naciones entre sí». Desde este punto de vista, y sólo desde este punto de vista, puede tomarse en consideración, «la abolición» o de «la aniquilación» de la nacionalidad, en la medida en que debe comprenderse por tal, no la eliminación de la forma lingüístico-étnica existente (¡lo que sería absolutamente insensato!), sino de las separaciones *políticas* entre los pueblos /14. En una sociedad en la que, según los términos del Manifiesto, «el poder público perderá su carácter político» /15, en la que *el Estado en tanto que tal «desaparecerá»*, no puede en ningún caso haber lugar para *Estados nacionales* distintos.

Pensamos que el examen de la terminología del Manifiesto ha demostrado ser fructífero. Nos muestra que las frases que estaban en cuestión se referían, ante todo, a la “nación” y a la “nacionalidad” en el sentido *político* y, por ello, no podían ajustarse bien a las interpretaciones presentadas hasta ahora. Esto tiene que ver especialmente con la interpretación absolutamente arbitraria y sofisticada de Cunow, que quiere deducir precisamente del Manifiesto un “nacionalismo proletario” específico y reducir la naturaleza internacional del movimiento obrero a una aspiración hacia la cooperación internacional de los pueblos /16. Pero tampoco se puede deducir del Ma-

14/ En este sentido, Engels escribe en 1846: «Sólo los proletarios pueden suprimir la nacionalidad, sólo el proletariado, al levantarse, puede hacer fraternizar a las diferentes naciones.» Igualmente, en *La Ideología Alemana*, el proletariado es caracterizado como una clase que «es ya la expresión de la disolución de todas las clases, las nacionalidades, etc., en el seno de la sociedad actual», en la cual «la nacionalidad está ya aniquilada».

15/ Marx, C. y Engels, F., *op. cit.*, 129.

16/ Como ejemplo de colmo de la deformación del Manifiesto por Cunow, gustosamente se puede indicar el siguiente pasaje de su libro: «Interpretar la consigna proletarios del mundo, uníos (para realizar la emancipación) como si Marx hubiera querido decir con ello que el obrero se sitúa fuera de la comunidad nacional, es tan arbitrario como lo sería deducir de un llamamiento del tipo: periodistas, médicos, filósofos, etc., uníos en asociaciones internacionales para la realización de vuestras tareas”, que los afiliados de estas asociaciones profesionales no deberían sentirse ligados a su nacionalidad.» (*op. cit.*)

En el punto 5 de la *Crítica del Programa de Gotha*, se dice:

«La clase obrera trabaja por su liberación ante todo en el marco del Estado nacional actual, sabiendo bien que la necesaria consecuencia de su esfuerzo, que es común a los obreros de todos los países civilizados, será la fraternidad internacional de los pueblos.»

Sobre esto, Marx escribió:

«Contrariamente al *Manifiesto Comunista* y a todo el socialismo anterior, Lassalle había concebido al movimiento obrero desde el punto de vista más estrechamente nacional. ¡Se sigue en este terreno, y ello después de la acción de la Internacional!»

Es absolutamente claro que, para poder luchar de forma general, la clase obrera debe organizarse en tanto que clase y que el interior del país es el escenario inmediato de su lucha. En eso es en lo que su lucha de clase es nacional, no en cuanto a su contenido, sino en cuanto a su forma, como se dice en el *Manifiesto Comunista*. Pero el marco del Estado nacional actual, es decir del Imperio alemán, está a su vez incluido económicamente en el marco del mercado mundial, políticamente en el marco del sistema de Estados. Hasta el último comerciante sabe que el comercio alemán es al mismo tiempo comercio exterior y la grandeza del Sr. Bismarck reside precisamente en un determinado tipo de política internacional.

¿Y a qué reduce su internacionalismo el partido obrero alemán? A la conciencia de que el resultado de su esfuerzo será la fraternidad internacional de los pueblos, frase copiada de la burguesa Liga de la Libertad y de la Paz, y a la que se ha hecho pasar por un equivalente de la fraternidad internacional de clases obreras contra las clases dominantes y sus gobiernos. ¡Ni una palabra de las funciones internacionales de la clase obrera alemana!»

nifiesto que haya un “nihilismo” del proletariado frente a la cuestión nacional, ni lanzar a los cuatro vientos su *indiferencia* hacia los movimientos nacionales: la “inexistencia de la patria” de la que habla se refiere al Estado nacional burgués, *pero no al pueblo*, a la nacionalidad en el sentido étnico. Los obreros “no tienen patria” porque deben considerar al Estado nacional burgués como una máquina de opresión dirigida contra ellos /17; tampoco “tendrán patria” (en el sentido político) después de la toma del poder en la medida en que, según Marx, los Estados nacionales socialistas diferenciados no representarán más que una *etapa transitoria* en el camino a la sociedad del futuro, sin clases y sin Estado, y que la construcción de esta sociedad no es posible más que *a escala internacional*. La interpretación “indiferente” del Manifiesto, tal como usualmente se presentaba en los círculos marxistas “ortodoxos” /18, tampoco está en absoluto justificada. Si, a pesar de ello, esta interpretación, *grosso modo*, ha aportado pocos prejuicios al movimiento socialista, e incluso lo ha hecho avanzar, se debe a que reflejaba –aunque fuera *de una manera desfigurada*– la tendencia *cosmopolita* /19 inherente al movimiento obrero revolucionario, su aspiración a sobrepasar la “limitación nacional” y las “separaciones nacionales y las oposiciones de los pueblos”. En *este* sentido, está incomparablemente más cerca del espíritu del Manifiesto y del marxismo que la interpretación nacionalista surgida de Bernstein, Cunow y otros.

(La fecha aproximada de redacción de este texto es entre finales de 1947 y comienzos de 1948).

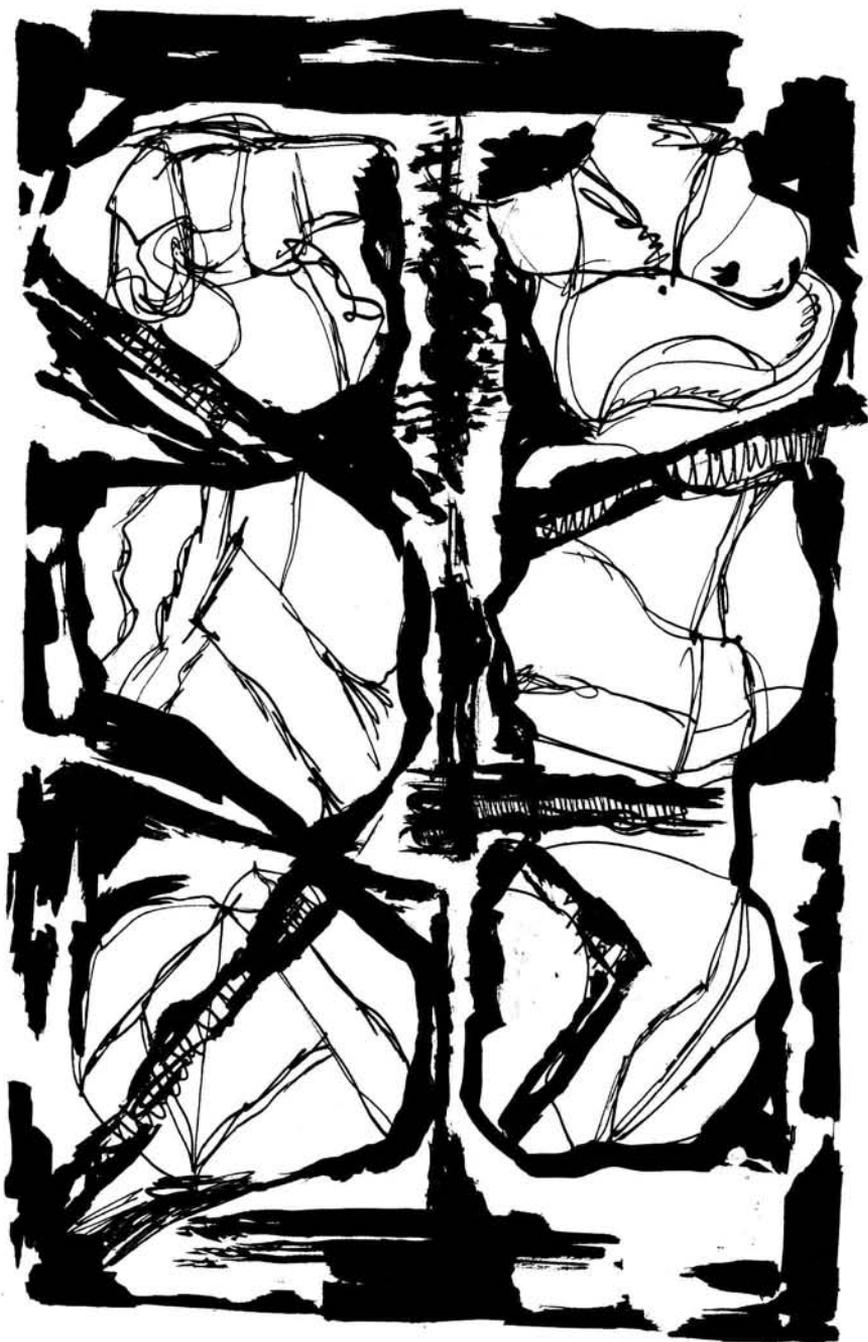
Quatrième Internationale/ julio de 1980 /París

Traducción: Antonio Flórez

17/ En uno de sus cuadernos de notas, Marx reprodujo este pasaje de Brissot de Warville: «Hay una observación que hacen en primer lugar quienes quieren establecer programas de educación para el pueblo, a saber que nada bueno puede ocurrir mientras las tres cuartas partes del pueblo esté desprovisto de propiedad, ya que sin propiedad no hay patria, y sin patria todo está contra él, y que, por su parte, él debe armarse contra todos... Como esta situación es el *lujo* de las tres cuartas partes de la sociedad burguesa, hay que deducir que estas tres cuartas partes no pueden tener ni religión, ni moral, ni devoción al gobierno...»

18/ Escribe Lenin, «Cuando se utiliza esta expresión (marxismo ortodoxo), no se debe olvidar que ha sido forjada por sus adversarios en la polémica y que los ortodoxos no rechazan... la crítica en tanto que tal, sino solamente la crítica de los eclécticos.»

19/ Sin embargo, desde Stalin el cosmopolitismo pasa por ser el peor de los vicios burgueses. No obstante, un tal Engels no se privó de hablar de «los intereses cosmopolitas comunes del proletariado» (en la carta a Sorge, de los días 12–17 de septiembre de 1874). La sociedad de Engels nos resulta mucho más querida que la de Stalin y sus sucesores.



Sobre redes, movimientos y cultura alternativas

Jaime Pastor

Se ha convertido en lugar común afirmar que hemos entrado en una nueva era de la historia dentro de la cual no cabrían ya nuevas alternativas al capitalismo. Se habría impuesto así (¿definitivamente?) un único sistema basado en el dominio del modelo "occidental" sobre todo el mundo. Pero quienes sostienen esto, al menos los mínimamente honestos dentro del ámbito intelectual, no dejan de reconocer los graves problemas con que tropieza en su propio centro esa civilización que canta victoria. Por eso sería un grave error que la gente de izquierda se dedicara únicamente a hacer el, sin duda necesario, ajuste de cuentas con su pasado, olvidando que su reconstrucción como fuerza social pasa también por encarar la turbulenta realidad que tiene por delante.

Pasiones, razones, intereses

Porque pocos son los que, sobre todo después de la explosión de Los Angeles, se atreverían a declarar ahora el triunfo de lo que ya es la "pesadilla americana"; o los que reivindicarían los éxitos de la prosperidad consumista y benefactora frente a unas sociedades más duales, centrifugas y fragmentadas en el Norte; o los que, ante las nuevas olas inmigratorias, contemplan indiferentes la profundización de la brecha con muchos pueblos del sur; o, en fin, los que no sean sensibles ante la "catástrofe latente" que está generando, en palabras de Barry Commoner, la guerra de la tecnosfera contra la ecosfera.

A todo esto habría que añadir la crisis de la política y de la fabricación del consenso mediante los sistemas de representación tradicionales, y en particular, de los grandes partidos profesionales-electorales. Porque la difícil gobernabilidad de nuestros países se sostiene cada vez más en una administración tecnocrática de la política, con el aumento paralelo de la corrupción de unos por un lado y del abstencionismo y el cinismo ciudadano por otro; mientras tanto, los medios de comunicación se dedican a fomentar las "ilusiones necesarias" para, como denuncia Chomsky, controlar el pensamiento y garantizar que el presente funcione.

En realidad, con la desestructuración de la sociedad, la "representación" de los electores se hace prácticamente imposible durante un periodo mínimamente largo, teniendo en cuenta además el ritmo de los acontecimientos y la exigencia de toma de decisiones cotidianas que caracteriza a nuestro mundo. El hecho, por ejemplo, de que muchos de esos sucesos o decisiones afecten de manera distinta al heterogéneo electorado que haya votado recientemente al partido gobernante o que, simplemente, lo haya acatado como legítimo provoca constantes divisiones de opiniones, reveladoras de esa crisis de representatividad. Por eso la desconfianza en las instituciones termina

conduciendo a buscar credibilidad únicamente en los líderes, sentando así las bases de democracias plebiscitarias en su más clásico sentido weberiano o, más claramente, de autoritarismos populistas.

En esas condiciones la crisis de la sociedad del “bien-estar” y la pérdida de centralidad social y política del movimiento obrero y la izquierda han dejado un vacío que, como ya se ha podido comprobar, está siendo ocupado ampliamente por diferentes tipos de nacionalismos, por viejos racismos y nuevas heterofobias. Ni siquiera los “nuevos” movimientos sociales que emergieron a mediados de la década de los setenta han podido aparecer con la fuerza suficiente para indicar un camino por el que reemplazar a la izquierda tradicional como alternativa al capitalismo.

En suma, si convenimos en que hay tres órdenes de capacidades humanas —pasiones, razones e intereses—, parecería que son el primero y el tercero los que tienden a predominar en el momento actual, aunque no desde luego de la forma deseable: las pasiones se dirigen más a la búsqueda de un “nosotros” primario, basado en el odio a “ellos”; y los intereses conducen a una lucha de clases “desde arriba” que debilita profundamente a “los de abajo” /1.

Crisis de identidad y duda radical

Pero ya que estamos en una fase de cambio, sería absurdo limitarnos a ofrecer una paisaje de la realidad que, por inmediato, pueda ser impresionista. Tenemos que fijarnos en que la caída del “socialismo real” ha producido una ruptura con la etapa anterior; pero también en que se mantiene la continuidad del impacto de lo que algunos llaman “modernidad tardía” y otros post-modernidad, acentuada por la casi completa “occidentalización” global.

Si tomamos en consideración los efectos de esta civilización y de sus diferentes pilares institucionales, podremos obtener quizás una visión más compleja y equilibrada de los procesos en curso. A grandes rasgos, apoyándonos, con algunas modificaciones, en Giddens, podríamos distinguir el productivismo, el capitalismo, el sistema de Estados-nación y su capacidad de “vigilancia”, y el poder militar, asociándose a todos ellos las desigualdades, viejas ya en la historia, de género y de etnias.

Pues bien, cabe sostener que cada una de esas dimensiones está provocando nuevas polarizaciones políticas, sociales y culturales. Es cierto que los “éxitos” económicos y tecnológicos de una minoría facilitan la atracción de la cultura del dinero, del poder y del liberalismo más egoísta, unidos a la confianza en el “nuevo paternalismo” de los expertos o en un Estado guardián de la “seguridad ciudadana”. Y también lo es que esas actitudes coexisten con el resentimiento, como afirma Bihr citando a Scheler, frente a una situación de malestar /2. De esta manera, el auge de los fundamentalismos (también el democrático-liberal) sería la manifestación patente de que muchas personas buscan una seguridad frente al miedo al futuro, un “refugio” ante la dificultad de

1/ Para una aplicación de este esquema a los problemas de la transición en el Este, me parece ilustrativo el artículo: Offe, Claus: “Capitalism by Democratic Design? Democratic Theory facing the Triple Transition in East Central Europe”, *Social Research*, vol. 58, n.4, (1991).

2/ Bihr, Alain: “Crisis du sens et tentation autoritaire”, *Le Monde Diplomatique*, (París), (may. 1992).

conformar su subjetividad nómada frente a la fragmentación de las identidades colectivas de las que potencialmente es parte.

La aceptación, militante o pragmática, de la cultura del individualismo posesivo y tutelado es una opción que consigue, sin duda, notables logros en nuestras sociedades y no sólo entre las clases pudientes. Junto a ella es fácil encontrar en las subalternas o marginadas otras como la resignación o el nihilismo; pero aumenta también el "supervivencialismo", es decir, el egoísmo competitivo entre los débiles para alcanzar, al menos, el *status* de la clase media o, en el "mejor" de los casos, poder insertarse en alguna de las redes de dinero fácil (por ejemplo, el narcotráfico). Así se da el hecho triste de que el discriminado cultural o socialmente pueda incluso pensar que su salvación está en el trabajo "sucio" al servicio de los nuevos ricos.

Un sujeto descentrado

Aunque todo esto no ocurra por primera vez en la historia, lo relativamente característico de esta modernidad tardía es que dentro de ese complejo panorama se haya conformado un sujeto descentrado: así, una misma persona asume ahora, según cuales sean sus posiciones a lo largo de una misma jornada (trabajador, consumidor, blanco o negro, hombre o mujer, castellano-español o vasco, padre, madre o hijo, ciudadano o "extranjero"...), una actitud de aceptación de la cultura dominante, de resignación o... de contestación a uno de los instrumentos básicos de perpetuación de la sociedad en que vivimos. Por eso no es difícil comprender comportamientos y actuaciones dispares, cuando no contradictorias, en una misma persona, sobre todo si incluimos en ella su ámbito privado o íntimo. Y esta situación es la que aprovecha a fondo el poder, como se revela en polémicas tan manipuladas como las relacionadas con las huelgas y los servicios públicos.

Todo esto explica las esquizofrenias, la angustia y la dificultad de construir, no ya identidades colectivas sino también individuales; en resumen, la enajenación o alienación bajo nuevas formas. Pero también permite entender que, gracias al mayor nivel de educación y de sobre-información de que hoy se dispone (y pese al "ruido" que a todo esto acompaña), se pueda institucionalizar la duda radical de muchos ciudadanos y ciudadanas, contrastando los discursos oficiales con la experiencia de los hechos cotidianos que vivimos o de aquéllos que, por lejos que sucedan, no podemos ignorar /3.

Movimientos sociales y libertarismos

Ha sido en este proceso donde los "nuevos" movimientos sociales han llegado a jugar un papel destacado en muchos países como arcos de acción e identidad colectivas,

3/ Esa duda radical crea un nuevo contexto en el que el poder y sus expertos, ante los efectos perversos y los "accidentes" derivados sus decisiones, no consiguen convencer muchas veces a la ciudadanía de que su política es la única posible, a pesar de la ausencia de soluciones de recambio por parte de la izquierda. Esto es lo que, según Ulrich Beck, configura la modernidad tardía como sociedad del riesgo y lo que obliga a los movimientos sociales a asumir

alrededor de necesidades "post-materialistas" o "post-adquisitivistas" /4, abiertamente enfrentadas tanto a la cultura neo-liberal y conservadora como a la del "bien-estar". Se pasaba así a una contracultura, basada más en valores alternativos que en la posición social de los individuos, si bien ésta última influía sin duda /5.

Estos movimientos, esencialmente el feminista, el ecologista y el pacifista y, ahora también, el antirracista, se han caracterizado por situarse dentro del espacio sociológico de la izquierda; pero no así en el político convencional, ya que han cuestionado en su mayoría la práctica de los partidos tradicionales, tanto socialistas como comunistas. Decimos que se encuentran, no obstante, en la izquierda porque hacen una crítica del capitalismo y de la desigualdad estructural que éste produce. Pero también se les puede calificar, más en general, como críticos radicales de la modernidad porque no sólo atacan sus efectos perversos, sino que pueden atentar contra los mismos pilares que les sustentan. Además, han tendido a generar en su seno corrientes de pensamiento y acción de carácter anti-autoritario, desarrollando una concepción no estatalista de sus luchas y modelos organizativos que, a pesar de sus errores y deficiencias, permiten hacer compatible la eficacia con la democracia interna, la solidaridad cooperante con la autonomía personal, la dimensión instrumental de sus acciones con la expresiva.

Así, paralelamente a la crisis de los Estados del bienestar se ha ido desarrollando un proceso que ha contribuido al renacimiento de dos tradiciones político-culturales opuestas: la neoconservadora, por un lado, y la libertaria, por otro. Resultaría así que las diferentes versiones del liberalismo democrático y social no han logrado imponerse, más allá del ámbito intelectual, frente a la primera, la cual no oculta además una visión profundamente pesimista de la naturaleza humana. Mientras tanto, ante la crisis de la izquierda convencional, el libertarismo (dejando aparte el equivoco uso de este término en lugares como Estados Unidos) entroncaría con el viejo izquierdismo anarco-sindicalista y con el que surge en el 68 en los medios culturales e intelectuales, para consolidarse hoy entre una minoría de "resistentes".

Pese a la simplificación que pueda haber en esta exposición, me parece útil para comprender las dificultades con que tropiezan los partidos socialdemócratas para hallar una identidad "centrista" entre ambas alternativas. Pero lo más relevante de esa rehabilitación es el nuevo planteamiento del debate que se puede hacer: así, de manera difusa, frente a la ofensiva neoconservadora autoritaria -y más allá de una idea de "libertad", que aún en las versiones liberales más deseosas de justicia social, no cuestionaría las estructuras de explotación, desigualdad y opresión-, se podría ir abriendo camino la de "liberación", dirigida a hacer posible un desarrollo multidimensional

la función de minoría ética y crítica. Ver "La irresponsabilidad organizada", *Debats*, (Valencia), 35-36, (mar-jun. 1991).

4/ Debo a Luis Enrique Alonso esta última definición, posiblemente más clara que la primera ("Crisis y transformación de los nuevos comportamientos sociales en un entorno postfordista", *Jornadas sobre Comportamiento Político y Electoral*, UNED, feb. 1992).

5/ Me parece útil la analogía que emplea Ralph Miliband, aunque sea discutible la segunda parte: «El "ser social" es, en efecto, un conjunto de elementos múltiple y complejo, una especie de ADN social. Pero la clase es el elemento que influye más profundamente en los otros, y que envuelve a todos los demás.» Miliband, R: "Análisis de clases", en A. Giddens, J. Turner y otros, *La teoría social hoy*, Madrid, Alianza Editorial, 1990.

de aquélla, dentro de proyectos emancipatorios colectivos que no excluyan un horizonte de transición a otro tipo de sociedad /6.

Sin embargo, el cambio de signo tras la crisis del movimiento pacifista contra los euromisiles, así como la profundización de las tendencias centrifugas y fragmentadoras derivadas del modelo "post-fordista" no han permitido la consolidación y el fortalecimiento de estos movimientos y, con ellos, de una cultura antiautoritaria. Tampoco muchos de los que proceden de los "grupos de frontera" (que fueron su principal soporte en el período anterior) entre la clase obrera industrial y las capas medias tecnocráticas, encuentran hoy en esos movimientos un estímulo para la participación, bien sea por las derrotas sufridas o por el deterioro del *status* económico que disfrutaban antes. Se trata de un fenómeno que en el caso español ha sido especialmente grave, teniendo en cuenta las mayores expectativas de ascenso social o político individual que en estas gentes se han podido dar en la década de los ochenta.

Pero no debemos ignorar que, al menos en Europa, en todos esos movimientos se han sentado las bases para su supervivencia y para mantener un apoyo social alrededor de movilizaciones que serán esencialmente defensivas, si bien probablemente su carácter "fractal" e inestable será mayor. En todo caso, no sólo la crisis de la modernidad sino, más concretamente, la miseria moral de la política institucional y de las élites que la controlan, permiten prever que el espacio socio-político y público que estos movimientos conquistaron puede recrearse. Sin que ello signifique ignorar la difícil competencia con movimientos sociales de signo contrario como los racistas, los de extrema derecha en general o, de forma más confusa, los de "seguridad ciudadana" frente a los tóxicodependientes, por ejemplo.

Aún chocando con ellos y con la intolerancia del poder, los núcleos que forman parte de esos movimientos pueden volver a impulsar amplias coaliciones en torno a iniciativas ciudadanas que, incluso no obteniendo éxitos sustanciales, sirvan para construir formas de coordinación de redes o áreas alternativas. Porque esos núcleos no están solos: el conocimiento, análisis e interacción con las numerosas redes informales que existen en las grandes ciudades es una tarea que todavía muchos grupos centrales de estos movimientos no han realizado suficientemente. Esta labor adquiere, además, especial importancia en unos tiempos en que el afán de autonomía personal y grupal en el marco de un territorio o barrio no es sino el reflejo de una cultura de la desconfianza frente a todo tutelaje; y cuenta incluso con el apoyo de una metodología de investigación sociológica escasamente aprovechada hasta ahora /7.

Disenso y control social

Hay también un campo de actuación al que estos movimientos, salvo la parcial excepción del feminismo, han prestado poca atención. Me refiero al de las "infraclases"

6/ Jordan, Bill: *Freedom and the Welfare State*, Londres, Routledge and Kegan, 1976, y Mugerza, Javier: "Entre el liberalismo y el libertarismo", en *Desde la perplejidad*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1990. Para una visión crítica más reciente de estas corrientes y su relación con el problema de la justicia, van Parijs, Philippe: *Qu'est-ce qu'une société juste?*, París, Seuil, 1991.

7/ Rodríguez Villasante, Tomás: "Algunas tesis sobre redes sociales y alter-acción ciudadana", *Salida*, (revista de la

o marginados, entre lo que se encuentran los económicamente excluidos, los considerados en el discurso dominante racialmente distintos, culturalmente diferentes o, simplemente, “desviados” socialmente. Pese a que se trata de un bloque social extremadamente diverso, dado el sombrío futuro del Estado del bienestar, su crecimiento es innegable, por lo que urge un giro en el comportamiento hasta ahora tradicional. Recordemos que desde el 68 se iniciaron corrientes de denuncia de ese “archipiélago de absolutismos” que trata de controlar todo tipo de comportamiento anómico que surja entre la masa de excluidos; pero el politicismo de la vieja extrema izquierda y la misma composición social de los “nuevos” movimientos limitaron enormemente la preocupación por la crítica micro-cultural del poder, de las causas sociales de la marginación, del etnocentrismo occidental, de instituciones como la escuela, los hospitales, los psiquiátricos, las cárceles o, en general, de las cada vez más variadas formas de actuación discriminatoria de la propia sociedad civil respecto a un número creciente de “sujetos frágiles” /8.

Pero en el momento actual la relación con ellos no obedece sólo a una elemental solidaridad; va unida a la necesidad de denunciar juntos fenómenos como el refuerzo que las nuevas tecnologías ofrecen a la capacidad de vigilancia y de control de los Estados y de una parte de la sociedad civil sobre cualquier foco de disenso o de actuación que, sencillamente, esté fuera de las normas dominantes. Hay así puntos de confluencia frente a unas tendencias totalitarias que resurgen, sobre todo si tomamos el mundo como una unidad global, tal como sucedió durante la guerra del Golfo: el *maccarthysmo* y el disciplinamiento ideológico que sufrimos en la “aldea global” durante esos meses fueron sólo un ensayo del “nuevo orden” y hacen prever un panorama de fuerte conflictividad ante la irreversible realidad de unas sociedades cada vez más multirraciales, plurinacionales y diversas y, al mismo tiempo, más intolerantes.

Convergencia y pluralismo

Grupos y corrientes procedentes de la izquierda tradicional y radical, del “cristianismo de liberación” o, simplemente, de la izquierda sumergida, aspiran a reconstruir o fortalecer los movimientos sociales alternativos y a asociarlos con el viejo movimiento obrero o con corrientes nacionalistas solidarias.

Ese deseo parece partir también de constatar que existe una pluralidad de contradicciones, conflictos u oposiciones que desgarran a la “fábrica social” en que vivimos, y que sería erróneo establecer una u otra como central. Ese relativismo tiene especial relevancia porque también en cada uno de los grupos de los que formamos

Facmum, 1, (nov. 1989); y, más en general, la necesidad de recurrir a las técnicas cualitativas, a los grupos de discusión, según proponen desde hace tiempo sociólogos críticos como Jesús Ibáñez, dentro de la perspectiva del llamado “movimiento de potencial humano”.

8/ La denuncia del contraste entre el trato a esos sujetos y el dedicado a los “delitos de cuello blanco” en estos tiempos de corrupción de la “nueva clase” es también una función imprescindible de los movimientos. (Ver, por ejemplo, Sutherland, E. H: *Ladrones profesionales*, Madrid, La Piqueta, 1988, y Varela, Julia y Alvarez Uría, Fernando: *Sujetos frágiles*, Madrid, FCE, 1989).

parte, parece reflejarse la vinculación particular a uno u otro movimiento y, más allá, a ideas y experiencias parciales escasamente contrastadas con otras muy diferentes. Podría decirse que muchos de esos grupos han producido a lo largo del tiempo una "praxis cognitiva" más o menos rica, pero en limitada comunicación con la de los demás. Esto sería más claro si pudiéramos referirnos concretamente a las coordenadas en que se desarrollan los debates actuales dentro de algunas corrientes de izquierda o en determinados movimientos. Pero bastaría con poner el ejemplo de la diferente trayectoria del viejo movimiento obrero y del nuevo movimiento ecologista y la dificultad del diálogo programático entre ambos, más allá de la buena voluntad que expresen algunos de sus portavoces.

Conviene, por tanto, cierto distanciamiento crítico respecto a nuestros propios discursos y experiencias para poder insertarlas dentro de un ámbito más global. Porque es obvio que la reconstrucción de una izquierda social y crítica de la modernidad capitalista exigirá una comunidad de valores, viejos y nuevos; pero también obligará a un entendimiento de las prácticas y cuerpos teóricos que hasta ahora cada corriente elaboraba por separado, con el fin de llegar a extraer propuestas que busquen cierto "mestizaje". Para decirlo más claramente, convergencia en la acción y creación de ámbitos de diálogo abierto son propósitos de largo alcance y que darán escasos frutos en lo inmediato; pero exigen empezar por un "re-conocimiento" mutuo que parta de situar en primer plano un contexto común y no el particular de cada uno, sin por ello tener que ignorar éste último.

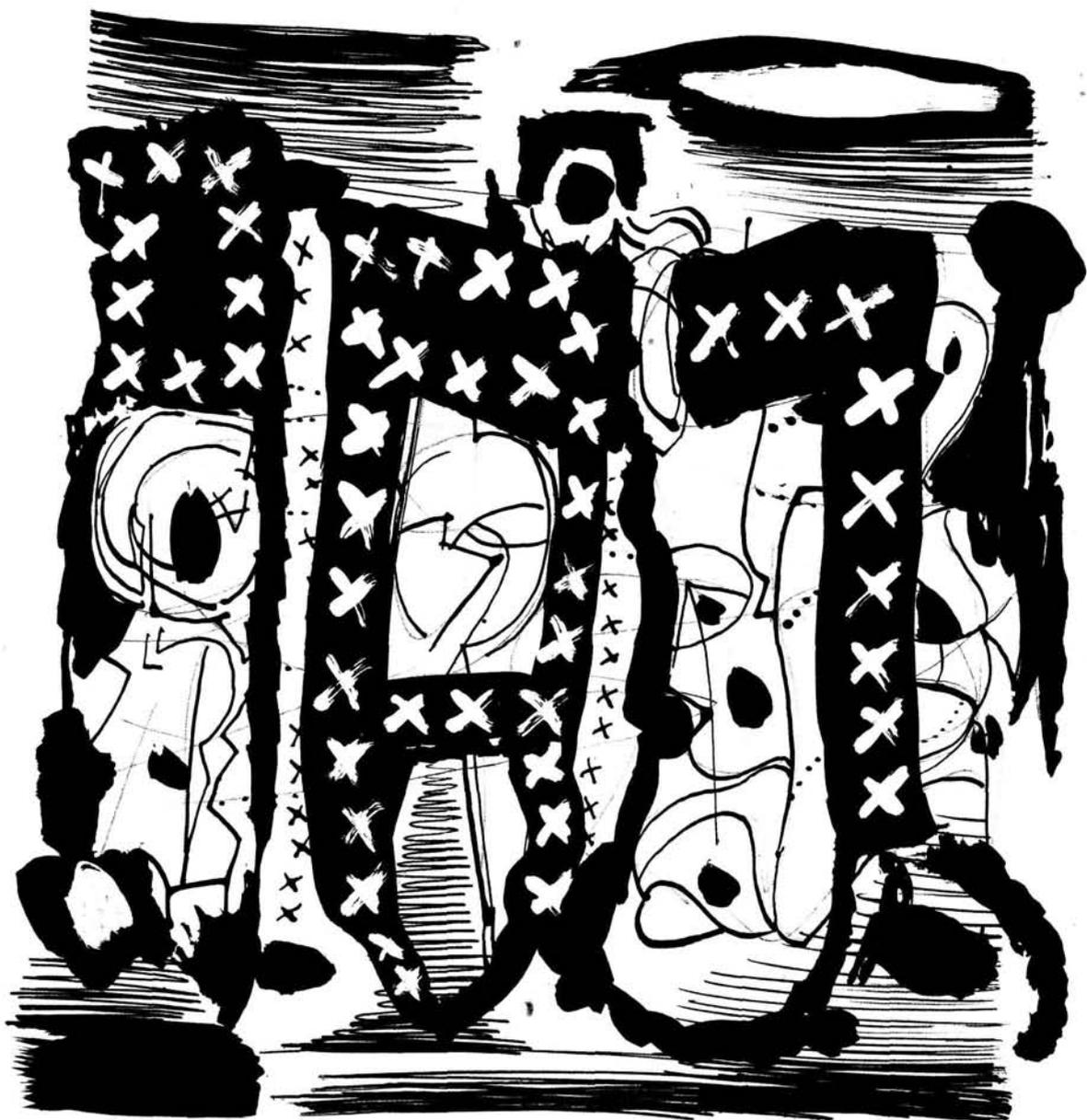
Adelante despacio

Todo esto no significa pensar que hoy en día se pueda hacer mucho más que fomentar una cultura del disenso y la lucha por alternativas parciales frente a cada uno de los obstáculos con que tropieza una actividad de firme oposición en el corazón mismo de Occidente. Pero no olvidemos tampoco que vivimos una época de cambio y que tan equivocado es ceder a la nostalgia del pasado o a la impaciencia como caer en una nueva rutina ante un presente tan inestable. Por eso esas mismas alternativas pueden tener una función político-cultural esencial como fuentes de identificación de muchos ciudadanos con los movimientos, ya que ofrecen un horizonte posible de transformación radical de nuestras sociedades y ayudan a abrir brechas difíciles de cerrar. Y por eso también no deberán tener que ver únicamente con las iniciativas que haya que tomar frente a las procedentes de las instituciones; tal como lo exigen la crisis ecológica y el abismo Norte-Sur, han de afectar cada vez más al comportamiento ciudadano en la vida cotidiana. Porque una izquierda que no simultanee la acción política y socio-cultural con la que tiene que ver con el comportamiento diario no será capaz de ir sentando las bases de una sociedad alternativa en el seno de la actualmente existente.

Es en este ámbito en el que parece más probable la confluencia con una nueva generación que puede no verse atraída por la acción política directa, pero sí en cambio por la relación entre lo público y lo privado que puedan establecer movimientos como el ecologista, el feminista o el antirracista. Como sugiere un amigo del área alternativa, muchos jóvenes de hoy podrían formar parte de esa izquierda "casuística",

movilizable ante iniciativas que puedan tener poca "eficacia" inmediata pero que, en cambio, ofrezcan una oportunidad para expresar la rebeldía personal junto con más gente.

Adorno decía que en los primeros tiempos de la burguesía «la dignidad humana se aferraba al derecho al paseo, a un ritmo que no le era impuesto al cuerpo por la orden o el horror». Ahora éste último nos exigiría correr pero no es posible hacerlo. Conténdonos con mirar hacia adelante y caminar, aunque sólo sea despacio.



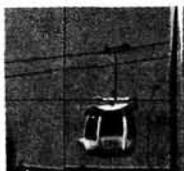
3 miradas voces

A través de la Expo

(Imágenes de la construcción del Pabellón de Marruecos)



En el espejo



Cables



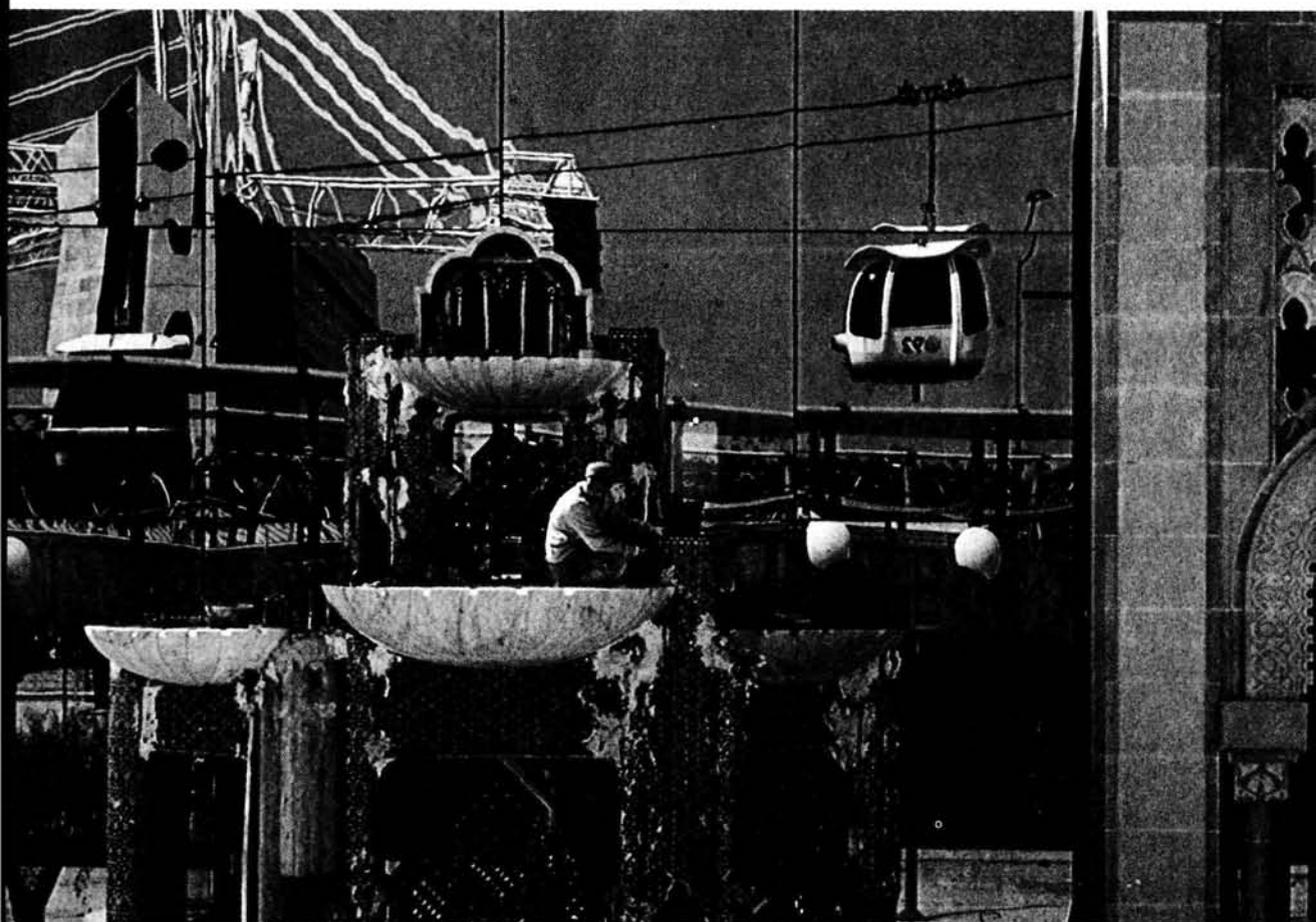
El capataz

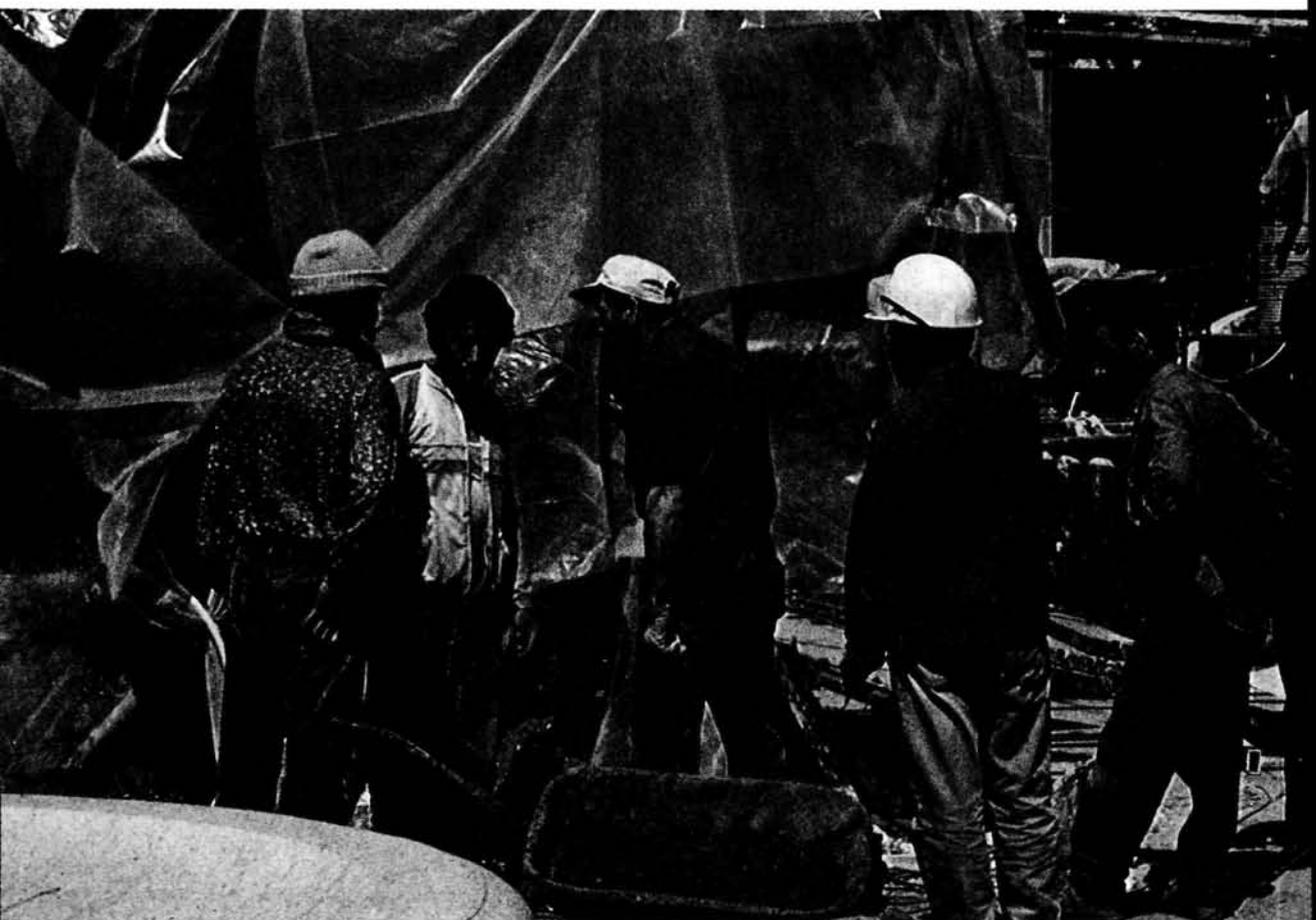


Todas las estrellas

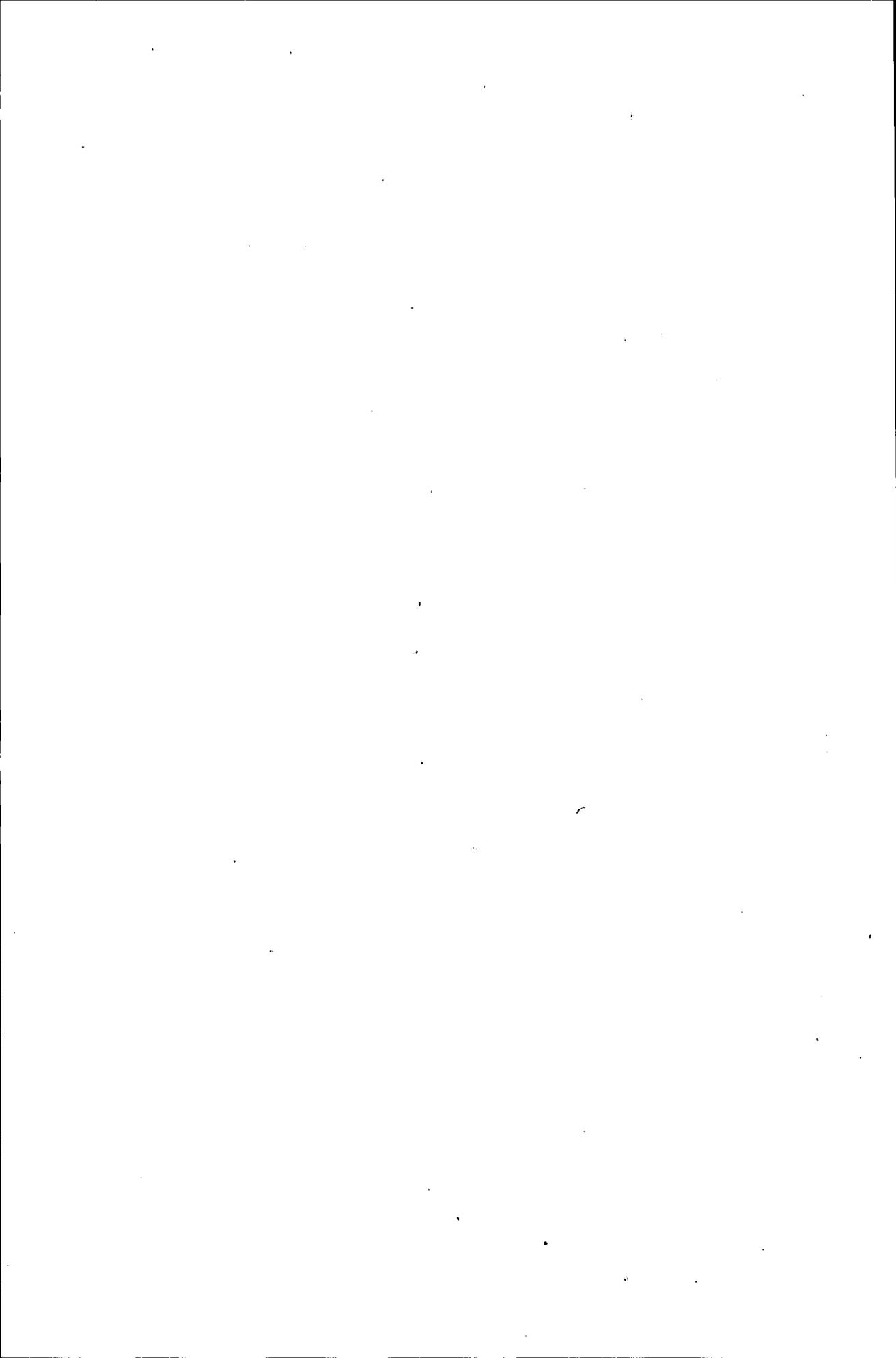
Fotos de Ernesto Sen
(Originales en color)











Por un cine alternativo

Alberte Pagán

Uno de los grandes logros, y aún gran reivindicación de la clase obrera ha sido la reducción de la jornada laboral, con lo que esto significa para el acceso a, o la práctica de, actividades culturales. La cultura -el arte-, principalmente en esta parte del mundo saturada de "objetos artísticos de culto", ha de ser liberadora o no será. El sistema político-económico actual comprende esto muy bien, como lo comprenden los movimientos revolucionarios de todo el planeta. Los primeros intentan limitar la capacidad cultural de los pueblos, los segundos inician campañas de alfabetización como el arma más poderosa contra la represión.

¿Pero que pasa en Occidente? Se supone que nuestro nivel cultural es alto, extendido a todas las clases sociales, al alcance de opresores y oprimidos. Sin embargo, la alienación y la represión -impune- continúan: el sistema le ha robado a la ciudadanía el derecho al ocio (=cultura) de la más sutil de las maneras: haciéndole creer que es libre de elegir donde no hay elección posible, y convenciéndola de que los productos que consume son los que realmente ansía. Cine y televisión se han aliado en la defensa del sistema.

Creyéndose reyes

Si la escuela pública nació no para educar a los niños y niñas, sino para apartarlos de las calles, primero, y para instruirlos en la aceptación del orden jerárquico establecido después, el cine cumple un papel conservador igual (los adultos educan a los jóvenes para que se conviertan en seres lo más parecidos a ellos) y de la misma manera sutil.

Según Andrés Linares, en la introducción a su libro *El cine militante* (Madrid, Castellote, 1976), la industria cultural cumple dos objetivos fundamentales: el imbuir a los/as consumidores/as de una concepción conservadora de la sociedad y de la ideología dominante neoliberal; y segundo, «transformar el tiempo libre en un continuo consumo de productos culturales, con los consiguientes beneficios económicos que ello reporta a los que los producen». De esta forma, la explotación continúa incluso en los ratos de ocio. Las características de esta industria cultural (término más preciso que el de "cultura de masas" o "popular"), según Linares, son, primero, la separación total de la vida y el arte; segundo, la absoluta pasividad de la audiencia, que, creyéndose reyes, no son sujetos sino objetos de manipulación: los hechos se les dan envueltos en opiniones difíciles de detectar, sin posibilidad de actuar ante un bombardeo de imágenes que nos atan a la butaca hipnóticamente; y tercero, esta mal llamada cultura de masas (pues es una élite, varones blancos del mundo occidental, quienes la producen, y no las masas, que sólo la sufren) pretende llegar a todo el mundo, utilizando por ello un lenguaje y unas historias simples y claras que no dan

pie a la especialización o profundización de los temas, aparte de imponer la moral occidental al resto del planeta.

Ante esta situación, como decíamos antes, el único arte posible es un arte emancipador. La pretendida "neutralidad" desemboca ineluctablemente en el conformismo. La propuesta de Linares es utilizar el cine poniéndolo al servicio de los intereses de las clases oprimidas. O sea, para él es el "contenido" (la historia) lo que hace que una película sea, o bien reaccionaria, o bien radical, sin hacer referencia a la verdadera esencia opresora del cine dominante: su lenguaje, lo que Noël Burch ha denominado *modo de representación institucional*.

El cine es esencialmente ilusionista, eso es innegable. A diferencia de la literatura, con la que se ha de hacer, por lo menos, el esfuerzo de leer, la industria cinematográfica se aprovecha de su poder hipnótico para crear audiencias totalmente pasivas y abiertas a la absorción de cualquier ideología. A parte de la sala oscura y de la atracción de las imágenes, existe otro factor que trabaja por la manipulación de los/as espectadores/as, y es la identificación de éstos/as con los personajes, proceso que parte de la identificación con uno/a mismo/a, a partir de la identificación con la cámara (=ojo) (para una mayor argumentación de este punto, consúltese Aumont, J. y otros: *Estética del cine*, Paidós Comunicación, 1989, o cualquier otro manual de cine). Todo esto hace del cine (y de la televisión) el instrumento ideal para la manipulación ideológica. Papel similar al de la escuela: «A veces se ha tratado de oponer a las escuelas de derechas las escuelas de izquierdas por el tipo de credo que se transmitía en ellas. Frente a la escuela tradicional en la que se enseñaba sobre todo religión y la aceptación del orden establecido, trataron algunos de crear otras en las que esos valores fueran sustituidos por los del socialismo, el comunismo o el anarquismo. (...) Intentaban, en última instancia, introducir en la escuela credos pretendidamente liberadores, pero lo hacían de la misma forma que las creencias que contribuyen a la opresión, es decir, de una forma dogmática y acrítica.» (Del Val, Juan: *Creecer y pensar*, Laia, 1985). Como vemos, no se trata solo de aplicar "contenidos liberadores" a la "forma" de siempre. Una película no es radical sólo por tocar temas radicales, cuando en la mayoría de los casos sigue utilizando el mismo lenguaje convencional. Como decía Godard, no hay que hacer películas políticas, sino hacerlas de una manera política.

Romper cadenas

Hay que atacar el lenguaje convencional para liberar al cine de sus cadenas. No hay contenidos revolucionarios. Solo la verdad (la dialéctica) es revolucionaria. Debemos anular el lenguaje cinematográfico convencional, heredero del narrador omnisciente de la novela del siglo XIX, que, precisamente por su carácter omnisciente, es manipulador y falso. «En muchos aspectos, la construcción formal del cine ilusionista tiene un efecto más básico que las mismas historias. Una historia revolucionaria, que provoque una respuesta esencialmente pasiva en la audiencia, puede ser tan reaccionaria en su efecto social como una historia que no tenga aspiraciones revolucionarias.» (LeGrice, M: *Abstract Film and Beyond*, Cambridge, 1977).

Eisenstein es un caso significativo: considerado como prototipo de cineasta com-

prometido, y revolucionador del lenguaje cinematográfico, sus películas son tan tendenciosas como las del cine convencional. En *La huelga* (1925) nos presenta a los "nobles" trabajadores, con quienes nos identificamos, enfrentados a un gordo y seboso patrón que, claro está, nos provoca repulsión. Sus técnicas de montaje, tan alabadas, no dejan de ser avances *dentro* del cine convencional, sin en ningún momento plantearse la creación de un lenguaje nuevo, específicamente cinematográfico (como haría Dziga Vertov). Dos ejemplos de *La huelga*: planos de gente cotilleando intercalados alternativamente con planos de gallinas; masacre de obreros, montada en paralelo con planos de un matadero. Metáforas, paralelismos, que le dan a la audiencia el producto ya opinado. Los/as espectadores/as siguen cumpliendo un papel pasivo, sin opción para crearse una opinión propia: si salen del cine convencidos de que los patrones son malos porque así son representados en esta particular película, nada impide que se convenzan de su bondad en cualquier otra película que los presente bajo una óptica positiva.

Cuando Jean Marie Straub presentó su *Machorka-Muff* (1963), fue criticado por la izquierda alemana argumentando que el coronel ex-nazi que protagoniza la cinta no está presentado como un verdadero militarista. Straub contestó que no existen los militaristas, sino lo "militar". Cuando vemos la representación de un árbol en una pantalla, enseguida tomamos como referente la categoría "árbol" (o, incluso, "campo", "naturaleza"), cayendo en generalizaciones empobrecedoras. Tenemos que crear audiencias conscientes que no vean más que la *representación* de un árbol particular. Si vemos a un militar, tenemos que pensar que no es más que la representación de un hombre que hace el papel de militar, y no la encarnación de todos los males del ejército, porque entonces caeríamos en la caricatura.

¿Un error histórico?

Es curioso (cuando menos: LeGrice habla de "error histórico"), el hecho de que, ya desde su inicio, el cine haya buscado en la novela y en el teatro la tradición de la que carecía. Hijo directo de la fotografía, nada impedía que fuera ésta, unida a las artes plásticas, quien lo apadrinase. Incluso la música, que comparte con el cine su carácter esencialmente temporal, parecía tener más posibilidades de convertirse en fuente inspiradora (obras como *Maternal Filigree* (1980) o *An Architecture of Desire* (1988), ambas de Sandra Davis, ambas mudas, son buenas muestras de cine "musical": los planos son utilizados como notas en una composición musical). Lo que podría haberse desarrollado independientemente, buscando y creando sus propios medios de expresión, se injertó en una tradición narrativa con varios siglos de historia.

Un pintor como Fernand Leger o un fotógrafo como Man Ray colaboraron en el nacimiento de lo que se dio en llamar "cine vanguardista" o "experimental", sustituyendo una tradición extracinematográfica por otra. Pero quizá haya sido Dziga Vertov el primero en crear una obra específicamente cinematográfica coherente y conscientemente. «Sólo la conciencia puede luchar contra las sugerencias mágicas de cualquier tipo. (...) Necesitamos hombres conscientes y no una masa inconsciente que ceda a la primera sugerencia que le llegue», escribió el cineasta soviético. Su *cine-ojo* nace, en primer lugar, como reacción contra el cine dominante ("el opio de las ma-

sas”) y su carácter narrativo. Inaugura el materialismo cinematográfico con *El hombre de la cámara* (1929), cinta donde se aúnan teoría y práctica.

El primer rasgo importante de esta película es su rechazo frontal a la tradición narrativa y teatral. La “historia” debe ser eliminada. (Godard, que fue co-fundador del grupo *Dziga Vertov* en los años sesenta, ha tenido muchos problemas con productores y público por carecer sus películas de “historia”.)

Otro de los rasgos esenciales de *El hombre de la cámara* es la presentación de la propia cámara dentro de la película, en un espíritu brechtiano anti-ilusionista: Como ejemplo supremo, una de las escenas finales: vemos la parte trasera de un coche en movimiento, la cámara avanzando tras él; a continuación, vemos al protagonista de frente avanzando en una moto con la cámara en el manillar: él es el filmador del plano anterior; el siguiente corte nos muestra el mismo plano, pero ahora proyectado en la pantalla de un cine, donde hay gente observándolo.

¿Qué se consigue con esto? Romper con la pasividad del público, que, yendo más allá de la propia escena, se ve a sí mismo en un cine viendo a gente que contempla una escena que anteriormente era la que observaba él mismo, y que representa al hombre de la cámara que aparece rodando el plano que vimos (y que la audiencia que vemos vio) anteriormente. Vertov no nos ofrece nada masticado. (Un preludeo, quizá involuntario, de la utilización de la cámara en la diégesis de la película, es el *Ballet Mécanique* (1924) de Léger, donde vemos una bola que refleja la cámara que la está rodando). En otro momento, Vertov nos enseña un primer plano del objetivo de la cámara sobre el que aparece superpuesto un ojo humano, y sobre el que, al mismo tiempo, se refleja la cámara que está rodando. Con estas técnicas anti-ilusionistas, evitamos la identificación con el personaje, no nos dejamos llevar pasivamente por ninguna historia, y evitamos interpretar metonímicamente lo representado (o sea, el militar como prototipo de lo militar, el árbol como representante de su clase, etc.). Es un avance tan importante como el hecho de no ocultar las pinceladas en la pintura a partir del impresionismo.

El otro cine

Si las obras citadas hasta ahora aparecen en las historias del cine en el apartado de “cine vanguardista” (con la obra de Buñuel, René Clair o Germaine Dulac de los años veinte, aunque estas últimas dentro del cine narrativo entendido en un sentido amplio), no ocurre lo mismo con el cine experimental, vanguardista o estructuralista (por no llamarlo materialista, abstracto o formal, pues por todos estos nombres se lo conoce) actual, más o menos desarrollado a partir de los años 60. La historia la escriben los vencedores; la historia del cine la escribe Hollywood.

Uno de los creadores y teóricos más importantes dentro del actual cine vanguardista europeo es Peter Gidal. Lo que Gidal denomina cine estructural/materialista se caracteriza por la utilización de elementos cinematográficos como materia prima para la creación (es decir, la propia materialidad del proceso cinematográfico se constituye en diégesis o “tema” de la obra). Es un cine materialista, no idealista; se prima el conocimiento, y no la ideología; es no-narrativo; el tiempo es real, y no ilusionista; se insiste en los significantes, y no en los significados. Con estas estrategias auto-re-

flexivas se pretende crear una audiencia consciente y reflexiva. Ahí radicaría su efectividad política. Para Gidal, que en su momento abogó por la no representación de la mujer (y, para el caso, del hombre), cualquier representación es susceptible de ser apropiada por la ideología dominante y utilizada para manipular al público. Una obra en su día subversiva, como fue *Un chien andalou*, hoy forma parte, una vez "interpretada" y "narrativizada", del bagaje cultural convencional. La representación de una mujer (desnuda) es en sí algo neutro, pero de hecho, el/la espectador/a no puede evitar verla cargada ideológicamente.

El llamado "cine realista" no deja de ser una ilusión más. La realidad no se compone de "historias", no está estructurada en presentaciones, desarrollos y desenlaces. En tal caso, se compondría de emociones, que el cine experimental no rechaza. Las narraciones necesariamente falsifican. Toda narración implica una conclusión, y toda conclusión una moral (un dogma). Como nos recuerda Jacques Aumont (*op. cit.*), todas las películas (narrativas) cuentan la misma historia, la del enfrentamiento del Deseo y la Ley (si utilizamos el lenguaje del psicoanálisis). «Siempre diferente, la historia es la misma.» La conclusión puede ser o bien el encuentro de su Objeto por parte del Deseo (=boda final, con todas sus posibles variantes; final feliz); o la prohibición de tal encuentro por parte de la Ley (lo no aceptado socialmente tampoco se puede aceptar en el cine; final no menos feliz).

El cine vanguardista tiene la fama de ser tedioso. La razón está en que se nos educa para aceptar el lenguaje convencional, y para poder gozar de este tipo de cine necesitamos una información extra que sería innecesaria para apreciar cualquier película comercial, pues estamos habituados a las elipsis, a los planos-contraplanos y demás. El montaje convencional tiene como objetivo la anulación del tiempo filmico. La audiencia no es consciente del paso del tiempo, porque todo lo que no sea esencial para el desarrollo dramático se elimina. Es un montaje "invisible": los cortes entre planos se camuflan, y no somos conscientes de ellos. Eso nos crea la ilusión de "realismo", nos parece estar ante la vida misma y no ante unos rayos de luces y sombras que representan objetos.

La película de Andy Warhol *Empire* (1964), conocida por todos pero por nadie vista, dura ocho horas y en ella no vemos nada más que el edificio Empire State a lo largo de la noche, rodado en tiempo real. Desde luego, quizá no se derive mucho placer de su visión, pero era una película que había que hacer para poder seguir avanzando. Según Steven Dwoskin (*Film Is*, Londres, Peter Owen, 1975), «*Empire...* es la más pura de las películas, porque es el *tiempo* lo característico del cine.» Películas como ésta abogan por la utilización de la duración como dimensión concreta. Por otra parte, el espectador medio soporta imperturbable una persecución de diez minutos en la pantalla, pero bostezo y sale de la sala ante un plano de un rostro de un minuto. El aburrimiento o el placer es un producto cultural y educacional, no intrínseco a la obra de arte.

Tanto Le Grice como Gidal, como los cineastas que trabajan en la *London Film-Makers' Co-operative*, tienen, en general, una concepción del cine como algo inseparable de la política (de la vida). La cuestión está en si una película reaccionaria puede ser una buena película (considerada desde un punto de vista estrictamente artístico). Si consideramos que la clásica división entre fondo y forma (entre diégesis y relato) no es posible hoy en día, una película maniquea o tendenciosa no puede ser una

buen película globalmente. Decíamos que lo único revolucionario es la dialéctica, la presentación de temas, objetos, posiciones encontradas, opuestas, complementarias. Lo que no podemos aceptar es un cine que nos ofrezca opiniones ya dadas, que nos convierta en meros objetos pasivos sin capacidad de análisis.

El nacimiento de una nación (1915), de Griffith, es considerada por algunos una obra maestra, en un claro ejemplo de confusión entre lo que puede ser un avance técnico y uno artístico (aún reconociendo que ambos están estrechamente ligados en cuanto a cine se refiere). Nosotros rechazamos tal clasificación basándonos precisamente en el carácter racista y maniqueo de la película. Una película racista no puede ser una obra maestra desde el momento en que presenta a los afro-americanos como pueblo esencialmente malvado, sin dejar espacio para la sutileza psicológica o para la profundización en un conflicto que podría dar mucho de sí cinematográficamente. Si sus avances técnicos o narrativos la convierten en obra maestra, entonces deberíamos considerar como tal a *El cantor de jazz*, primera película sonora y que significó un gran paso en la historia del cine, pero que carece de cualquier valor estético.

Desde principios de siglo, una serie de cineastas intentaron romper con el carácter ilusionista del cine convencional, y esa vocación anti-ilusionista todavía inspira a gran parte (la más importante) del actual cine materialista. En este artículo no hemos intentado promover la creación de un cine alternativo, pues este ya existe, sino explicar un poco sus presupuestos para su mejor comprensión. Desde los futuristas italianos en la década de los diez hasta la obra actual de Michael Snow o Kurt Kren, este tipo de cine ha mantenido una coherencia y un rigor (estético y éticamente) del que carecen la gran mayoría de las películas convencionales.

4 subrayados

Apología yeltsiniana

La nueva revolución rusa

Manuel Castells.
Editorial Sistema.
Madrid, 1992

El libro, según Castells, «está hecho de relatos y reflexiones compuestas al hilo de lo sentido y lo pensado durante estos años de observación personal de lo que iba sucediendo en Rusia». En realidad, es sobre todo una crónica de acontecimientos, y en lo fundamental, de los últimos años de la perestroika. La reflexión sobre estos hechos deja muy poco espacio a otros temas anunciados por el autor tales como las causas de la crisis o la «forma nacionalista del movimiento democrático».

Uno de los aspectos a destacar del libro es que nos aproxima al pensamiento de personajes que están jugando un papel clave en el proceso de transición. Las fuentes del autor en este terreno son de primera mano y esto tiene un interés indudable.

Pero junto a ello, hay a mi entender una ausencia notable: la dimensión social tanto de los problemas previos a la perestroika como de

los aparecidos a lo largo de ella. Esta ausencia destaca particularmente en el capítulo IV en el que el autor dice tratar «las causas sociales y económicas de la crisis» y en el que no hay en él ni una sola referencia a los factores sociales que inciden en la crisis del sistema.

Exceso de imprecisiones. La utilización muy poco precisa de definiciones y calificaciones de grupos y movimientos es uno de los aspectos llamativos del texto que no ayuda a clarificar el panorama de lo que había al margen del PCUS. Así, en general, todos aquellos que se oponen a la cúpula del anterior régimen reciben el calificativo de democráticos. Hay excepciones, pero no precisamente ejemplares en sus matizaciones, por ejemplo cuando el autor afirma, hablando de nacionalismos, que el del Sur se «colorea de fanatismo religioso» mientras el armenio es «profundamente democrático» (pág. 24). Lo cual, obviamente, es una simplificación y, por tanto, un mal punto de partida para realizar un análisis en profundidad de la compleja cuestión nacional en las repúblicas ex-soviéticas.

Un cierto rigor en esta materia es tanto más exigible cuanto que hoy los diversos apelativos

de grupos o personas son utilizados con fines apologeticos -por poner un ejemplo: la oposición nada democrática a Gamsajurdia presentaba el enfrentamiento con éste como un conflicto entre "fascismo y democracia", o como arma arrojadiza con el objetivo de descalificar pensamientos o programas (cualquier proyecto en favor de una intervención estatal en la economía es tildado de "comunista").

En otro orden de cosas, en lo que respecta a la relación entre introducción de la economía de mercado y la transformación social y política del régimen y de la sociedad, Castells asume (pág. 40), a mi juicio, acriticamente el razonamiento *yeltsiniano*. Según éste, los males de que adolece la sociedad rusa se deben a que no existe una economía de mercado auténtica; de los males de la economía, de las mafias y de la corrupción son responsables los "comunistas" agazapados en la administración, defensores de un regreso al antiguo régimen. Tal retórica tiene hoy en Rusia varios efectos: es productora de incesantes expectativas (cualquier medida "liberalizadora" de la economía es presentada como correctora de los males existentes); exime de toda responsabilidad de los efectos perversos de la introducción de la economía de mercado a los partidarios de ella; y estigmatiza cualquier intento de desacelerar la introducción de las medidas liberalizadoras, asimilándolo a la defensa del antiguo sistema.

¿Mercado auténtico? Esta posición adolece de flancos extremadamente débiles. En primer lugar la "creación de un auténtico mercado" exento de las lacras que está produciendo la transformación económica actual es una abstracción. ¿Cuándo en la historia se ha creado de buenas a primeras un "auténtico mercado" sin consecuencias penosísimas para la sociedad?

El conocido economista alemán Elmar Altvater, tomando como referencia la obra de Karl Polanyi *La gran transformación*, aborda con mucho más realismo esta cuestión: «Karl Polanyi -afirma Altvater- mostró muy bien que cuando se liberan las leyes del mercado sin intervención de las instituciones del Estado

social, sin regulación del cambio de mercancías, sin que se desarrolle un cierto tipo de cultura de relaciones de mercado, entonces nace un capitalismo mafioso y no otra cosa, un capitalismo salvaje que destruye a los seres humanos. Karl Polanyi demostró que dejando funcionar sin freno a las leyes del mercado, actúan como los movimientos satánicos de la primera revolución industrial, aplastando a los individuos».

En segundo lugar, no es cierto -como además Castells parece reconocer en el epílogo del libro- que la gente asociada a las mafias se oponga hoy a las medidas liberalizadoras de la economía. La introducción del mercado en Rusia está teniendo, entre otros, los efectos de legalizar las fortunas constituidas en las economías paralelas y de incentivar la especulación, principalmente alrededor de la reforma de precios y de la compra-venta de bienes inmuebles. En consecuencia, se podría decir que las mafias actuales más que entorpecedoras del nuevo sistema son un subproducto del mismo.

En el epílogo, Castells parece por fin tomar nota de este hecho y llega a calificar de primitivo, mafioso y estraperlista el capitalismo que está emergiendo en Rusia. A pesar de ello, su visión de la Rusia de hoy adolece de contradicciones evidentes. No deja de ser realista cuando afirma que «el principal problema con el que se encuentra Rusia hoy en día no es de orden económico, sino social y político.» Afirmación que se podría suscribir si, a continuación, no señalara que más grave que la desarticulación de la sociedad civil y la crisis de valores son las carencias del sistema político, es decir, la existencia de verdaderos partidos políticos.

Pero ese realismo que le ha llevado a pintar con tintes sombríos el futuro próximo de Rusia se esfuma como por encanto, sin mediar una fundamentación mínimamente seria, para dar paso a frases como estas: «las tendencias actuales, pese a lo grave de la situación social y a la desorganización del sistema político, apuntan en un sentido más esperanzador, hacia una estabilización de la economía y la consolidación de las instituciones democráticas»; «la nueva Rusia es

políticamente mucho más fuerte que la moribunda Unión Soviética, y mucho más decidida a afirmar intereses nacionales complejos» (pág. 133).

Y, por último, termina haciendo extensivo este optimismo histórico al contexto internacional, en el cual el papel que juegan los EEUU adquiere tonos apologeticos: «El fin de los bloques no equivale -señala- a vivir la dominación unilateral de la superpotencia americana como afirma la absurda teoría del contrapeso que no concibe el mundo fuera del equilibrio del terror en el que había vivido.» El autor nos asegura a los incrédulos que «las raíces profundas de la democracia en América» desmienten «tan sectaria caracterización».

Javier Álvarez Dorronsoro

Miseria de la comunicación

Ilusiones necesarias

Noam Chomsky.

Ediciones Libertarias/ Prodhufi.

Madrid, 1992.

Como reza el propio subtítulo de portada, el último libro de Noam Chomsky publicado en castellano trata sobre el «control del pensamiento en las sociedades democráticas» y, muy en particular, sobre la función de los medios de comunicación en esa tarea. De hecho, el terreno de análisis es sólo la acción de los medios de comunicación en Estados Unidos y el autor advierte, explícitamente, que el modelo de acción es distinto en Europa.

Ilusiones necesarias es la prolongación de una línea de investigaciones y publicaciones anteriores realizadas en común con Edward S. Herman o autónomamente.

El libro parte de la discusión que se vive en ciertos sectores de Estados Unidos sobre el papel que cumplen los medios de comunicación. Desde los sectores más conservadores se indica que los medios desestabilizan la democracia y se exige, como

lo hizo la Comisión Trilateral, que «la alternativa bien podría ser la regulación por el Gobierno», pese a la histórica reivindicación que ha hecho la literatura norteamericana sobre la Primera Enmienda de la Constitución, relativa a la libertad de expresión.

Un modelo de propaganda. Pero en contra de esas supuestas prácticas anti-institucionales de los medios de comunicación, la conclusión de este libro es que dichos medios (la “ingeniería de la historia”) funcionan como un sistema o modelo de propaganda que fabrica las ilusiones necesarias para que la sociedad acepte y ratifique la actuación internacional de Estados Unidos y de sus aliados. Fábricas de ilusiones necesarias, precisa Chomsky, «al menos entre las élites cultas, que son los principales focos de propaganda» en una sociedad.

El autor analiza muy detalladamente los mecanismos a través de los cuáles la acción propagandística de los medios de comunicación genera esas ilusiones, esa distorsión sobre el curso de los acontecimientos y sobre sus causas y efectos, que permiten legitimar socialmente la intervención estadounidense en el mundo.

Ejemplos paralelos. El tipo de investigación elegido por Chomsky para probar el modelo de propaganda «es mediante una comparación muy cercana de ejemplos paralelos»: las elecciones en El Salvador en 1982 y en Nicaragua en 1984; la ayuda norteamericana a la Contra y la solidaridad sandinista con el FMLN; el régimen de terror de Khemers Rojos y Pol-Pot con el implantado en Timor Este tras la invasión por Indonesia; las acciones del Ejército de Israel y las de la OLP y otros grupos palestinos y árabes, etcétera.

Ese tipo de comparación se aplica a los diferentes modelos del proceso de acción comunicativa, en cada uno de los casos. La “selección de las fuentes de información” demuestra, por poner un sólo ejemplo de los innumerables que se cuentan, que en el *New York Times*, durante un mismo periodo (septiembre de 1985), un 80% de las fuentes

de noticias sobre El Salvador eran favorables al Gobierno de aquel país y sólo un 10% de oposición, mientras que sobre Nicaragua, más de dos tercios eran contrarias a su Gobierno. En el mismo caso, sólo un 9% de esas fuentes eran "habitantes ordinarios" de las zonas, más de un 33% eran norteamericanos y el resto estaba cubierto, directamente, por el Gobierno de Estados Unidos o el de El Salvador, por la Contra y por la oposición política nicaragüense.

Un segundo nivel del proceso se encuentra en la discriminación temática que ejercen los medios de comunicación en la elección de qué temas son noticia y cuáles no. Se trata de lo que el autor llama "la obligación del silencio", una de cuyas expresiones más brutales la realiza Elie Wiesel diciendo «una fotografía de un soldado israelí pateando a una anciana árabe ya no es noticia».

La importancia de los medios de comunicación como instrumentos que seleccionan lo que es y no es noticia y, por tanto, determinan la distribución de conocimientos que tiene la sociedad moderna es evidente. También lo es la importancia que tiene esa distribución de conocimientos para la forma en que la sociedad y los individuos organizan su percepción y su escala de valores sobre los problemas del mundo que les rodea. Pero a diferencia de algunos de los modelos de análisis dominantes en los USA (la *agenda setting function*), que presentan la acción de los medios sólo en el plano de la discriminación temática, del "sobre qué" temas hablan, Chomsky sustenta su teoría sobre el modelo de propaganda en la estrecha relación entre ese "sobre qué" y el "qué" dicen en cada caso. Selección de temas y contenido, forman para él una unidad.

Otro de los aspectos más sugerentes es el énfasis que pone en la prioridad del modelo de propaganda hacia la creación de esa ilusión necesaria entre las élites cultas. teorías como la de la *agenda setting* no establecen diferenciaciones sociales, raciales, sexuales y culturales en el público. Así se soterra que la acción de los medios no tiende a disminuir las diferencias en el acceso y conocimiento de la información entre élites y gente normal (entre

ricos y pobres), sino que mantiene y muchas veces amplía esa "brecha de conocimientos" (por utilizar el término que otros investigadores norteamericanos —la "teoría del distanciamiento", por ejemplo— establecen). Se omite, también, la función protagonista de esas élites en la conformación de la llamada opinión pública y en la estabilidad del sistema político. No es casualidad que la conversión de la intelectualidad crítica al *yuppismo* y al "carrerismo" haya sido una de las principales bases del renacimiento patrioter de la sociedad norteamericana tras el periodo dominado por el síndrome del Vietnam y el estallido feminista.

Información y Poder. El aspecto más importante del estudio de Chomsky es, sin duda, la identidad de intereses entre la información difundida por los medios de comunicación y el poder político. Es ya toda una tradición norteamericana la escasa preocupación por analizar a los emisores. El propio debate sobre la actuación desestabilizadora o no de los medios de comunicación resulta sólo una cobertura, un mecanismo de legitimación de esos medios como "expresión del sentir popular", para mantener embozado al emisor y sus funciones. Frente a ello, Chomsky insiste en que «los resultados (de su análisis comparativo) ofrecen una indicación dramática de la subordinación de los medios de comunicación de Estados Unidos a los objetivos fijados por las autoridades del Estado.»

Esta subordinación no excluye la controversia a un cierto nivel. En Chomsky no hay una reducción de los medios de comunicación a meros apéndices del Estado, a puros aparatos ideológicos del mismo. Distingue explícitamente entre los medios de comunicación estatalizados y los sometidos — como es el caso— al oligopolio de las grandes empresas. En muchos casos analiza las diversidades de puntos de vista. pero las sitúa dentro de las "gammas de opinión expresable", es decir, en el campo de divergencias de las élites del poder. El análisis de la confrontación sobre la actitud ante la Contra nicaragüense, dentro de la unidad respecto al rechazo del

sandinismo, es un ejemplo elocuente.

No obstante se echa en falta un mayor análisis sociológico de los periodistas y de las redacciones, para comprender algunos de los mecanismos de funcionamiento y de los porqués del modelo de propaganda. El libro de Chomsky se fundamenta, sobre todo, en un riguroso análisis de contenido realizado sobre esa base de comparación entre ejemplos cercanos. Alguna vez comenta la dependencia que el periodista tiene de las "fuentes institucionales" del propio país para poder cubrir información en un mundo en que toda la *res pública* se ha convertido en monopolio de las instituciones. Pero su explicación más normal se reduce a la comunidad de intereses entre quienes controlan los medios y quienes detentan el poder. Verdad de perogrullo pero que, por sí misma, no explica si esa comunidad de intereses funciona luego mediante mecanismos conspiratorios sobre cada redacción y cada periodista o existen otros resortes para que éstos cumplan su papel en el modelo de propaganda.

A falta de mejores explicaciones, la tesis conspirativa parece colarse como teoría dominante en el análisis de Chomsky (insisto en que hay algunas excepciones, por lo que quizá sea más un problema no contemplado que una formulación explícita de esa tesis).

Hoy más que nunca, el análisis sobre el control oligopólico de los medios de comunicación, necesita acompañarse de una valoración sobre la organización de las redacciones (incluyendo sus jerarquías), sobre sus valores culturales dominantes (que tanto determinan, en cada caso, los modelos de autocensura aceptados), sobre sus rutinas productivas (la organización espacial y temporal de las noticias en televisión, por ejemplo)... Existe ya una amplia e interesante investigación en este terreno, que se echa en falta en *Ilusiones necesarias*.

El libro fue escrito antes de la Guerra del Golfo y del espectáculo televisivo que floreció con ella. Ya he situado antes la justa importancia que Chomsky da a la función de los medios de comunicación en relación con las élites cultas. Sin embargo, en su obra se aprecia menos la importancia de esos medios,

sobre todo de la televisión, en una sociedad dominada por el aislamiento familiar e individual en todo el tiempo de ocio. Quizá el predominante peso del análisis de la prensa en detrimento del análisis sobre la televisión esté en la base de esta carencia. De hecho, la influencia de la televisión en la construcción social de la realidad era palpable antes de 1991. Pero la Guerra del Golfo y su cobertura, deben tenerse muy presentes si se quiere entender la ola de orgullo patrio engalanado de banderas amarillas con la que casi toda yanquilandia festejó la victoria militar. Esa influencia directa, apenas intermediada por las élites (aunque tuviese detrás un amplio acuerdo de éstas), con la televisión como protagonista en detrimento de la prensa, aceptando la censura en su más alto grado, plantea un modelo de relaciones entre los medios y la sociedad que obligará a presentar nuevos interrogantes en el futuro.

En todo caso, frente a tanto sociólogo funcionalista o puro pelotillero del poder, que son quienes componen la "corriente principal" del análisis sobre los medios de comunicación en Estados Unidos, el trabajo de Chomsky es magnífico por su rigor y honestidad. Su autor es consciente de que uno de los fundamentos del modelo de propaganda consiste en excluir e ignorar la validez y hasta la existencia de análisis críticos como el suyo. Por eso, hay casi una obsesión por fundamentar en datos, citas y referencias cada afirmación que realiza y cada conclusión que establece. Esto hace pesada, en algún momento, la lectura de este libro. Pero le da un enorme valor documental.

José Vicente Idoyaga

Mitos y tópicos sobre la economía marxista

Una introducción a Karl Marx

Jon Elster.

Siglo XXI de España.

Madrid, 1991.

En los últimos dos siglos, ha habido muchas teorías sobre el funcionamiento del capitalismo. La crisis del socialismo real y el avance del mercado en la práctica no demuestran que las construcciones teóricas de los economistas clásicos, neoclásicos o keynesianos sean más correctas que las del marxismo. Pero en la práctica, las teorías sobre el mercado también funcionan como ideologías: como liberalismo económico, como keynesianismo o como marxismo. Funcionan como ideas motrices que calan en la mente de la gente y que modelan su comportamiento como sujetos activos del mundo que les rodea. En este terreno ideológico, el retroceso del marxismo es innegable.

Vivimos en un período en el que el liberalismo y su correlato teórico, la economía neoclásica, campan por sus respetos y su potencia ideológica es tanta que mitos y tópicos sobre la economía marxista carentes de cualquier fundamento teórico, son aceptados hoy como verdades inmovibles. El tratamiento de la economía marxista en el libro de Elster es un ejemplo de como ideas erróneas y críticas que ya habían sido superadas y suficientemente contestadas vuelven a calar incluso entre la gente más letrada.

¡Viva el marginalismo! El nacimiento de la teoría económica convencional se produjo en 1870, con la publicación de las principales obras de los que se consideran fundadores de la escuela neoclásica o marginalista: W.S. Jevons (1835-1882), K. Menger (1840-1921) y L. Walras (1834-1910). La teoría del valor trabajo, característica de Marx y de los economistas anteriores a él, fue sustituida por una teoría subjetiva del valor, en la que la piedra angular es el "individuo racional" y no

ningún conflicto entre clases antagónicas, por lo que la economía neoclásica, pretendidamente neutral y científica por excelencia, encontró una buena acogida entre las clases dominantes. A partir de entonces, la controversia entre la teoría económica convencional y la marxista ha dado pie a decenas de libros y centenares de artículos, muchos de ellos verdaderos monumentos al pensamiento económico.

Elster pretende resolver la polémica en unas pocas páginas tomando partido por el marginalismo. Para él, la economía marxista está «intelectualmente muerta», a pesar del rigor técnico y la sofisticación matemática que le han caracterizado últimamente, porque dichas técnicas se han aplicado a «problemas espurios». En cambio, la teoría económica convencional, al introducir las técnicas marginalistas diseñadas a medida para el análisis de la «elección racional», se ha hecho las preguntas adecuadas: es decir, qué determina la demanda y la oferta de las mercancías; de qué depende la demanda de trabajo, etc.

La crítica es sustancialmente la misma que hizo Böhm-Bawerk en el siglo XIX desde el punto de vista del marginalismo, pero mucho peor formulada. Además, no tiene en cuenta ni la contundente contestación contemporánea de Hilferding a Böhm, ni las conclusiones del debate de los años sesenta y setenta sobre la teoría marginalista del valor al que dio pie la publicación del libro de Sraffa. Dicho debate, mostró exactamente lo contrario de lo que sostiene Elster: que las preguntas adecuadas son las del marxismo y no las de los neoclásicos y que la teoría subjetiva del valor es inconsistente lógicamente. La derrota neoclásica en el terreno teórico fue de tal calibre que, hasta muy recientemente, nadie osaba defender los postulados neoclásicos en las universidades de los países occidentales por temor a hacer el ridículo. Desde entonces, no se ha producido nada que haya cambiado las conclusiones teóricas de este debate, lo que no quiere decir que la ideología liberal no haya avanzado. Como muestra el libro comentado, ha ocurrido más bien lo contrario.

Elster hace, además, unas incursiones en el

terreno de la teoría economía moderna que sólo muestran el escaso conocimiento que tiene de ella.

En primer lugar, sostiene que Marx estaba equivocado al suponer que los "factores de la producción" debían emplearse en proporciones rígidas (coeficientes fijos, en el argot técnico). La crítica es irrelevante, primero porque Marx nunca partió de tal supuesto y además porque, haciéndolo, se puede ser tan perfectamente neoclásico como Samuelson o Solow, por poner solo dos ejemplos.

En segundo lugar, afirma que los obreros no están forzados a vender su fuerza de trabajo, como suponía Marx, sino que en todo momento afrontan la elección entre mayor ocio y mayor ingreso y se ven inducidos a trabajar más cuando aumenta el salario. Sólo los neoclásicos muy primitivos suponen que la oferta de trabajo aumenta cuando el salario sube, porque esto es irrelevante para la propia teoría neoclásica moderna. Además, en un mundo de 30 millones de parados, empleo precario, salarios bajos, etc. decir que en cada momento los trabajadores «afrontan la elección entre mayor ocio y mayor ingreso», es una broma de mal gusto.

Y en tercer lugar, cae en el tópico de decir que el precio de una mercancía no depende del trabajo ni de los costes de producción, sino de la demanda. El mismo reconoce que en competencia perfecta, cada empresa es demasiado pequeña para afectar a los precios y, por lo que se refiere a la competencia monopolista, es también una broma pesada hablar siquiera de que existe una función de demanda que sea independiente de la publicidad, de las maniobras del monopolio, etc.

La teoría del valor no sirve en la isla de Robinsón Crusoe. Elster va más allá que los neoclásicos cuestionando la teoría del valor trabajo incluso en los casos en los que el más dogmático de ellos estaría dispuesto a admitirlo. Para ello, comienza con el ejemplo que se pone en el primer curso de las Facultades de Economía, para que los alumnos comprendan los problemas económicos. Si

Robinsón y Viernes tardan cada uno 6 horas en producir un cesto y 3 en pescar un pez, el intercambio se realizará a razón de 2 peces por cada cesto, es decir, de acuerdo con el tiempo de trabajo que cuesta producirlos. Pero si Robinsón tarda una hora menos en producir un cesto y Viernes una hora más en pescar un pez, se hace imposible saber cuál será la relación de intercambio. Para Robinsón, un cesto equivale a $5/3$ peces y, para Viernes, a $6/4$ peces. El precio se formará mediante una negociación, pero la relación de intercambio no se fijará mediante los tiempos de trabajo. Y Elster concluye: «Utilizar solo el tiempo de trabajo sin tener en cuenta las diferencias cualitativas entre el trabajo especializado y no especializado sería tan absurdo como explicar las diferencias de precios entre un saco de patatas y uno de arroz comparando sus pesos». Parece evidente ¿verdad? Pues no lo es.

La demostración matemática de que existe un punto de equilibrio y de que la relación de intercambio entre cestos y peces está relacionada con los tiempos que cuesta producirlos supera los límites de esta recensión, pero intuitivamente se puede comprender. Los dos naufragos tienen en común que deben cubrir sus necesidades diarias con dos jornadas de trabajo. El problema debe ser abordado desde esta perspectiva y no considerando a Robinsón frente al resto del mundo porque el resto del mundo es Viernes. Robinsón sabe que es más productivo que Viernes pescando (1 hora menos que las 3 de este último) que haciendo cestos (1 hora sobre 6 de Viernes), por lo que le interesará especializarse como pescador y que Viernes lo haga como fabricante de cestos. Robinsón obtendrá el óptimo siendo oferente de peces y demandante de cestos y a Viernes le ocurre lo contrario. Como demandas y ofertas han de ser iguales habrá, una relación de intercambio de equilibrio y no depende de la negociación, sino de los tiempos de trabajo de las mercancías que cada uno de ellos pone en el mercado. Elster parece no conocer que, en una economía en la que no existe capital ni dinero como ocurre en la isla de Robinsón, las relaciones de intercambio entre las mercancías son matemáticamente

iguales a las relaciones entre los tiempos de trabajo que cuesta producirlas. Es lo que ocurre cuando se soluciona el sistema de ecuaciones correspondiente.

... y, además, es una ruina intelectual.

La afirmación de que «la teoría del valor trabajo es falsa» se ha convertido en un tópico del que Elster no se ve libre. Para «demostrarlo», en poco menos de una página, resume la crítica sraffiana que ha desatado toneladas de tinta en un debate que está muy lejos de ser saldado. Para los ricardianos, el cálculo de los precios pasando por los valores es un rodeo innecesario que, además, implica errores, porque el problema puede ser resuelto directamente. Elster lo resume de esta manera.

Si existen 15 mercancías, por ejemplo, y el precio de una de ellas se toma por convención igual a 1, el problema consiste en determinar los 14 precios restantes y la tasa de beneficio. Para ello se necesitarían 15 ecuaciones: cada una expresaría que el coste de la mercancía (que depende de los precios de las mercancías necesarias para producirla) multiplicado por la tasa de beneficio ha de ser igual al precio de la misma. «Resolviendo estas 15 ecuaciones con 15 incógnitas, sacamos la tasa de ganancia y los precios relativos de un solo golpe, mientras que Marx pensó, equivocadamente, que podía sacar la tasa de ganancia antes de deducir los precios.»

La explicación anterior parece concluyente, pero no lo es en absoluto.

Supongamos que, como ocurre en el mundo real, cada mercancía es producida por más de una empresa. Habría, por tanto, muchas más ecuaciones (una por cada empresa) que incógnitas (una por cada mercancía) y el problema sería matemáticamente irresoluble. Ahorramos al lector otras variantes matemáticas posibles que llevan a la misma conclusión. Elster y los ricardianos pretenden eludir este callejón sin salida negando que el problema exista. Pero para ello, simplifican el escenario (cada mercancía es producida por una sola empresa) hasta el punto de que no tiene nada que ver con el capitalismo real.

La acumulación es un galimatías... Para Elster, la teoría de la acumulación marxista es «más aprovechable», pero no está exenta de errores. La crítica parte de una distinción entre acumulación *extensiva* (expansión cuantitativa de la producción sin incorporar cambio técnico) e *intensiva* (cuando las inversiones incorporan nuevas tecnologías que provocan una transformación cualitativa del proceso de producción), que dejaría perplejo a cualquier profesor universitario, ya fuera neoclásico, keynesiano o marxista. No es posible tal distinción, y ninguna teoría económica sería la ha hecho, porque las inversiones no sólo aumentan el nivel de producción, sino que también incorporan progreso técnico.

Según Elster, en Marx “no está clara” está distinción y esto le llevó a no comprender cuales son las motivaciones que tienen los capitalistas para invertir. En realidad, Marx sólo utiliza esta distinción con fines pedagógicos; pero cuando pone en marcha la teoría (por ejemplo, al tratar el descenso de la tasa de beneficio), tal distinción no existe. Es pues Elster, no Marx, el que necesita claridad.

...y la caída de la tasa de beneficio no se entiende. Llegado a este punto, a Ester sólo le queda intentar derribar la última columna de la economía marxista: la caída tendencial de la tasa de ganancia. Para él, es «falsa, contraria no solo a la intuición, sino a la verdad», porque el progreso técnico no ha sido ahorrador de trabajo, como decía Marx, quien «deja de lado innovaciones tan dramáticamente ahorradoras de capital como los explosivos y la telegrafía sin hilos». Esta afirmación si que es contraria a la intuición: ¿cuántas innovaciones hay actualmente, como el tren de alta velocidad o la tecnología aeroespacial, por cada una de las de ayer como los explosivos o la telegrafía sin hilos? Basta comparar la enorme capitalización de cualquier país industrial, plagado de autopistas, grandes complejos industriales, etc., y su relativamente bajo nivel de empleo en los sectores productivos, con la situación del mismo que refleja una película de los años veinte, por ejemplo.

La tendencia decreciente de la tasa de

beneficio no es una ley mágica que les sirve a los marxistas para tranquilizarse, porque el capitalismo se derrumbará y el socialismo vendrá automáticamente. Tal afirmación puede apoyarse en algunos pasajes del Libro 1 de *El Capital* y en algunos textos de Engels y ha sido utilizado en la historia del movimiento obrero, particularmente por la II Internacional. Si es esto lo que quisiera combatir Elster, estaríamos de acuerdo con él.

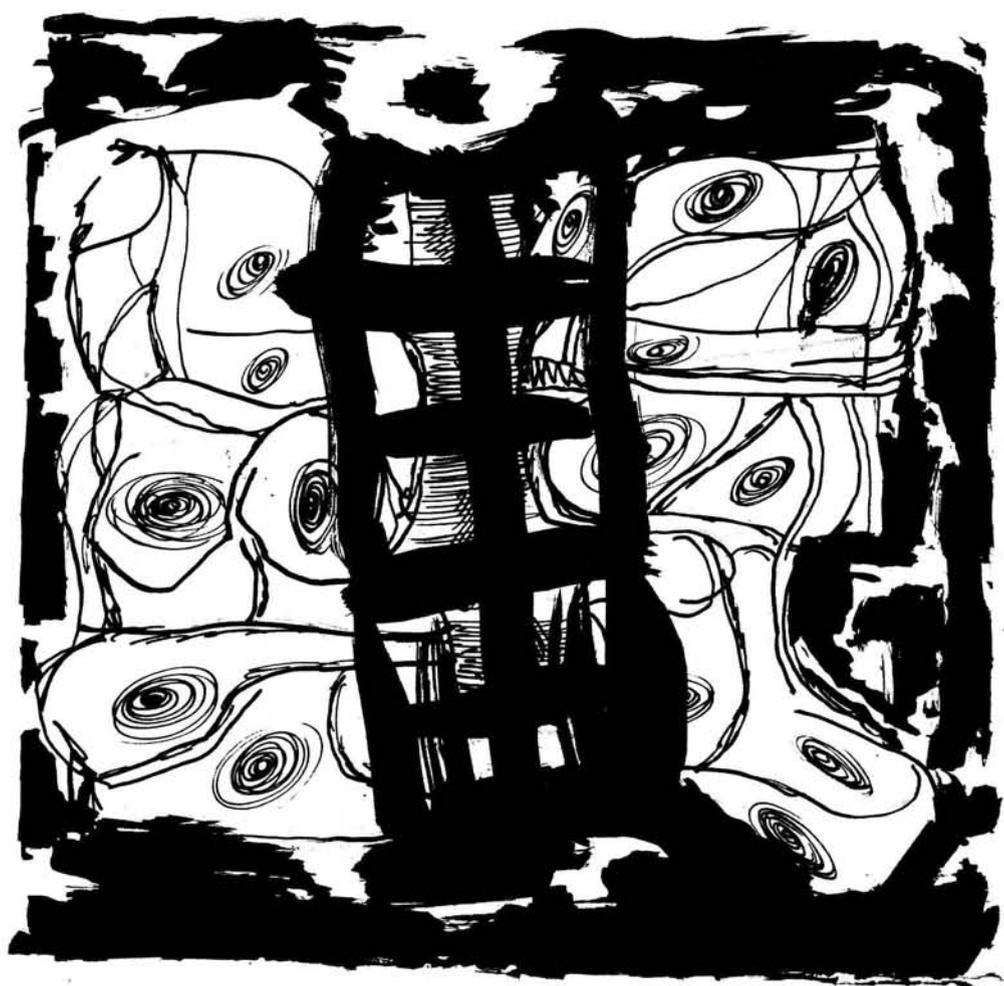
Pero la ley juega un papel muy diferente, afortunadamente, mas positivo.

Tanto la economía marxista, como la teoría económica convencional, han considerado el descenso de la tasa de beneficio en tres planos específicos. En lo que se refiere al ciclo económico, hay un amplio consenso entre marxistas y economistas convencionales de que la tasa de beneficio crece en las expansiones y desciende en las recesiones. Respecto a los movimientos a largo plazo que se conocen como *ondas largas*, un campo de estudio al que la teoría económica convencional está prestando una atención creciente, se admite que los movimientos de la tasa de beneficio juegan un papel, aunque el consenso es menor, porque algunos opinan que no es la única causa fundamental e, incluso, que no es la más determinante. Queda la "tendencia histórica de descenso de la tasa de beneficio", respecto a la que el consenso es prácticamente inexistente. Es un debate, particularmente con los neoricardianos, cuyo interés no está en dilucidar si el capitalismo se derrumbará o no, sino en comprender las características internas del capitalismo que esta ley refleja. Pero el que piense encontrar alguna de estas cosas en el libro de Elster, mejor será que en otro lado.

Sólo queda la ideología. Durante los últimos cincuenta años, la economía marxista se ha enriquecido con aportaciones de autores que provenían del keynesianismo y ha tenido que hacer frente a las críticas de los neoricardianos, en un debate que requería la utilización del álgebra lineal y el conocimiento de la teoría económica mas moderna. Se ha enriquecido con estas técnicas y ha superado las críticas razonablemente bien. Elster no

parece dominar estos debates. Se limita a hacer críticas ideológicas, pero las envuelve en un manto teórico para hacerlas más "respetables". Hace pues "ideología" de mala calidad, basada en razonamientos teóricos falsos. Y no deja en buen lugar a la corriente llamada "marxismo analítico", hoy tan en boga, de la que constituye una figura prominente.

Jesús Albarracín



5 toma la palabra

La batalla de Sarajevo

Al hilo de las terribles noticias de muerte y destrucción que llegaban de Sarajevo fui rescatando de la memoria entrañables recuerdos de esta ciudad que tuve ocasión de conocer en agosto de 1986. Previamente había recorrido la costa adriática de la península de Istria y visitado las hermosas ciudades de Ljubljana, Zagreb y Belgrado. Mi destino final era la milenaria ciudad de Dubrovnik; para llegar a ella renuncié a volar desde Belgrado y elegí una ruta terrestre, bastante más movida, con objeto de hacer una escala en la histórica capital bosniaca.

Esta sección esta destinada a recoger las opiniones de lectores y lectoras, preferentemente respecto a los artículos que publicamos en la revista, pero también sobre cualquier tema de interés. La extensión de las cartas no debe sobrepasar las 70 líneas mecanografiadas, equivalentes a unos 5.000 signos.

Las cartas deben dirigirse a:

Viento Sur. Hileras 8-2º Izqda. 28013-Madrid

Permanecí allí sólo doce horas antes de volver a viajar toda la noche siguiente, atravesando escarpadas montañas mientras descendíamos por el cañón y el valle del río Neretva antes de que apareciera en lontananza, espléndida junto al mar, la amurallada y hoy sitiada y bombardeada ciudad medieval de Ragusa. Su descubrimiento era anunciado por el conductor con un grito triunfal al filo del amanecer. A mi lado viajaba en el autocar un chico joven de la vecina, hoy enemiga, república de Crna Gora (Montenegro), con quien intercambié impresiones múltiples, animado por su gran cordialidad. Hicimos varias paradas en mesones (gostionice) al borde de la carretera, que disponían de barbacoas donde asaban corderos y de cenadores donde se comía a la luz de las estrellas, en medio de bucólicos parajes de montaña. La tópica sensación arcádica brotaba así en el marco de aquellas cordilleras y valles que conforman los alpes dináricos y la costa dálmata. Parecía que el llamado "polvorín de los Balcanes" hubiera sido sólo una pesadilla inventada por macabros cronistas del pasado.

Contemplo ahora una foto en la que se ve un Sarajevo copiosamente nevado (aún estaba vivo el recuerdo de los XIV Juegos Olímpicos de Invierno de 1984). Esta ciudad, de unos 500.000 habitantes y de 600 a 700 metros de altitud, parecía ideal para serenar el espíritu, huir de los horrores de la vida o detener el tiempo... Conservadora de su pátina oriental como ninguna otra ciudad en Europa, se ha mantenido —en palabras del escritor Ivo Andrić— «exhausta y agonizante y a la vez renaciente y transformada». Contemplo la foto del viejo puente de 1798 sobre el río Miljacka, erigido sobre las fundaciones de otro del siglo XVI y cuya suerte en esta guerra desconozco; fue dedicado al joven estudiante Gavrilo Princip, militante del movimiento nacionalista revolucionario Mlada Bosna (Joven Bosnia), autor, como es sabido, del asesinato, en julio de 1914, del archiduque Francisco Fernando, heredero del trono austro-húngaro. Las huellas de sus botas están grabadas en el pavimento de granito en el mismo lugar del atentado, junto al puente, y en la posición que adoptó para hacer fuego contra su víctima, todo ello, sin duda, para mayor diversión de los turistas...

Desde el siglo XV en manos de los turcos, Bosnia había protagonizado una serie de alzamientos antifeudales de los campesinos a finales del siglo XIX, hasta que fue primero ocupada (1878) y definitivamente anexionada después (1908) por el Imperio austro-húngaro.

Contemplo también fotos de Bascarsija, el viejo bazar jalonado de calles y tiendas artesanales. De entre sus ochenta mezquitas destaca la de Ghazi Khusraw-Bey, de 1531, el más grande santuario musulmán de Bosnia; el muecín que convoca a la oración desde el alminar (un estudiante de la cercana "medresa") aún hoy no utiliza el altavoz, y dicen que la llamada a la plegaria era en tiempos pasados acompañada por un respetuoso silencio por los herreros ortodoxos que, en ese momento, dejaban de golpear sus yunques. No en vano se cuenta también esta otra leyenda de Sarajevo (nombre que proviene de saraj, residencia del pachá o bey turco): un musulmán quiso vender su casa a un amigo, y le pidió 300.000 dinares, pero en

ese precio —le decía— iban incluidos sus vecinos, un católico y un ortodoxo: «Y cuando llores, llorarán contigo; cuando rías, reirán; cuando estés enfermo, estarán a tu lado... y esto, ya sabes, no tiene precio».

Bosnia-Herzegovina ha sido crisol de muchas culturas y escenario de innumerables enfrentamientos en el pasado. Tras la Segunda Guerra Mundial se creó —según explicaba hasta hace poco la propaganda oficial— «una república libre dentro de la comunidad socialista yugoslava». Y se agregaba enfáticamente: «De la fragua de la guerra de liberación y de la revolución salió el firme hierro de la hermandad y la unidad». La fragilidad de tal hierro es más que evidente. Este país confederado, pionero en la heterodoxia comunista, pertenecía con todo derecho al club de los países llamados, con notable eufemismo, civilizados (ya apuntó Oscar Wilde que la civilización no suprime la barbarie, sino que la perfecciona). La aparente civilidad yugoslava se ha trocado así en una guerra civil con ambiciones expansionistas; una guerra también con caracteres de reconquista, que a semejanza de la española, ahora por motivos más étnicos que religiosos, quiere romper brutalmente un delicado equilibrio en el respeto y la tolerancia entre tres etnias y tres culturas que parecían haber logrado convivir en armonía, como nos hacían pensar los relatos del pasado y las muestras de los últimos años.

Por otra parte, es sabido que esta feroz guerra, desde la perspectiva y los objetivos del imperio hoy dominante, es sólo una guerra marginal, regional, ajena por tanto a los grandes circuitos mediáticos y televisivos actuales. Y aun cuando tiene lugar peligrosamente cerca del corazón de Europa, se estrella ante la indiferencia de la mayoría de los ciudadanos de la mayoría de los llamados países desarrollados de nuestro continente. Aun teniendo presentes sabias advertencias (Einstein decía que en la humanidad fermenta una necesidad atávica de odiar y aniquilar), es difícil imaginar que, por sí solos, rescoldos de pasadas masacres (de crueldad ciertamente indescriptible) protagonizadas por ustashis, chetniks y

musulmanes puedan resurgir de forma espontánea. El cinismo y la corrupción de los políticos, la crueldad de los militares, el salvajismo de las bandas de forajidos y la codicia de los traficantes de armas, junto a la locura de gentes fanatizadas y la irresponsabilidad de muchos..., componen una amalgama que aboca a un fatalismo trágico. Algún ciudadano bosnio explicaba con un símil deportivo aplicado a la guerra que en Croacia se habían celebrado ya los cuartos de final de tal competición, en Bosnia se jugaba la semifinal y Belgrado sería reservada para la gran final. Premonición que, de cumplirse, cerraría el fatal círculo de la tragedia yugoslava.

Quizá no haya que forzar mucho el acontecer histórico para conceder un valor emblemático a la batalla de Sarajevo de 1992. El atentado mortal contra el archiduque sirvió en su día de pretexto a las potencias centrales para desencadenar la Primera Guerra Mundial, la Gran Guerra, con su renovada capacidad tecnológica para matar, inició un punto de inflexión en la barbarie, industrializó la masacre y dejó aturcidos a los hombres ante su propio abismo. Sobre esta contienda, un lúcido y marginal pensador austriaco, Karl Kraus, escribía palabras que resultan proféticas en este convulso final de milenio: «Esta guerra no acabará con una paz, pues no se ha desarrollado en la superficie de la vida sino que ha asolado el interior mismo de ésta... Ha sido una mentira diaria de la que fluía la tinta de la imprenta como sangre, la una alimentando a la otra y separándose para crear un delta en el gran océano de la locura... Los últimos días de la humanidad son los primeros de un mundo en guerra perpetua. La guerra no acabará con la paz sino con la guerra del cosmos contra este planeta enloquecido».

Cuando yo contemplaba, a través de los amplios ventanales del apacible y moderno hotel Holiday Inn de Sarajevo, donde almorcé, la bella panorámica de la ciudad que se extiende suavemente por el valle del Miljacka, en el mismo lugar desde donde hoy francotiradores sin escrúpulos disparan contra todo lo que se mueve a su alrededor,

me sentía bien ajeno a que se estuviese gestando allí una nueva página de la historia universal de la infamia. Al recordar hoy a aquellas gentes serenas que caminaban por aquellos parajes románticos me resulta inevitable recordar las dramáticas palabras de otro fiel testigo del siglo XX, Albert Camus, que ojalá no tengan que ser aplicadas en el futuro a nuestro propio país: «Aquella muchedumbre dichosa ignoraba lo que se puede leer en los libros: que el bacilo de la peste no muere ni desaparece jamás, que puede permanecer durante decenios dormido en los muebles, en la ropa, que espera pacientemente en las alcobas, en las bodegas..., y que puede llegar un día en que la peste, para desgracia y enseñanza de los hombres, despierte a sus ratas y las mande a morir (y a matar) en una ciudad dichosa».

En las postrimerías del siglo XX, parece que hay quienes están empeñados en acelerar el final de la Historia, pero la Historia no acabará con la destrucción de Sarajevo, como no acabó antes con la de Beirut. Su historia, su cultura y su dolor pertenecen ya al patrimonio universal de la humanidad, a la "memoria passionis" de los hombres. El bizarro himno nacional de la fenecida Yugoslavia terminaba con estas rotundas palabras: «Maldito sea el traidor a su tierra y a su propio país libre». Al unirme en el dolor al pueblo de Sarajevo y al resto de los pueblos balcánicos que sufren tan atroz asedio, desearía alterar la vibrante estrofa final en este otro sentido: malditos sean, más bien, quienes envenenan a los hombres y los arrastran a la guerra fratricida y a la muerte.

Antonio Peregrín López de Hierro

Madrid, junio de 1992.

El viento pasa las rejas

Bueno, tengo que decirles que os agradezco que me enviéis vuestra revista. Opino que es un buen proyecto.

Hecho en falta las referencias al tema de las cárceles y confío que en algún número abordéis el estado en que nos encontramos que participamos en aquella huelga de hambre. Teniendo en cuenta, además, que puede volver a suceder.

SALUDOS A LA REVISTA

Viento Sur
para un huracán
que ha de venir
Huracán de mujeres y hombres
contra la injusticia
por la solidaridad
por la igualdad
la libertad
por el Amor de Siempre
Siempre con Amor
Viento, viento, viento...
VENCEREMOS.

Francisco Rodríguez Veloso, (preso político de los GRAP0)

Prisión de Tenerife II, La Esperanza,
7 de junio de 1992.



Quinto Centenario y realidad

Ahora, que es tiempo de fanfarrias y fastos conmemorativos —ahí está el V Centenario como ejemplo—, bueno sería que recapacitáramos sobre realidades menos triunfantes y más dolientes de nuestro mundo, de ese llamado planeta Tierra, nuestro planeta. Dicho esto, nos vamos para América Latina a ver qué panorama real tiene. Tomaremos los datos del último informe de la Comisión Económica para América Latina (Cepal) de la ONU y, cómo no, los datos al respecto del Banco Interamericano de Desarrollo (BID).

El Producto Interior Bruto (PIB) de la región creció un 2,7% y se redujo la inflación. Esto fue clasificado por los entes financieros mundiales como un "importante repunte económico regional". Pero aumentó en 47 millones (35%) el número de personas que viven en la pobreza extrema (periodo de 1980 a 1992); cifra de pobres que engloba la ya escandalosa de 183 millones de personas pobres existentes. Esta cifra supone el 40% de la población total latinoamericana.

Incremento de los "nuevos pobres", gracias al éxito de las políticas liberales aplicadas en esos países. Recordar que la mitad de los pobres son niños, y el número sería mayor de no ser por las enfermedades infantiles y el hambre que afecta a este sector de la población.

En esta línea, Unicef informa de que Perú (el país del "autogolpe") tiene una mortalidad infantil del 70, Argentina supera el 40 y sólo Jamaica y Cuba tienen niveles de mortalidad infantil próximos a los del llamado Primer Mundo, o sea, el 14. Estados Unidos tiene el 13.

Mortalidad infantil, prostitución forzada, sobreexplotación de la mujer y de los niños, analfabetismo y todo tipo de violaciones de los derechos más elementales del ser humano conforman el panorama del mal llamado Tercer Mundo en general y de América Latina en particular.

Mientras, el 5% de la población está más enriquecido, se hizo más rico aún. La deuda

externa supera el número de 426.000 millones de dólares, y ello a pesar de haber transferido ya más de 200.000 millones de dólares. Esta forma posmoderna de expoliar las riquezas de allí sólo es comparable al saqueo del oro y la plata de la era colonial.

De otro lado, las privatizaciones a la baja de las empresas locales han atraído mucho capital especulativo foráneo, capital que no crea bienestar popular y que invierte con la idea de sacar fuera los beneficios que de su acción se derivan.

No hay solución para los pueblos dentro de modelos capitalistas, sean liberales o neoliberales. Son modelos basados en la desigualdad. Ahí tenemos algunos ejemplos, aparte de los anteriormente vistos:

Perú aumentó su PIB en un 2% en 1991, manteniendo un 70% de pobres, con un 40% de pobres extremos.

Argentina, gobernada mediante políticas liberales, aumenta día a día su simpatía hacia el "partido militar" de golpistas como Aldo Rico y compañía. En las últimas elecciones provinciales éstos sacaron más del 16% de los votos emitidos. La estabilidad monetaria está siendo financiada con ingresos de las privatizaciones de empresas públicas y con la reducción del gasto social.

En Brasil y Colombia se rumorea con la posibilidad de golpes de Estado. También en Ecuador y otros países donde la pobreza y la desigualdad crecientes generan respuestas sociales peligrosas para los beneficios capitalistas existe la amenaza del golpe de Estado como forma de salvar el proyecto de explotación de las mayorías populares. Todo ello en un mundo donde la democracia real, participativa, fenece bajo el peso de las formas; donde la democracia hace tiempo que pasó a ser la coartada para mejor explotar a buena parte de la humanidad.

Es tan apasionante el tema que no resisto la tentación de seguir con la reflexión iniciada, aun a riesgo de que no la publiquen por lo extensa de la misma.

La celebración del V Centenario está dándose dentro de un marco político marcado por el discurso oficial del Gobierno de Felipe González, el cual tiene, entre otros, los

siguientes rasgos más sobresalientes: *democracia formal, desarrollo tecnológico y economía de libre mercado. La primera implica menos participación y menos control desde los pueblos; lo segundo implica mayor desastre ecológico; y de la tercera cuestión deducimos mayor nivel de explotación para la clase obrera. Ver si no las políticas económicas aplicadas por el Gobierno del PSOE.*

El discurso oficial conecta con una ofensiva internacional del capitalismo contra todo intento de establecer un orden social alternativo al mismo. El mensaje viene a ser: "derrotado el socialismo, el camino a la felicidad es el liberalismo". Poco importa que lo que haya caído sea una forma de capitalismo de Estado (estalinismo) o que el capitalismo haya fracasado para las tres cuartas partes de la humanidad, en todo el mal llamado Tercer Mundo y en buena parte del primero –aquí hay ocho millones de pobres.

El discurso oficial conecta con la segunda invasión europea, ideológica y económica, basada en los siguientes puntos:

1.- Programas de ajuste económico neoliberal que, a su vez, provocan enormes conflictos sociales. Antes ya vimos algunos.

2.- Desarrollo de modelos autoritarios. Son modelos de apariencia democrática; sólo apariencia.

3.- Configuración del Tercer Mundo como basurero del primero.

4.- Apropiación de Latinoamérica como zona de extracción de capitales hacia el Primer Mundo (los países enriquecidos desde hace cinco siglos).

5.- El papel del Estado español en América Latina es el de intermediario de los intereses de Estados Unidos y Comunidad Europea. En ese marco busca ser potencia, aunque de segunda clase, frente a las realidades económicas locales.

6.- El concepto de "hispanidad", auténtico mito imperialista, cubre el objetivo de legitimar en cada momento histórico la penetración de los valores del Norte a través de la influencia del Estado español en la zona.

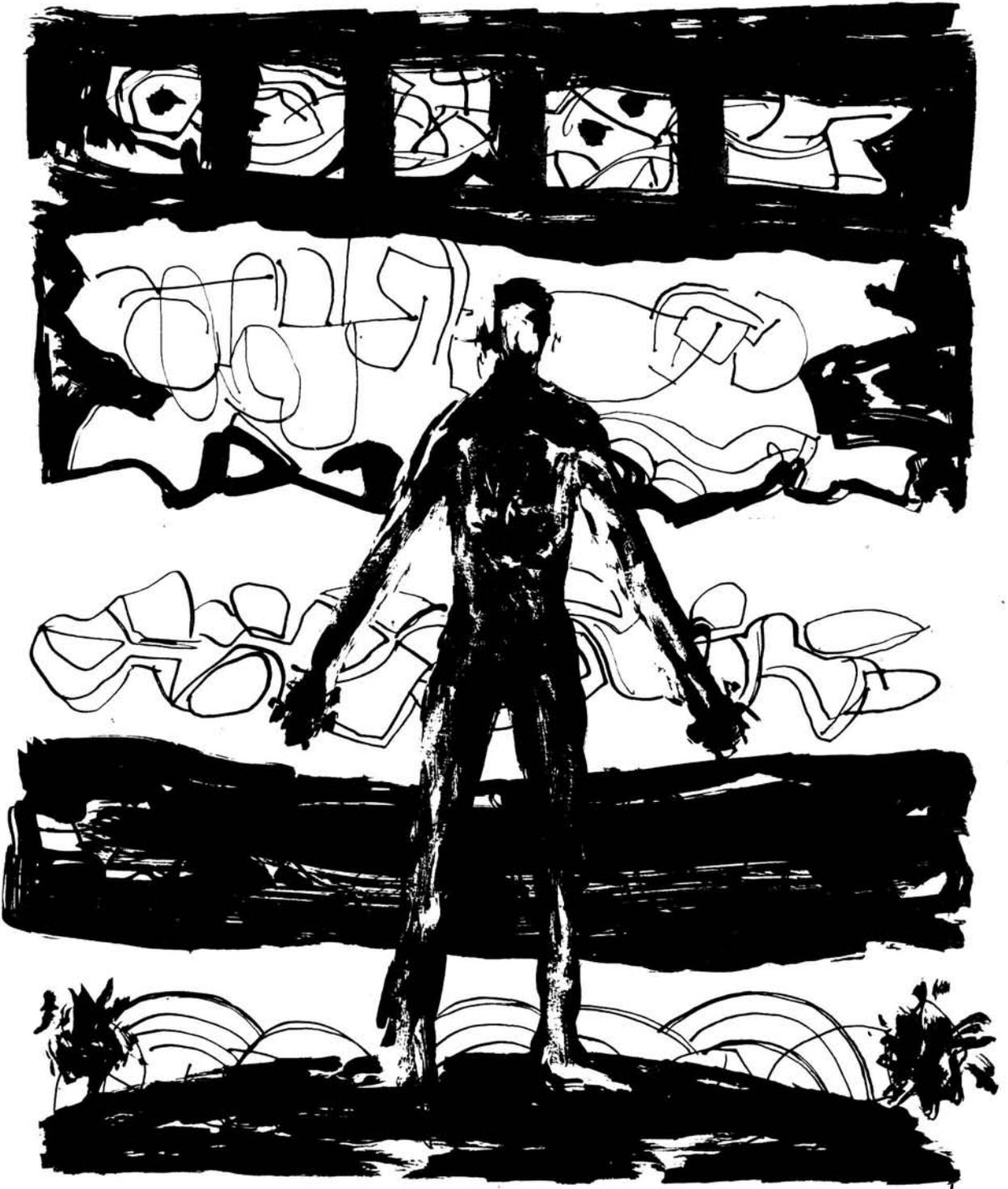
Los fastos del V Centenario son la

parafernalia que acompaña a la refundación del concepto de "España", esta vez concebida como Estado moderno y de corte capitalista en versión liberal y tecnocrática. Es un elemento que pretende ser la coartada que legitime, junto a lo anterior, el camino emprendido por los poderes del Estado (Gobierno, etc.) hacia una mayor y profunda integración en la cadena imperialista contemporánea. La Ley de Extranjería cumple el papel de protector del flanco sur del bloque imperial europeo.

La Expo de Sevilla, los Juegos Olímpicos de Barcelona, el tren de alta velocidad (AVE) y el Madrid Capital Cultural son los escaparates de ese engranaje español en la cadena imperialista actual. Por tanto, el V Centenario es la conmemoración de la incorporación al sistema capitalista del Tercer Mundo en general y de América Latina en particular. Hecho al costo de la liquidación física de sus poblaciones y riquezas naturales, origen real de su actual dependencia social y económica. Bueno sería que este 1 de mayo recogiera reflexiones de esta índole, así como la pregunta de cuántos problemas sociales se hubieran resuelto en nuestro país con los Billones, con mayúscula, que cuestan la Expo, las Olimpiadas y demás fuegos de artificio del poder actual.

Jesús (Comissió contra el V Centenari)

Elx, Països Catalans.





Revista
de opiniones.

Euskadi.



FOTOCOPIA Y ENVIA ESTE BOLETIN **hika**

Izena / Nombre _____

Helbidea / Dirección _____

Herria / Población, _____

Kontu Korrontearen Zka. / N^o Cuenta Corriente _____

Bankua eta Agentzia / Banco y Agencia _____

Urterako harpidetza: 3.000 pza./ Suscripción anual: 3.000 pts.

Si no conoces **Hika** y estás interesada-o te la enviamos gratuitamente

Una Humanidad justa en una Tierra habitable

mientras tanto - Apartado de Correos 30.059 - Barcelona

Nombre

Dirección

Población C.P.

Provincia Teléfono

Profesión Ocupación

De parte de (si suscribes a un amigo).....

Tarifa:

- España. Suscripción normal 2.500 ptas. + gastos postales de envío
- Europa 5.000 ptas. = 50 \$
- Resto del mundo 5.500 ptas. = 55 \$

Forma de pago:

- Talón adjunto n.º
- Transferencia a la cuenta corriente n.º 003402/63 de la Caja de Ahorros de Cataluña. Agencia Sarrià. Calle Benedicto Mateo, núm. 49. 08034 Barcelona.
- Giro postal a la cuenta corriente postal n.º 02985518. (Al usar esta forma de pago, el suscriptor debe enviar por carta a la secretaria de *mientras tanto* el resguardo de giro junto con su nombre. No podemos cobrar los giros que se envían al Apartado de Correos, por lo que todos deben dirigirse a la cuenta corriente postal antes citada.)

mientras tanto *tantestant* *mientras tanto* *tantestant*



Papeles para la Paz

Nº 44 - 1992

ARGELIA,
YUGOSLAVIA,
CUBA,
EL SALVADOR,

NUEVOS
ANTIGUOS
CONFLICTOS



Detalle de Shangho, Simiane, CBS, 1982

Defensa europea • Adios a Gorbachov •
Visiones de Berlín

CIJ

Centro de Investigación para la Paz

Papeles para la Paz

BOLETIN DE SUSCRIPCION

Nombre:
Dirección:
Población: C.P. Provincia
País: Teléfono:

SUSCRIPCION POR UN AÑO

- España. Suscripción normal (IVA incluido) 2.400 ptas.
- España. Suscripción de apoyo ptas.
- Europa 3.400 ptas.
- Resto del mundo 4.000 ptas.

FORMA DE PAGO

- Contra reembolso
- Giro postal a FUHEM núm.
- Talón nominativo a FUHEM núm.
- Domiciliación bancaria

C/. Alcalá, 119. 4º Izda. Tel. 435 00 94 - 28009 MADRID

CARTA AL BANCO

Sr. Director:
Banco/Caja Suc/Agencia
Dirección
Población: C.P. Provincia

Le ruego se sirva a mi Cuenta Corriente/Libreta de Ahorros, y hasta nuevo aviso, los recibos que les sean presentados por la Fundación Hogar del Empleado en concepto de suscripción a la revista Papeles para la Paz.

Titular D./ Dña.
Cuenta/Libreta nº N.I.F.
FIRMA (Titular)

C/. Alcalá, 119. 4º Izda. Tel. 435 00 94 - 28009 MADRID

Africa-América Latina. Cuadernos - Núm. 8 - 1992

Consejo de redacción: José A. Sanahuja, Marco Rizzardini, Andrés Piqueras, Juan Ibeas, Francisco Calderón, SEPLA (Seminario de Estudios Políticos sobre Latinoamérica) y Dpto. de Historia de América de la Facultad de Filosofía y Letras (Universidad A. de Madrid).

Colaboradores: Mariano Aguirre, Manuel Alcántara, Samir Amin, Milagros Barahona, Cristina Bernis, Alfred Bosch, Juan Bosch, Carlos A. Caranci, Marta Casaus, Antoni Castel, Rolando Castillo, Isabel Castro Henriques, Christian Coulon, Agustín Cueva, Marcela Chueca, Alicia Durán, José Deniz, Lola G. Luna, Ferrán Iniesta, Lola Iturraide, José Angel Sotillo Lorenzo, Marco Roitman, Isaías Barreñada Bajo, Daniel Camacho, Agustín Pérez, Danielle Provensal, Antonio Santamaría, Rafael Serra, Remei Sipi Mayo, Carlos Taibo, Edelberto Torres Rivas.

Instituciones colaboradoras: ECOCEIBA (Puebla - México), CIDAC (Lisboa), CRIC (Regio Calabria - Italia), AVANCSO (Guatemala), CALANDRIA (Lima), Dpto. de C.P. y de la Admón. -FAC. CC. PP. y Sociología de la U.C.M.-.

Gestión editorial a cargo de CRAN. Servicios de Artes Gráficas. Paseo de las Delicias, 15. 28045 Madrid ☎ 530 53 72.

Depósito Legal: M-6133-1990

Impreso en Gráficas COFAS, S. A.
Fuenlabrada - Madrid

Africa-América Latina. Cuadernos es un proyecto editorial de SODEPAZ (Solidaridad para el Desarrollo y la Paz), organización no gubernamental, independiente y sin fines lucrativos, interesada en el establecimiento de un orden internacional más justo. Su publicación es cuatrimestral.

Redacción: C/ Pizarro, 5 ☎ 522 80 91 - Fax: 523 38 32 - 28004 Madrid.

SUSCRIPCIÓN A «AFRICA-AMÉRICA LATINA. CUADERNOS»

Precio de venta al público: 900 ptas. (I.V.A. incluido). Suscripción anual (tres números): 3.000 ptas. Suscripción de apoyo: 4.000 ptas. Extranjero: 40 dólares. Forma de pago: Cheque o giro a nombre de SODEPAZ. C/ Pizarro, 5 ☎ 522 80 91 - Madrid.

I N D I C E

Cuba en la hora de los hornos	9	Universidad Centroamericana (Nicaragua)
El ruido y las nueces II: el ciclo en la política de los Estados Unidos hacia Cuba	29	Rafael Hernández
Cuba en la razón de Occidente	41	Marcos Roitman
Lo que no es eficiente no es socialista (entrevista a Carlos Lage)	49	Arleen Rodríguez
Cuba en el momento actual (reflexiones suscitadas por una reciente visita a Cuba)	57	Vasco Gonçalves
Relaciones bilaterales entre el Estado español y Cuba: del autonomismo al entreguismo en la política exterior	67	Alberto Cruz
Mensaje a la Primera Cumbre Iberoamericana	83	Fidel Castro

BOLETIN DE SUSCRIPCION

VIENTO SUR

Nombre

Calle N°

Escalera piso puerta

Localidad Prov.

D.P.

Otras indicaciones

MODALIDAD DE SUSCRIPCION

	ENVIO COMO IMPRESO	ENVIO COMO CARTA
ANUAL Revista Bimestral (6 núms)	2.000 <input type="checkbox"/>	2.500 <input type="checkbox"/>
ANUAL Rev.Bimestral Extran. (6 núms)	2.500 <input type="checkbox"/>	4.000 <input type="checkbox"/>

DOMICILIACION BANCARIA - AUTORIZACION DE PAGO

Apellidos Nombre

Calle N° Piso Puerta

Localidad Prov. D.P.

ENTIDAD

OFICINA

CONTROL

N° CUENTA

--	--	--	--	--

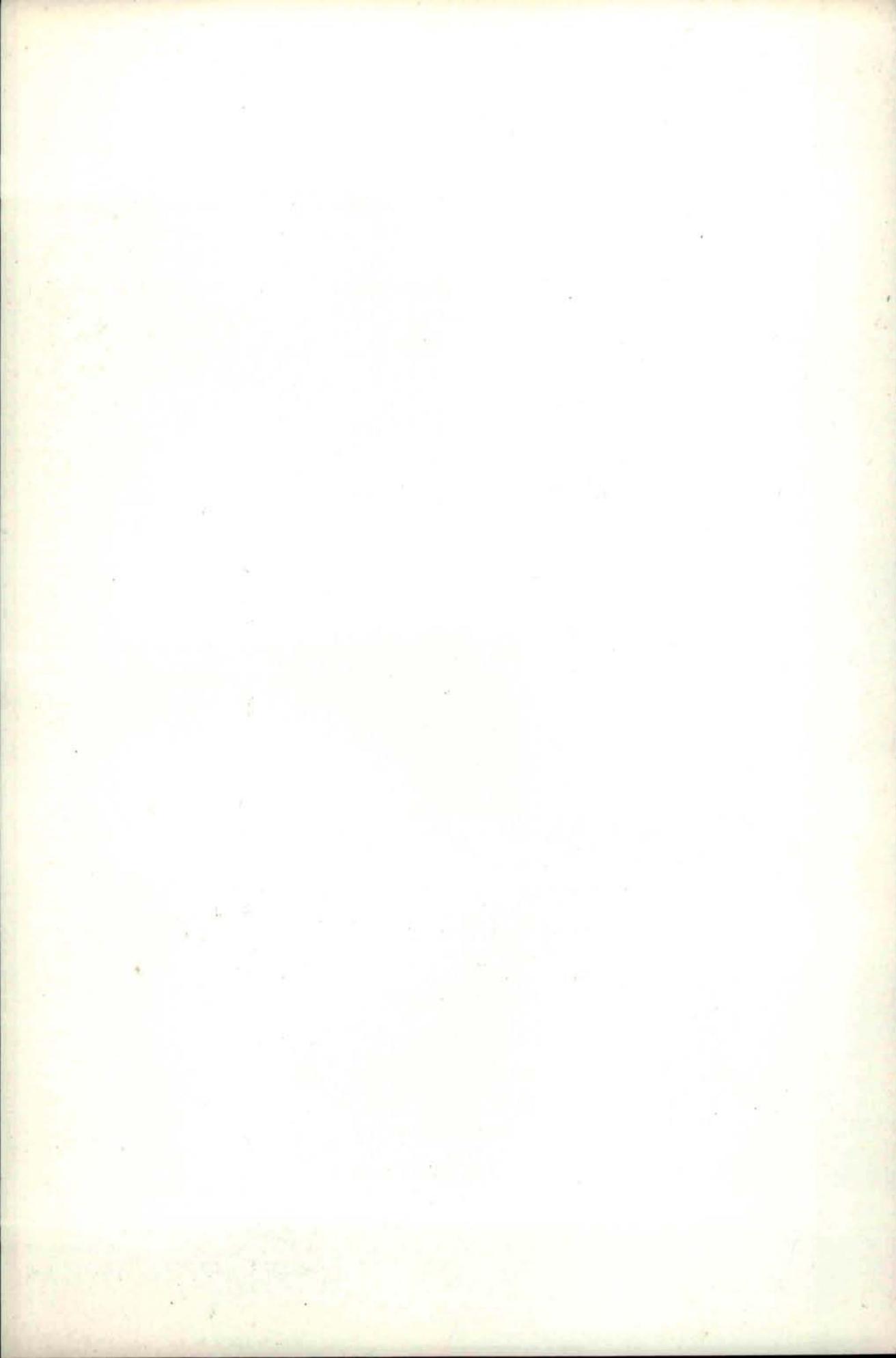
--	--	--	--	--

--	--

--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--

Fecha:

Firma:





*"...un viento sur que lleva
colmillos, girasoles, alfabetos
y una pila de Volta con avispas ahogadas."*

Federico García Lorca
Poeta en Nueva York